



CRONICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Álvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayaia, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A Ibuerne, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Canovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Casztero, Cervino, Chacón (conde de), Collado, Cortina, Corraón, Coimero, Correa, Gasta, Gueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Cañamaque, Lacarrete, Díaz José María, Díaz Pérez, Durán, Duque de Rivaza, Echegaray (J. A.), Espín y Guillén, Estrada, Echevaray, Eguiaz, Escanera, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Aguado de), García Gutiérrez, Gavanco, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gómez Marín, Güell y René, Güelvanza, Guerrero, Incensga, Hartzensbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Lagra, Larra, Larrañaga, Lasaia, Lezama, Loner Guisarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Mucanas, Marín, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merino, Montesinos, Molins, (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orgaz, Ortiz de Pinazo, Oteaga, Pando, Pasaron y Laspra, Pascual (D. Agustín), Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poy, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Saimeron, Sanroma, Seigas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zola, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Diciembre de 1883.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoe.—Historia americana: El tirano Rosas, por D. Pedro Arnó.—La Alemania, por D. Eusebio Asquerino.—Los servidores de la democracia: Eugenio Sué, Beaumarchais, por Mr. Anstasio de la Forge.—Visita á los muertos, por D. Tristan Medina.—La Noche-buena, por D. Bonifacio Carrasco de Campos.—Luis de Morales, por D. Nicolás Díaz y Pérez.—Poesías: La fuente y el mar. Un soneto de Bocage. Lamento, por D. Luis Romero y Espinosa.—Reformas en los ferro-carriles, por D. P. C. Calvo y Martín.—Crónica científica, por D. P. Ruiz Albistur.—Folk-lore: La pavera, cuento popular, por D. A. Machado y Alvarez.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

La estancia entre nosotros del príncipe alemán, estancia que se ha prolongado más de lo que en un principio se anunció, á ruegos del rey Don Alfonso, y que establecía, naturalmente, una forzada suspensión de hostilidades entre los partidos políticos, ha sido causa de que, por más que el fondo de la laguna esté conmovido por grandes corrientes, ninguno de sus movimientos se haya hecho sentir en la al parecer tranquila superficie. Todos los partidos se esfuerzan en respetar esta especie de tregua de Dios que la marcha de las cosas establece entre sus discordias intestinas; los conservadores contienen su ansia insaciable de poder, los fusionistas aplazan la explosión de sus resentimientos, los izquierdistas aguardan impacientes la presentación de las reformas ofrecidas. Esta calma, sin embargo, no es más que aparente, y tiene en sí algo de siniestra; semeja el recogimiento de la naturaleza momentos antes de estallar una tempestad violenta; el silencio de un ejército momentos antes de una gran batalla. Porque la lucha es inminente. Cada día que pasa, en vez de traer una nueva solución, aporta un nuevo peligro. En vez de disminuir, aumenta, y de un modo alarmante por cierto, la cantidad de materiales hacinados para que ardan, y que arderán bien pronto, porque hay en la atmósfera exceso de electricidad, y las nubes tormentosas se condensan llevando el rayo en su abultado seno.

Trascurre el tiempo, y en vez de calmar los espíritus los enardece más y más: no es bálsamo que cicatriza las heridas, sino filtro ponzoñoso que las encona. Cada vez se ahonda más el abismo que separa esas dos grandes agrupaciones, que con el grito de conciliación en los labios y el odio en el alma, se dividen el campo de la política. Los sagastinos, lo mismo que los izquierdistas, hacen protestas de deseos que no abrigan, de intenciones que no tienen; se presentan unos á otros como discolos impenitentes, y cada uno de ellos arroja

sobre el contrario la responsabilidad de una ruptura, que es el primero en rechazar. Dentro de muy poco, dentro de unos días, cuando el fin de las fiestas y el regreso del príncipe Federico á su patria dé lugar á los políticos para arrancarse del rostro la careta de disimulo que se vieron obligados á llevar durante más de quince días, veremos lo que significan esas protestas de amistad que en vano intentan dirigirse los irreconciliables enemigos.

La hora de la lucha está, pues, cercana. La batalla, que va á ser muy reñida, empezará de un momento á otro; momento terrible el que señale ese encuentro formidable, y que puede tener la mayor importancia en nuestra historia contemporánea. El hombre á quien un lance de honor inevitable lleva al terreno de las armas, emplea su última noche en recapitular los hechos de su vida, examinarlos, y meditar sobre lo que el porvenir puede reservar en sus arcanos á él y á los seres que le son queridos. Bueno sería que fusionistas é izquierdistas dedicaran también estos días de preparación para el choque, al reposo y la meditación.

Porque esa lucha en la cual puede no salir vencedor ninguno de ambos contendientes, en que puede venir un tercer enemigo á atribuirse la victoria y celebrar sobre el cadáver de los dos rivales los honores de un triunfo que no ha contribuido á conseguir, se presta, en efecto, á sesudas cavilaciones.

No es que se trate de dos partidos políticos, de dos diferentes modos de entender la gobernación del Estado, de dos sistemas distintos que oponen ideas á ideas, procedimientos á procedimientos; no es que vaya á establecerse un turno pacífico de opiniones y personas que suban y bajen del poder con la regularidad de una máquina de vapor; no. Trátase de algo más grave, de algo que entraña mucha más importancia que la que tendría en otras no parecidas circunstancias. Trátase de que al país, rendido por seis años de dominación conservadora, se le dijo en 1881: La alianza de la monarquía y la democracia es posible, y la posibilidad no se le demostró sin embargo; tratase de que, ahora, hombres de más buena fé, de mejores antecedentes revolucionarios que los hombres de la fusión, han dicho por su parte: Esa alianza puede hacerse, aunque los fusionistas no la han hecho; nosotros haremos un ensayo.

Y el país aguarda impaciente, y ya burlado una vez en su esperanza, que se le cumplió lo prometido. Y de un lado está la monarquía que desconfía, que duda, que recela, y de otro el país que

tampoco tiene fé y que, incrédulo como otro Santo Tomás, quiere hechos y no doctrinas para deducir sus conclusiones. Dícese por ahí que el rey quiere la union de los partidos monárquico-liberales, y que admitió la dimisión del Sr. Sagasta cuando se convenció de que éste no podía realizar esa union; dícese que con este objeto llamó también al nuevo Ministerio, y añádese en vista de estos datos que si se convence de que tampoco la izquierda puede hacer esa conciliación la retirará su confianza. Si esto sucede, ¿á dónde irá á parar el timon de la nave del Estado batida por corrientes tan encontradas? ¿A los conservadores, único partido disponible dentro de la legalidad existente?... Y en este caso, ¿qué harán por su parte esos elementos liberales, desahuciados para siempre del poder, reducidos á acariciar sus ideales como imposibles quimeras incapaces de tomar forma tangible y llevarse al terreno de la práctica?

Y el país, que es el factor más importante de la fórmula, ¿qué hará el país cuando se convenza que para la sed de reformas que tiene no hay una gota del agua viva de la democracia? ¿Se resignará á vivir eternamente bajo la dominación conservadora, perpétuo desterrado de las felicidades que otros pueblos gozan y de las libertades que disfrutan?

Sí, los momentos que atravesamos son dignos de que se les conceda atención; son momentos de crisis que pueden convertirse en punto de partida de grandes perturbaciones, no ya solo para la democracia sino también para el país.

Esto confirma la vacilación que en los partidos se nota. De un lado habla el amor propio, y la conciliación aparece como imposible; de otro lado habla el instinto de propia conservación, el miedo á los sucesos por venir, y los más intransigentes buscan componendas que poco despues rechazan como inadmisibles. Los mismos conservadores de jan de mostrarse tan ansiosos de poder como otras veces, cual si creyeran comprometido el empeño y difícil la salida. Pero por mucho que se trabaje en el sentido de una conciliación, ésta se hace imposible desde el momento en que los constitucionales se nieguen á admitir las reformas de la izquierda.

Cuando la discusión se basara en lo accidental, podría esperarse algun arreglo; fundándose, como se funda, en lo esencial, solo los temperamentos demasiado optimistas pueden acariciar la idea de llegar á una inteligencia. La izquierda, sin el sufragio inmediato, sin la revision constitucional en un plazo brevísimo, no es la izquierda, no tiene razon de ser, y es pedir un gran sacrificio á un partido el exigirle la abdicación completa de lo

que es, de lo que significa, es decir, la pérdida absoluta de su carácter, de su personalidad. Ni la izquierda puede hacer ese sacrificio, ni aunque lo hiciera se conseguiría nada, pues no hallando en ella el país la satisfacción de sus justas aspiraciones, buscaría esa satisfacción en otra parte, y los que recogiesen el programa del partido se llevarían las simpatías de los liberales, y la izquierda viviría en ellos, y en ellos volvería a imponerse en el régimen político.

Dentro de pocos días van a abrirse las Cortes. Allí, en el candente terreno de las discusiones parlamentarias, va a verificarse la lucha. Que los combatientes piensen, antes de ir al campo, lo que van a hacer, pues de allí puede salir la paz ó la guerra, la tranquilidad del país por un plazo indeterminado, ó su perturbación por las pasiones sobreexcitadas.

La importancia que hace algun tiempo han revestido los asuntos interiores de nuestra política, y el poco interés que, relativamente, despertaban los escasos sucesos del exterior, fueron causa de que en nuestras últimas Revistas negásemos al extranjero el espacio que en ellas acostumbramos á dedicarle. Desde la última vez que dirigimos una rápida ojeada á la marcha de su política, no han ocurrido acontecimientos de trascendencia que forzasen nuestra atención. El conflicto franco-chino continúa entablado en los mismos términos, sin que en él se llegue á una solución definitiva que parezca reclamar la seguridad de China y el buen nombre de la Francia. Ningun hecho en la política interior de las naciones europeas vino á romper la monótona relación de estos últimos meses.

Pero esta monotonía no podía continuar, había de romperse, y se ha roto de una manera terrible. Hace pocos días, los hilos del telégrafo transmitieron una noticia tremenda, extraordinaria, tanto, que más que nuncio de sucesos reales, parecía espantoso sueño de una imaginación delirante y enferma. Un ejército en masa, un ejército numeroso, de 11.000 hombres, ha sido pasado á cuchillo por un enemigo victorioso é implacable. Mandado por el general inglés Hirc, operaba en el Sudán y trataba de atajar la insurrección de esa provincia del Egipto, sublevada contra el jedive por el falso profeta, que diciéndose enviado de Dios, predica la destrucción de los cristianos. Rodeado por todas partes de enemigos diez veces más numerosos, lejos de toda ayuda, privado de esperanzas de socorro, sin agua, porque los rebeldes se habían apoderado de los pozos, luchó, y luchó sin tregua por espacio de tres días sostenido por la desesperación y en la seguridad de que no podía esperar cuartel.

¡Cuadro terrible el que ofrecería esa lucha gigantesca, esa lucha encarnizada, recordando por su ferocidad los combates á muerte de las razas primitivas! El número llevó la mejor parte en la batalla, el fanatismo venció en la pelea, y el ejército de la civilización fué derrotado por el ejército de la barbarie. Uno solo de aquellos 11.000 hombres escapó á la matanza; un trompeta europeo, que, herido y cansado, fué el que dió cuenta de ese inaudito desastre.

Fácil es conocer lo que una victoria tan completa habrá acrecido la importancia del Profeta, dominador del Sudán, que avanza hácia Kartoum. Los ingleses hacen ahora ver la imposibilidad en que se hallan de retirar, como pensaban, sus tropas de Egipto. Turquía ofreció su apoyo, que fué rechazado por Inglaterra. La situación empeora por instantes, los refuerzos que se mandan al Sudán desertan y van á engrosar las fuerzas rebeldes. En el Cairo háblase ya del abandono del Sudán, medida extrema que crearía en esta parte del Egipto un foco constante de conspiración contra el poder de los cristianos.

En la Cámara francesa, M. Clemenceau quiso pedir al Gobierno de M. Ferry explicaciones acerca de la conducta seguida por éste en los asuntos del Tonkin, pero á ruegos del presidente del Consejo, que hizo ver á las Cámaras la inoportunidad de la interpelación, los representantes decidieron aplazarla. Las noticias que de Francia se reciben, son contradictorias. En unas parece que la guerra con China va á estallar inmediatamente; en otras que no se han perdido del todo las esperanzas de llegar á un arreglo amistoso, por mediación de las potencias que han ofrecido sus buenos oficios.

Al decir de un importante periódico francés, el marqués Tseng ha recibido de Pekin un telegrama conteniendo ciertas modificaciones á las instrucciones que se le habían dado últimamente en el sentido de que China no hace objeción alguna á reconocer á Francia dueña enteramente de los territorios situados en la orilla derecha del río Colorado, pero solamente hasta Son Tay, reservando al príncipe annamita que gobierna las provincias del Oeste del Tonkin su independencia bajo la soberanía de China. El mismo periódico afirma que el martes último, el marqués Tseng fué á ver á M. J. Ferry para decirle que su Gobierno desearía ver declarar la neutralización del río Colorado, que se abriría al comercio hasta Son Tay.

Francia tendría solamente la vigilancia del río, para lo cual ocuparía una banda de territorio en la orilla izquierda. En las ciudades del alto Tonkin, Son-Tay, Bac-Ninh y Hong-Hoa, Francia pondría cónsules, con el derecho de tener á sus órde-

nes fuerza armada. Este derecho no podría tenerlo ninguna otra potencia.

Si se dar á estas noticias entero crédito, es probable que las negociaciones hayan tomado aquel giro. Por lo ménos el embajador de Inglaterra, lord Lyons, celebra frecuentes entrevistas con M. Ferry, sin duda para recomendarle las proposiciones del marqués Tseng.

Los periódicos ingleses publican íntegro propósito de esto el discurso pronunciado por lord Hartington. La parte correspondiente á la intervención en el Tonkin de Alemania é Inglaterra, dice así textualmente:

«Se nos censura con frecuencia de no cultivar una alianza más íntima con la gran potencia del Norte de Europa, Alemania. Ciertamente: no hemos contraído alianza determinada con ninguna potencia europea, porque pensamos que una alianza semejante implicaría una idea de desconfianza ó hostilidad hacia otra nación, lo cual es contrario á los intereses de nuestro país.

Pero nuestras relaciones con Alemania son tan perfectamente cordiales y de amistad, que me es permitido decirlo, sabiendo que muchos lo oírán con satisfacción, que en estos últimos días hemos sido informados por el Gobierno de Berlín que desearía cooperar con nosotros para la protección de nuestros nacionales y los suyos, de nuestros intereses y los suyos en China, en el caso de que corrieran algun riesgo con motivo de las relaciones entre Francia y China.»

Segun los mismos diarios ingleses de que copiamos las anteriores frases, una salva de aplausos acogió las palabras de lord Hartington, referentes á una cooperación, por modesta que fuera, en los asuntos de China. Esperemos que el buen sentido de la República la haga arreglar por sí misma la enmarañada cuestión del Tonkin, sin ingerencias ni intervenciones que luego había de pagar caras.

En Inglaterra vuelve á agitarse la cuestión agraria con motivo del proceso instruido á O'Donnell, asesino de Carey, el delator de los asesinos de Phoenix Park. Nuestros lectores saben los pormenores del crimen. El asesino ha sido condenado á muerte, y los diarios de Inglaterra anuncian una reacción para que se comute la pena de muerte impuesta á O'Donnell, pero el Gobierno insiste en que la sentencia se ejecute.

Hoe.

HISTORIA AMERICANA.

EL TIRANO ROSAS.

(Continuacion)

Bosquejado el estado social en que se encontraba la República Argentina antes de subir al poder Juan Manuel Rosas, solo nos falta trazar en cuatro rasgos el cuadro del estado político de aquel país.

Rechazados los ejércitos de la Metrópoli, restablecido el orden en la provincia de Buenos-Aires, hecha la paz con las demás provincias, y arrojados los indios hácia las inmensas soledades de los desiertos todavía inexplorados, no se había hecho más que preparar el campo para resolver el problema fundamental de la existencia política de la nacionalidad argentina.

En pos de la emancipación venía necesariamente la constitución de aquel país, cosas ciertamente muy distintas, pues hay muchos pueblos dotados de excelentes condiciones para conquistar su independencia, cuyos actos de increíble heroísmo de nada le sirven despues para darse leyes, formas y organismo que respondan á sus necesidades sociales.

Corría el año 1821, y gobernaba en Buenos-Aires el general Rodríguez, que no sin grandes dificultades trataba de organizar un Gobierno regular.

Entonces empezaban á germinar por todas partes las semillas sembradas por la revolución francesa; aquella revolución que erigió nuevos dogmas sobre los dogmas antiguos que había arruinado; que se lanzó á libertar á los pueblos con la fuerza de las armas; que cortó y recortó el mapa de Europa, haciendo y deshaciendo naciones con una victoria ó una derrota; que quiso universalizar ideas sociales nacidas en un lugar y época determinados, al impulso de necesidades particulares; que anheló, en fin, amputar la humanidad, para hacer otra humanidad al gusto y segun el modelo propuesto por los ideólogos y soñadores que habían precedido á aquella titánica revolución.

Aquel gran movimiento había tenido tres períodos: el del pensamiento, personificado en los sábios, los filósofos y los literatos, que lo precedieron hasta la reunión de los Estados generales; el de la expansión, en que fué llevado por las armas á todos los ámbitos de Europa hasta 1815, y finalmente, el de la fructificación, en que los pueblos se asimilaron la parte de aquellos principios que era compatible con su carácter, su estado social y sus antecedentes históricos, alentando por todas partes á los pueblos para establecer la libertad y vindicar sus derechos políticos.

Así la Francia, despues de vencida por la Europa coaligada, espanta de nuevo á los déspotas, levantando en un momento sobre sus robustos brazos la dinastía de origen popular de los Napo-

leones; obliga más tarde á la legitimidad á otorgar la Carta constitucional, y hace despues la revolución que sienta al rey ciudadano en el trono de Carlo-Magno y de San Luis.

La España se levanta en 1820 para establecer el gobierno popular, y su ejemplo es imitado por Nápoles, Sicilia, el Piamonte y Portugal.

En Inglaterra nacen las asociaciones radicales, con tendencia á la abolición de las influencias aristocráticas; y ante esa imponente actitud, el Gobierno se ve obligado á suspender el *habeas corpus*.

La Polonia aspira á la nacionalidad.

Los Estados alemanes, minados por las sociedades secretas, obligan á los príncipes á dar constituciones á los pueblos.

La infortunada Grecia, despues de cuatro siglos de ominosa servidumbre, se levanta tambien contra sus bárbaros opresores, llevando en su erigida frente el signo de la redención y renovando los heroicos tiempos de Maraton y Salamina.

Todo esto sucedía hácia el año veinte. Aquello era un despertamiento general de todos los pueblos, alentados por la gloria de los combates y halagados por las esperanzas de un porvenir risueño; esperanzas que crecían á despecho de las tenebrosas maquinaciones de la Santa Alianza y de las habilidades diplomáticas de Metternich.

Entonces nacia tambien el poder y el maravilloso prestigio de los Estados-Unidos de América, democracia pacífica, prudente y laboriosa, que hacia singular contraste con la democracia turbulenta y revolucionaria del Viejo Continente.

La joven América, apenas desprendida del regazo materno, llena de impresionable curiosidad, como sucede en las edades infantiles, contemplaba absorta tan grandioso espectáculo. Su espíritu se impregnaba de aquellas corrientes de ideas, bebía sedienta aquel entusiasmo que llenaba el mundo, decoraba aquellos principios desenvueltos con tanta brillantez, estudiaba los encontrados sistemas, y como el niño que al divisar una luz deslumbradora alarga la mano para alcanzarla, quería tambien realizar inmediatamente aquellas teorías.

No hubo entonces en América principio que no tuviese admiradores, ni sistema que no tuviese partidarios. Todo se ensayó en aquel campo virgen.

Unos querían una monarquía constitucional á la europea, y se pedía de encargo al viejo mundo un rey que conociese el oficio. Otros pedían una rama de la casa reinante en España, para que arraigase en América y echase sus retoños, como se podría pedir un vástago de una higuera vieja para que arraigase y fructificase en lejanos climas. Algunos soñaban en restablecer el antiguo imperio de los Incas, y buscaban entre los embrutecidos salvajes un hijo del sol para convertirlo en su señor, y no faltaba tampoco quien deslumbrado por los destellos que había lanzado el imperio napoleónico, aspiraba á tomarlo por modelo y á transportar á la América el cesarismo.

Allí se veían dictaduras á lo Cincinato, héroes como Marat, tiranías recelosas y sangrientas como las del doctor Francia, no lejos de las cuales se había organizado hasta un comunismo más estéril aún que el de Lacedemonia.

Pero las corrientes más poderosas de ideas eran en la República Argentina las desenvueltas por la turbulenta y expansiva revolución francesa, y las de aquella democracia patriarcal, religiosa y utilitaria, cuyos ecos traían las brisas que de cuando en cuando soplaban del norte del continente.

Las ideas francesas se albergaban generalmente en las cabezas ardientes, de imaginación volcánica, de instintos revolucionarios y tendencias reformadoras. Las ideas norte-americanas se posesionaban de los espíritus templados, de los temperamentos conservadores.

Los primeros soñaban en una transformación violenta y radical, y sentían la necesidad de crear un poder central y omnipotente que pusiese en sus manos la plenitud del poder público, para fundir el país en el molde de sus aspiraciones. Los segundos sentían la necesidad de hacer concesiones al estado de disgregación en que se encontraba el país.

Aquellos querían una centralización absoluta, y encontraban su modelo en la Convención, en el Comité de la salud pública, en el Tribunal revolucionario, en el Directorio y en la *república una é indivisible*, proclamada por los franceses. Los otros, tomando por modelo los Estados Unidos, veían en la federación el medio de conceder á las provincias la autonomía que de hecho disfrutaban, y de llegar á la organización de un Gobierno general sin lastimar las susceptibilidades locales, evitando de este modo los trastornos á que sería ocasionado el unir y estrechar con demasiada violencia aquellas porciones incoherentes de tan vasta región.

Unos eran, por fin, unitarios, y otros federales.

A la sazón acababa de llegar de Europa un hombre que se había impregnado de las ideas francesas. Conocidas eran su pasmosa actitud, su fecunda imaginación y su temperamento ardiente y revolucionario. Tal era Bernardino Rivadavia, hombre que en sus violentos procedimientos revelaba que en su organismo, había la trasfusión de la sangre que el ardiente sol de África hace hervir en las venas de los hombres de color.

A poco de haber llegado, fué llamado por Ro-

driguez para formar parte del Gabinete como ministro de Gobierno y Relaciones exteriores.

Rivadavia fué desde luego el alma de aquel Gobierno. Se rodeó de un círculo de hombres fanáticos de sus principios y de su persona, y con ellos empezó su obra demoleadora con infatigable celo.

Para asegurar-se la adhesión del poder legislativo dobló el número de representantes é hizo elegir á sus secuaces. Despues de este paso, hizo que la Junta de Representantes se declarase extraordinaria y constituyente, de manera que su poder era incontrastable. Aquello era una dictadura sin ninguna responsabilidad, pues podia contar de antemano con la sanción legislativa de todos sus actos.

Temeroso aún Rivadavia de que su influencia no fuese bastante decisiva, ó bien deseando prepararse para levantar su ambición á mayores alturas, se opuso á la reunión de un Congreso para arreglar la cuestión de la nacionalidad, alegando que era prematuro.

A pesar de tener á su devoción una Cámara omnipotente, se dejó arrastrar por su impaciencia, y empezó á legislar por medio de decretos, que fluían de su pluma como de inagotable manantial.

Trastornó todo el orden civil, religioso, político, administrativo y económico del país. Decretó la fundación de ciudades, de escuelas innumerables, de obras públicas de todo género, y hasta de universidades. Invirtió ingentes sumas en libros, traducciones, material científico é instrumentos.

Creó nuevas oficinas y empleos, y en fin, contrajo un empréstito de cinco millones de duros para aplicar á tantos gastos en un país, que, no produciendo entonces más de un millón trescientos mil duros, ya tenía de gastos ordinarios un millón setecientos mil, saldando por consiguiente su presupuesto en un déficit de cuatrocientos mil duros.

Un escritor distinguido de aquel país caracteriza á este personaje con estas palabras: «Don Bernardino Rivadavia, sobre quien pesa la responsabilidad de nuestras desgracias, entregado á sus abstracciones, sin el menor conocimiento de su país, en oposición con las ideas y costumbres de sus compatriotas, emprendió una reforma radical en todos los ramos de la administración pública. Ni se paraba en las dificultades, ni le arredraba la falta de recursos, ni tomaba en consideración la oportunidad ó inoportunidad de las obras proyectadas.»

Para obtener más dinero, se apoderó, no solo de los bienes inmuebles del clero, sino también de los bienes muebles.

Para conseguir influencia, para hacerse de partidarios y para crearse instrumentos en las demás provincias, pidió á cada una seis jóvenes para educarlos por cuenta del Gobierno de Buenos Aires é imbuirles sus ideas.

Para amedrentar á sus enemigos hizo pregonar la cabeza del doctor Yagüe, que se decía era jefe de una conspiración.

Hasta en la quijotesca pretensión de destronar reyes extranjeros por medio de las armas para libertar á los demás pueblos, se parecía Rivadavia á los revolucionarios franceses del siglo pasado.

En 1823 proyectó auxiliar á los revolucionarios españoles con 20 millones de duros para destronar á Fernando VII, y poco despues, con pretexto de revindicar las pretensiones del Gobierno argentino sobre la provincia Cisplatina, se emprendía una guerra para destronar al emperador del Brasil.

Todo esto no era más que el prólogo de la obra de aquel demagogo delirante que había entronizado en el poder la tiranía roja, no ménos temible que la tiranía blanca.

Concluido el término de aquel Gobierno, Rivadavia hizo que se eligiera para sucederle al general Las Heras, quedándose entre bastidores para aparecer en escena cuando llegase el momento oportuno.

Hasta tal punto era Las Heras instrumento de Rivadavia, que al hacerse cargo del Gobierno, dijo el nuevo gobernador en su discurso:

«Uno de mis gratos deberes será el sostener y llevar á término las instituciones que tanto honran al país, promovidas por el celo y habilidad de los distinguidos ciudadanos que han compuesto la administración á que sucedo; y por lo tanto espero ser auxiliado para marchar por la misma ruta, así con las luces y experiencia de tan beneméritas personas, como con el celo y patriotismo de los demás ciudadanos del país.»

Antes de abandonar el Ministerio, Rivadavia hizo que la Junta de Representantes invitase á las demás provincias á enviar diputados para formar un congreso que constituyese la nación.

Las provincias aceptaron la invitación, reservándose, sin embargo, el derecho de regirse interinamente por sus propias constituciones, y el de aceptar ó desechar la constitución que elaborase aquel Congreso.

Reunidos ya en Buenos-Aires una parte de los representantes que enviaron las provincias, empezaron los preparativos del golpe de Estado, que tenía meditado Rivadavia para imponer sus planes.

Propúsose al Congreso desde sus primeras sesiones la creación de un Poder Ejecutivo nacional permanente. Trató despues de hacerse mayor presión sobre el Congreso, por medio de una nota del Poder Ejecutivo de la provincia de Buenos-Aires,

en que éste declaraba que no podia atender á los negocios de la nación y de la provincia á la vez.

Para responder á las necesidades del nuevo poder que intentaba crear, se había fundado un Banco Nacional, sin más recursos que la moneda fiduciaria que debía emitir.

No arredraron á los partidarios de Rivadavia ni el considerar que el nuevo poder que trataba de erigirse carecía de entradas que le diesen recursos permanentes, ni que en el Congreso faltasen aún muchos diputados de las provincias, ni que se careciese de una Constitución que sirviese de norma á la acción de ese poder, ni las reservas que habían hecho las provincias al enviar sus delegados. Rivadavia apremiaba cada vez más á la mayoría á dar el golpe de Estado.

Por esto en cuatro ó cinco días el proyecto se presentó, se discutió, se sancionó, y acto continuo se nombró á Rivadavia presidente de las provincias unidas del río de la Plata, é inmediatamente se le dió posesión del mando.

Entonces este hombre público se lanzó desenfrenadamente por la carrera de violencias á que le llevaban sus ideas y su temperamento.

Desposeyó á las provincias de sus recursos, se apoderó de sus fuerzas militares, y lanzó sobre el país otra multitud de disposiciones más ó ménos atentatorias á las autonomías provinciales.

Para proporcionarse más recursos, ordenó suspender los pagos en metálico y dió curso forzoso á los billetes del Banco Nacional que no tenía con qué responder á su emisión, obligando á recibirlos por todo su valor escrito, con lo cual trastornó todos los negocios.

Hizo girones la provincia de Buenos Aires, arrebatándole la capital para nacionalizarla con un rádio de diez leguas, y dividiendo el resto en dos provincias; y por fin, para colmar la medida, destruyó por medio de un decreto el gobierno de la provincia, á pesar de haberse el Congreso negado á hacerse cómplice de semejante atentado.

En seguida se dictó una Constitución en que se estatua la centralización más completa, disponiéndose en ella que los gobernadores quedaban bajo la inmediata dependencia del Presidente.

Cuando las provincias, fundándose en los antecedentes históricos y las reservas que habían hecho al enviar sus representantes, quisieron resistir el golpe de Estado y retirar sus poderes á los diputados, el Congreso contestó con un acuerdo negando á las provincias la facultad de retirar sus poderes á los miembros de aquella Constituyente, que se declaró por este hecho poder independiente y soberano.

Desde aquel momento, el reto estaba echado, y el guante había sido recogido.

Sobrevino entonces el caos. Las provincias desconocieron la autoridad del presidente y tomaron las armas para resistir su poder. Los hombres de negocios, defraudados en sus intereses por el papel moneda, ponían el grito en el cielo. Los caudillos, al verse mariatados por un poder omnipotente, se revolvían y levantaban el poncho (1). En Buenos Aires se conspiraba de una manera latente. Tal era el estado en que se encontraban las cosas á fines de 1826.

Rivadavia había quedado aislado y sin más apoyo que el de un círculo diminuto de partidarios ciegos de su persona y de sus ideas.

En este estado, y viéndose en la imposibilidad de sostenerse, pensó en imponerse por la fuerza, haciendo regresar para ello el ejército que á la sazón guerrea en las fronteras del Brasil, y cuyo mando estaba entregado á sus partidarios. Confía en el poder de aquel ejército, compuesto de más de diez mil hombres, que eran la flor de las tropas del país, y habían adquirido el prestigio de la victoria de Itarungó contra las tropas del imperio.

Hasta en esto parecía Rivadavia querer parodiarse á los franceses.

Pero no tuvo tiempo para aguardar la vuelta del ejército y cayó estrepitosamente, declarándose impotente para dominar las tempestades que á su alrededor había desencadenado.

El mismo Congreso que había sido su dócil instrumento se encargó de destruir la mayor parte de su obra despues de su caída, y concluyó por suicidarse decretando su propia disolución.

En frente de Rivadavia se encontraba otro hombre, cuyas cualidades contrastaban notablemente. Era un militar que había hecho con gloria toda la campaña de la independencia allende y aquende los Andes. Tenía un género de elocuencia propia para impresionar y arrebatir las masas; era franco y altivo, y no carecía de valor y lealtad. Ese hombre era el coronel Dorrego.

Belgrano y San Martín le acusaron de actos de insubordinación y altanería.

El director Puyredon le desterró perpetuamente á los Estados-Unidos, donde su espíritu se impregnó del sistema político norteamericano.

Despues de cuatro años de destierro, regresó á su país y se hizo federal.

Dorrego comprendía mejor la situación que Rivadavia. Enamorado de las instituciones norteamericanas, creía que eran aplicables en parte á su país, pues pensaba poder armonizar con ellas sus intereses, constituyendo la nación sin herir las susceptibilidades locales, ni menoscabar la autonomía de las provincias.

(1) Frase gráfica que usan en el Río de la Plata para indicar que se subleva uno de aquellos jefes del gauchaje.

Rivadavia era de los que creen que el gobernante fabrica allá en su imaginación un molde, y que en él debe fundirse el pueblo gobernado, que sale de este modo transformado á gusto de los teorizadores; sin pensar que, como dice Bazantes, las leyes no conformes con los hábitos y opiniones de un pueblo, son palabras vanas, escritas en el papel y nada más.

Dorrego, por el contrario, quería dotar al país de instituciones y leyes que respondiesen á sus necesidades, á sus ideas y á sus costumbres en aquellos momentos históricos.

Así este personaje fué uno de los miembros del Congreso que hizo más viva oposición á los planes de Rivadavia; y los partidarios de este no desperdiciaban, por lo tanto, ocasión de atacarle con toda violencia, llegando hasta el extremo de apostrofarle y amenazarle.

En una de las sesiones borrascosas de aquel Congreso, lanzaba Dorrego al rostro de los hombres que gobernaban estas palabras:

«También observo que, aun cuando al presente los asuntos se discutan por razón y convencimiento, se trata de ponernos un candado en la boca y parece que no se quiere que se hable. Sí, señor, se quiere llevar la discusión á la brevedad posible como entierro de pobre, que es reducido y se desea acabar cuanto antes. Abréviense cuanto se quiera: acábase mañana si se desea; hagan ellos la felicidad del país del modo que les parezca, ¡ojalá la hagan y no yerren, porque esto ha de traer consecuencias muy fatales! Tampoco guardaré silencio, porque nadie será capaz de imponerme ni arredrarme: cuando se trata de amenazarme, no conozco la elasticidad de mi alma; la razón y el convencimiento obran en mí; las amenazas jamás. Se sabe cuál es la táctica: se trata de acabar con los hombres que no tienen una dependencia ciega.»

En otra ocasión declaraba Dorrego que opinaba por el sistema federal, porque creía que era el que querían los pueblos, y el que aceptarían unánimemente.

Sin embargo, el sistema federal que pretendía Dorrego, tenía el grave inconveniente de entregar por completo la supremacía al elemento bárbaro.

En un país como los Estados Unidos, en que la población era toda civilizada; en un país como la Suiza, compuesto en su totalidad de hombres trabajadores, humanos y más ó ménos instruidos; en un país como la Alemania, compuesto de Estados que se encuentran á la cabeza del mundo civilizado, se comprende perfectamente la federación. Sus elementos son más ó ménos homogéneos, pueden concurrir á un fin común, se trataba por consiguiente de anuar esfuerzos aislados, que iban marchando en idéntica dirección.

La federación no es otra cosa que una asociación de pueblos que tienen ciertas necesidades, ideas é intereses comunes; pero no se comprende la asociación de esta naturaleza, entre elementos tan heterogéneos como los que representaban Buenos Aires y el resto del país, la barbarie y la civilización.

Los caudillos todos que dominaban las provincias, los jefes de aquellas hordas errantes con sus instintos de independencia, se adhirieron desde luego á la federación, porque comprendieron inmediatamente que este sistema político, no era más que la confirmación de su dominio, el escalón de su poder y la ruina del elemento civilizado.

Por una de aquellas paradojas de que vemos frecuentes ejemplos en la historia, allí los revolucionarios eran los unitarios y los federales eran los conservadores.

Había en esto dos extremos igualmente peligrosos. El unitarismo debía producir el desjuicio, el caos y la guerra civil, sobre todo como lo entendían Rivadavia y su círculo; el federalismo debía ser la legitimación y el triunfo de la barbarie.

Quizás un término medio, bien meditado, hubiera sido lo que el país necesitaba para constituirse; pero la intransigencia de unos y otros partidarios, la saña y encarnizamiento con que se combatían, hacía imposible toda transacción.

Antes de disolverse, el Congreso había nombrado Presidente provisorio al doctor López, con objeto de restablecer el gobierno de la provincia, derribado antes por Rivadavia de una plumada.

El nuevo Presidente convocó á elecciones para la legislatura de la provincia, en la cual resignó el mando. La Cámara provincial, una vez instalada, eligió para gobernador al coronel Dorrego, con quien se entronizaba el partido federal ó el partido de los caudillos, de quienes, según los unitarios, era Dorrego el representante.

Al subir Dorrego al poder, la guerra con el Brasil era el compromiso más abrumador que pesaba sobre el país; pues éste se hallaba sin medios para sostenerla.

Los apuros que pasaba el Tesoro de Buenos Aires eran supremos. El Gobierno no debía ménos de 25 millones de duros, los compromisos contraídos por la situación anterior eran enormes, la administración costosa, los plazos de la amortización de los empréstitos contratados en Londres se venían encima, y las rentas públicas no habían aumentado.

La situación del ejército en el Brasil no era ménos desesperada. Se hallaba á dos ó trescientas leguas de su base de operaciones con interposición de las plazas fuertes de la Colonia y Montevideo. La escuadra brasileña bloqueaba el litoral

del Rio Plata. La caja del ejército no tenía un céntimo, sus caballos estaban inservibles y oficiales y soldados se hallaban en estado de completa desnudez. La desercion habia tomado considerable incremento, y hasta el mantenimiento de la disciplina se iba haciendo difícil.

Rivadavia habia intentado hacer la paz á toda costa en los momentos en que se desquiciaba su administracion, y le habia sido imposible. Dorrego, por el contrario, así que entró en el poder, se preparó á la guerra para conseguir la paz con más seguridad.

Haciendo todo género de sacrificios envió cerca de cuatrocientos mil duros al ejército, y lanzó sobre los territorios del imperio á las órdenes de Estanislao Lopez y de Rivera, las montoneras, género de guerrillas que se dispersan, se replegan, forman masas compactas, combaten cuerpo á cuerpo, se emboscan, aparecen ó desaparecen, según conviene, no respetando ninguno de los usos de la guerra civilizada y viviendo sobre el país que operan.

Las montoneras de América son una especie de piratería ó de corso terrestre, que constituye el mayor azote del país que se ve invadido por ellas.

Lopez penetró en las Misiones, mientras Rivera y Lavalleja entraban por la provincia de Rio Grande.

Entonces el Brasil se inclinó á la paz, y por mediacion del representante de Inglaterra se ajustó un convenio, en que las dos partes beligerantes establecian la independencia de la Banda Oriental ó provincia de Montevideo, naciendo de esa paz una nueva nacion.

Estos eran los momentos críticos. El ejército, ó al ménos sus jefes y oficiales, eran abiertamente unitarios y secuaces de Rivadavia.

Habia llegado el momento de hacer regresar ese ejército al seno de la patria. Iban con él á regresar casi las únicas fuerzas aguerridas y disciplinadas con que contaba el país.

El Gobierno de Dorrego se hallaba amenazado por una inminente revolucion unitaria, en que tomara parte el ejército expedicionario.

Esto era público, y se decia en Buenos Aires sin embozo. La prensa unitaria, lejos de ocultarlo, desencadenaba sus tempestades en declamaciones violentas.

Con pretexto de la eleccion de dos representantes, hubo ya tumultos y atropellos en que ambos partidos vinieron á las manos, encontrándose entre los tumultuarios algunos jefes del ejército, y hasta un general.

El único apoyo que podia esperar el Gobierno era el de Rosas, nombrado por la nueva situacion comandante general de campaña, que queria decir en aquel país y en aquella época, rey y señor del gauchaje y de las tribus del desierto.

Rosas era federal á la manera de todos los caudillos de las provincias, con quienes fácilmente se entendia; era amigo particular de Dorrego, y habia sido adversario decidido, aunque pacífico, del Gobierno de Rivadavia, de quien debian necesariamente divorciarse sus ideas conservadoras.

Dorrego no podia ménos que tener, por consiguiente, en Rosas un amigo fiel y un aliado eficaz para hacer frente á sus enemigos; pero el gobernador tenia cierta candidez que provenia, ó bien del poco conocimiento del terreno que pisaba, ó bien de su misma elevacion de miras y de su desprendimiento, que no le permitian creer en los peligros de que se encontraba rodeado.

Mientras Dorrego vivia descuidado sin tomar ningun género de precauciones, Rosas preparaba sus fuerzas en la campaña, y pedia al Gobierno armas y recursos que éste le negaba.

Valido de su amistad personal con el gobernador, más de una vez se permitió señalarle los peligros que cercaban al Gobierno, y hasta se dice le dirigió un anónimo, en el cual se contenian estas textuales palabras: «El ejército nacional llega desmoralizado por esa lógia que desde mucho tiempo nos tiene vendidos: lógia que en distintas ocasiones ha avasallado á Buenos Aires; que ha tratado de estancarse, en su pequeño círculo, la opinion de los pueblos; lógia ominosa y funesta, contra la cual está alarmada toda la nacion».

La inquietud y la alarma de Rosas no eran infundadas. Casi al mismo tiempo, varias confidencias fueron á poner en conocimiento del gobernador que los conspiradores estaban reunidos y que la sedicion iba á estallar.

No se comprende la sin igual calma, el exceso de candidez que dominaban en aquellos momentos críticos el espíritu de Dorrego. Estaba empeñado en transigir con los unitarios, y les hacia toda clase de concesiones. Sabia que el ejército le era adverso, y lo hacia regresar á la capital con sus jefes unitarios á la cabeza, daba orden de que inmediatamente se le entregaran todos sus alcances y entraba en conferencias con algunos representantes del unitarismo con objeto de llegar á una avenencia, mientras los unitarios conspiraban á sus espaldas á la luz del dia, se jactaban de ello, y hasta los soldados ardian en deseos de levantarse en armas contra una situacion á la cual nadie podia acusar de ninguna persecucion ni arbitrariedad.

Rosas, que, como hemos dicho, era en realidad el apoyo más importante que podia tener Dorrego, con su congénita perspicacia habia aconsejado á éste que disolviese aquel ejército, lo dividiese en

pequeñas partidas, y que lejos de darle entrada en la capital, le enviase así disuelto á Patagones y otros puntos distantes, á fin de acabarlo por la desercion; pero Dorrego desdenaba estos consejos.

Rosas proponia con más insistencia armar la campaña, y Dorrego le negaba los medios de poner la situacion en estado de defensa.

Rosas queria prevenirse contra el golpe de mano que preparaban los unitarios, y Dorrego queria atraérselos á fuerza de benevolencia y generosidad; pero llevada hasta tal extremo, que se entregó atado de piés y manos á sus implacables enemigos.

Los acontecimientos dieron la razon á Rosas. Dorrego caminaba derecho á su perdicion.

Cuando Dorrego tuvo ya la certeza de que la revuelta iba á estallar, envió un edecan al cuartel donde estaban reunidos los conspiradores celebrando un banquete, con orden de que el jefe más caracterizado se presentase á hablar con el gobernador.

En semejantes circunstancias, apenas se concibe tal actitud en un gobernante. Aquello, más que inocencia ó candidez, era ceguera ó obstinacion.

A pesar de todo, lo que no puede dudarse, es que habia en Dorrego buena fé y mejores intenciones; lo que nadie ha afirmado, ni podrá afirmar jamás, es que Dorrego se hubiese deshonrado con ninguna persecucion, ni se hubiese manchado con la sangre de sus adversarios políticos; lo que nadie podrá desmentir, es que Dorrego era el único representante legal del poder público de la provincia; lo que no es posible desconocer, es que no se habia señalado por ningun abuso, y que tenia de su parte la inmensa mayoría del país, como á las claras lo demuestran las espléndidas fiestas y demostraciones públicas de regocijo que tuvieron lugar con motivo de su ascension al poder.

Es preciso hacer constar todos estos extremos para que resalte bien la negra traicion y el crimen de los unitarios.

El general Lavalle, que era el jefe militar de la conspiracion, se levantó á contestar al mensaje del gobernador, y lo hizo en estos términos: «Dentro de dos horas iré á echarlo á patadas del puesto que ocupa».

Al descorrerse de este modo el velo de la realidad, el gobernador consideró perdida su causa en la ciudad. Efectivamente, poco despues todo el ejército sublevado se dirigia á la residencia del Gobierno, atravesando una poblacion pacífica, que apenas se daba cuenta de lo que pasaba. El único batallon que no estaba comprometido con los conspiradores, se decidia por ellos en aquellos momentos.

Desamparado el Gobierno, Dorrego escapó solo y disfrazado á la campaña para reunirse con Rosas.

Desde allí dirigió un oficio al presidente de la Cámara de representantes, manifestando que delegaba el Gobierno de la ciudad en el ministro de la Guerra; y otro oficio al gobernador de la vecina provincia de Santa Fé, poniendo en su conocimiento lo ocurrido, á fin de que le auxiliase y avisase á los Gobiernos de las demás provincias.

Lavalle, por su parte, disolvió la Cámara, destituyó las autoridades, y se hizo proclamar gobernador por una reunion de unos doscientos de sus corifeos, reunidos en una iglesia.

Tan escandalosa fué esta asonada militar, que el mismo Rivadavia jefe del partido unitario, se negó á prestarle su apoyo y á tomar parte en el nuevo Gobierno, indisponiéndose con tal motivo con todos sus amigos.

Rosas entre tanto reunia su gente.

De todas partes, y aún de la misma capital, acudian grupos numerosos á ponerse á las órdenes de Rosas y Dorrego.

Lavalle voló entonces á la campaña, antes de dar tiempo á que esas fuerzas se reunieran y organizaran.

Rosas aconsejó á Dorrego que se hiciese la guerra de montoneras, diseminando sus fuerzas en pequeños grupos para darles mayor movilidad, no exponerse á un desastre definitivo y gastar la moral y disciplina del ejército de línea, aguerrido en tres años de campaña contra el Brasil.

Los consejos de Rosas fueron de nuevo desechados, y Lavalle, sorprendiendo las fuerzas bisoñas del Gobierno cerca del pueblo de Navarra, las venció y dispersó despues de alguna resistencia.

Con objeto de que les sirviera de base para reorganizar sus fuerzas, Dorrego y Rosas se retiraron hácia el Norte en busca de un escuadron de húsares que tenia orden de incorporárseles; pero desconfiando Rosas de la fidelidad de aquel cuerpo, propuso á Dorrego en el camino que desistiera de reunirse con él, aconsejándole que se refugiase en Santa Fé. El gobernador persistió en no seguir esta opinion, por lo cual ambos jefes se separaron, siguiendo Dorrego en busca del escuadron y Rosas el camino de Santa Fé para encontrar aliados en la vecina provincia.

Al llegar al campamento de los húsares, Dorrego entró en conferencia con el coronel Pacheco, que los mandaba; y en esta situacion, los demás jefes sublevaron la tropa y se apoderaron del coronel, del gobernador y de un hermano de éste, que le habia acompañado, conduciéndoles al campamento de Lavalle. Las previsiones de Rosas habian salido ciertas.

En el camino, Dorrego fué separado de su her-

mano, y entonces empezó á caer la venda de sus ojos.

A su llegada al campamento, un oficial fué á anunciarle, de parte del general, que dentro de una hora debia ser fusilado.

El primer efecto que tan terrible como lacónico mensaje hizo en Dorrego, fué de indignacion; pero serenándose poco despues, y haciéndose superior á su situacion, contestó con dignidad al emisario en estos términos: «Puede usted decir á su general, que el gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores de las provincias unidas, queda enterado de la orden que se le ha trasmitido.»

Dorrego dispuso entonces minuciosa y prolijamente todos sus asuntos particulares y de familia; escribió sus cartas de despedida con una ternura conmovedora y con la firmeza de ánimo, fortaleza y serenidad que nunca le abandonó en aquel trance, presentó con valor su pecho al plomo fratricida, haciendo un saludo al oficial encargado de la ejecucion.

Una descarga puso término á sus dias.

El crimen estaba consumado.

El cadáver de una víctima ilustre é inocente se hallaba tendido en el suelo.

Ni siquiera una farsa de consejo de guerra se habia creído necesario para dar una sombra de justificacion á aquel horrible asesinato.

Aquello era un triple crimen: crimen contra la humanidad, por el asesinato de un hombre inocente é indefenso; crimen contra la patria, por el asesinato de su representante legítimo; crimen contra las leyes, las cuales se hollaban completamente en un hombre que nadie habia declarado reo.

Despues de aquella ominosa tragedia, Lavalle dirigió un parte al Gobierno de la capital, declarando que *Dorrego acababa de ser fusilado de su orden.*

El círculo que habia tramado aquella conspiracion trató en vano de justificar el asesinato, acunulando cargos contra la víctima.

Todos los hombres honrados tuvieron que condenar, tarde ó temprano, aquella terrible ejecucion.

Rivera Indarte, uno de los unitarios más encarnizados, enemigo de Rosas, dice:

«La muerte de Dorrego fué ilegal é injusta, violenta é inútil.»

«El fusilamiento de Dorrego, dice Manuel Bilbao, aparece como un crimen injustificable bajo todos aspectos.»

El dean Funes, enemigo tambien de Rosas, se expresa en estos términos:

«¿Quién habia de decir,—exclama refiriéndose al general Lavalle,—que el héroe de Chacabuco, Maipú, Nasca, Pasco, Rio-Bamba, Pichincha é Ituzaingó, habia de manchar de este modo las páginas de la historia argentina?»

«La noticia de este atentado, continúa, cubrió de luto la ciudad de Buenos Aires, fué la llamada de la guerra civil, y sublevó contra su perpetrador á todos los hombres sensibles y amantes verdaderos de las instituciones y garantías, tanto públicas como privadas.»

La sangre derramada de Dorrego clamaba venganza al cielo.

Los pueblos donde se cometen semejantes crímenes están destinados á pasar por una larga expiacion.

Los partidos que hacen alarde de tan horribles fechorías, recibirán tarde ó temprano los terribles anatemas de las conciencias honradas, labrarán la ruina de su país, y lavarán con su sangre el negro borron que echan sobre su patria.

Sobre el cadáver ensangrentado de Dorrego se levantó un terrible vengador. Ese vengador fué Juan Manuel Rosas.

El asesinato de Dorrego atrajo al país veinte años de expiacion.

En la inocente sangre de aquella víctima inmolada á los rencores y odios de un partido, se tiñó el trapo rojo que sirvió de bandera á las hordas vengadoras acudilladas por Rosas.

Durante veinte años, el pueblo de Buenos Aires no vistió otro color que el de la sangre, ni las puertas se pintaron más que de color de sangre, ni se imprimieron los sellos del Estado más que con el color de la sangre.

Durante veinte años el nombre de los unitarios fué execrado hasta en los cintillos colorados que servian de divisa en los sombreros.

Durante veinte años, hasta los serenos de Buenos Aires execraban cada hora en todas las vías públicas de la ciudad el nombre de los unitarios con los dicterios de salvajes, asquerosos é inmundos, en aquellas largas noches de tiranía.

Durante veinte años el amigo saludaba al amigo empezando su correspondencia epistolar, con un *muestra á los salvajes unitarios.*

Durante veinte años, Juan Manuel Rosas, el caudillo del gauchaje y de las indiadas, el rey de las pampas argentinas, tuvo bajo sus piés á la ilustre ciudad de Buenos Aires.

Durante veinte años, los unitarios carecieron de patria y de hogar y peregrinaron por el mundo como los judíos despues de haber vertido la sangre inocente de la víctima del Gólgota.

¡Terrible expiacion! Leccion elocuente de la historia que no deberia desperdiciar ningun pueblo ni partido.

PEDRO ARNÓ.

(Continuará)

Bubi, 28 Noviembre 1883.

LA ALEMANIA.

La Alemania era menos avanzada que la Francia en el orden moral, y menos avanzada que la Inglaterra en el orden económico y político. Las costumbres habían conservado la rudeza de los tiempos feudales.

En el siglo XIV, el imperio de Alemania, después de haber representado casi todo el imperio antiguo de Occidente, tendía a constituir un Estado puramente alemán por haber visto circunscrito su territorio, perdidos el Delfinado y la Provenza, siendo solo nominal su soberanía sobre la Saboya y la Suiza, mientras la Polonia arrebató a la Prusia el orden teutónico.

La Alemania, al pretender más tarde engrandecerse, intentó germanizar a los slavs, y los que no pudo asimilarse, guardando su carácter nacional, fueron una causa de debilidad para la casa de Austria, que obtenía la preminencia al comienzo del siglo XVI.

El emperador Maximiliano quiso justificar y centralizar su poder, atenuando la dominación de sus vasallos, las familias más importantes de Suavia, Franconia, Sajonia, Habsburgo, Wittelsbach ó de Baviera, la más antigua y la más ilustre de Alemania.

Las guerras de Italia y de Francia, que no cesaron durante el reinado de Maximiliano, no le impidieron establecer la unidad de la justicia, instituyendo la cámara imperial, tribunal supremo, destinado a castigar las violaciones de la justicia y por el engrandecimiento del poder monárquico pudieron gozar de una tranquilidad relativa la clase media y el pueblo que se levantaban del abatimiento a que los tenían sometidos los nobles turbulentos que no vivían antes más que de violaciones y de pillaje.

La invención de la imprenta ocurrida en Alemania en el año 1452, el renacimiento que preparó la reforma, excitó con impulso profundo, teológico y filosófico, la emancipación intelectual del pensamiento. Se había acrecido el bienestar, merced al descubrimiento de la América, y con el bienestar y el desarrollo de la inteligencia se hizo sentir la necesidad de la libertad.

Los príncipes alemanes codiciaban los bienes del clero, y éste cometía desórdenes que profanaban su santo ministerio.

Maximiliano era favorable a una reforma moderada, contenida en límites más reducidos que los que traspasó la reforma de Lutero. Su muerte paralizó sus proyectos de reforma religiosa y de unificación política.

Cárlos V, al reunir bajo su cetro la España y el imperio, se declaró adversario decidido de los innovadores, pero éstos fueron favorecidos por los príncipes alemanes, amenazados en su independencia por la autocracia de Cárlos V, y eligieron un jefe entre los que habían abrazado las ideas nuevas, y éste lo fué Mauricio de Sajonia, que había combatido a favor de Cárlos V, que le nombró elector y le hizo traicion, forzando al emperador a firmar una convención en 1552 y la paz de Ausburgo en 1555.

Los protestantes pudieron profesar su religión y conservar la posesión de los bienes eclesiásticos, que habían arrebatado a la Iglesia. El emperador abdicó poco tiempo después.

La sabiduría de los emperadores Fernando I y Maximiliano II, hicieron prevalecer, respecto del protestantismo, la moderación y la tolerancia; pero bajo el imperio de Rodolfo II, incapaz de sostener la corona por su irresolución, y por no querer aplicarse al conocimiento de los negocios públicos, como en los reinados de Matías y de Fernando II, la influencia de los jesuitas provocó las disensiones que hicieron estallar la guerra de los Treinta años, que aseguró a los reformados la libertad de conciencia.

Esta guerra, si bien tuvo para la Reforma la ventaja de hacer aceptar definitivamente por el imperio su existencia legal, produjo divisiones políticas multiplicadas, que supo aprovechar la Francia, la que a pesar de ser un país católico, prestó a los protestantes su auxilio interesado y egoísta.

La casa de Sajonia perdió la hegemonía protestante, de la que se apoderó Gustavo Adolfo, rey de Suecia, que fué el verdadero jefe de los reformados de Alemania, hasta su muerte.

El poder del protestantismo se debilitó momentáneamente, privándole de su carácter nacional, para hacerle auxiliar de un príncipe extranjero.

Los electores de Sajonia y de Brandeburgo, aunque protestantes, desconfiaban de Gustavo Adolfo, y se adhirió al emperador, lo que fué una nueva causa de división para el protestantismo, y de disolución para el imperio, ya de hecho, desmembrado, y desunido; de manera que la tendencia de la reforma a imponer a la Alemania su unidad bajo una fe nueva, fué funesta a la unidad política, lo que demostraron los sucesos, cuando Luis XIV atacó las provincias unidas, y ganó al elector de Colonia, al obispo de Osnabruk, al de Munster, al duque de Brunswick-Luncheburgo, y ocupó a Leopoldo fomentando disturbios en Hungría.

La Francia colocó entre ella y la casa de Austria una barrera que esta no debía más traspasar, la circundó de pequeños soberanos, celosos de sus derechos, y siempre resueltos a ligarse contra ella con la Francia.

El tratado de Westfalia, primero, y la confede-

ración renana, formada por Mazarino, atrajeron a la liga con la Francia a los electores eclesiásticos, y a otros potentados, como los duques de Wertemberg y de los Dos Puentes, y el elector de Brandeburgo. Esta liga fué prorogada hasta el 15 de Agosto de 1667.

La Asamblea del imperio, después de la paz de Westfalia, comprendía ocho electores, setenta y un príncipes de la Iglesia, cien familias con principados, sesenta y una ciudades del imperio, en todo doscientos cuarenta votos, trescientos setenta Estados.

La guerra de Treinta años produjo las consecuencias más desastrosas. El cuadro que ofreció la Alemania fué triste y sombrío. La riqueza desapareció de las ciudades comerciales, así como los ciudadanos de la clase media que habían sido antes tan opulentos como los príncipes. A las causas de empobrecimiento, se unieron todas las calamidades de las luchas intestinas, prolongadas por tantos años.

Todas las tropas, formadas entonces de mercenarios, saquearon y devastaron la Alemania; Gustavo-Adolfo solamente mantuvo la disciplina empleando una severidad cruel; pero después de su muerte, la indisciplina reinó en el ejército sueco.

Los generales favorecían las exacciones de los soldados para atraer mayor número a sus banderas; no les pagaban, y se entregaban a todos los excesos, mientras los generales acumulaban riquezas. El oficial que había obtenido unas tierras en dotación, obraba como un soberano, violando todas las leyes; sin pagar ningún impuesto, exigía todo de los campesinos.

La miseria y el hambre fueron de tal magnitud, que en muchas partes de la Alemania se llegó al horrible extremo de comer carne humana; se colocaron guardias en los cementerios para impedir que se desenterrasen los cadáveres para ser devorados. Bandas de lobos recorrían el país; la población decreció extraordinariamente, así como el valor de las propiedades; los franceses incendiaron las aldeas de la Baviera en 1646; los despojos de la Alemania pasaron a la Suecia; las ciudades libres habían desaparecido; el extranjero fomentaba la guerra; las operaciones de la Dieta fueron más lentas, y la intervención de las potencias extranjeras más fácil, y la Asamblea de la Dieta vió perturbadas sus sesiones por las querrelas entre los evangelistas y los católicos.

La Alemania logró levantarse de su miseria y de su abatimiento por la cultura de la inteligencia, porque su espíritu no se había adormecido a pesar de tantas convulsiones.

Un Estado que tenía un origen casi eclesiástico, la Prusia, antes evangelizada por el Orden teutónico, pasó al protestantismo y fué secularizada. Este suceso ejerció una influencia considerable en favor de la Reforma.

Alberto, Marqués, príncipe de la casa de Brandeburgo, elegido gran maestro del Orden teutónico en 1511, se unió con entusiasmo a la guerra encarnizada entre los dos partidos religiosos, combatió durante largo tiempo contra Segismundo, rey de Polonia, hizo la paz con este príncipe, y convertido al luteranismo obtuvo la investidura de la Prusia, erigida en ducado secular y hereditario, como vasallo de Polonia.

Este fué el primer engrandecimiento de la Prusia, que aumentó su poder, porque en la guerra de Luis XIV contra los Países-Bajos, muchos príncipes alemanes favorecieron a la Francia, mientras el elector de Brandeburgo, habiéndose aliado con nuestra patria y con muchos Estados del imperio alemán, salvó las provincias unidas y una parte de las provincias renanas. Fiel a los intereses alemanes, condujo sus tropas en medio del invierno para defender sus posesiones, sorprendió y batió a los suecos, reconquistó contra ellos a Stettin y Stralsund; y en una campaña memorable hecha en parte sobre los hielos, lanzó lejos de su territorio el ejército del conde de Horn, que por la Livonia había invadido la Prusia y podía amenazar a Berlín.

En este momento, Leopoldo, emperador de Austria, no consultando más que los intereses de su propio poder, y contra los de Alemania, se apresuró a firmar el tratado de paz de Nimega, en 1678, sin el consentimiento de los otros Estados germánicos, y apoyó a Luis XIV que quería que se devolviesen a sus aliados, los suecos, lo que ellos habían perdido en Alemania.

El elector de Brandeburgo había conquistado la Ostfria, y la Pomerania, y Francia se opuso con energía a sus reclamaciones para retener la última conquista, y el elector, amenazado de una invasión por los franceses, se vió obligado a aceptar la paz por el tratado de San German en Laye, firmado el 26 de Junio de 1679, por el que fué forzado a devolver a los suecos sus conquistas, alcanzando solamente una indemnización pecuniaria, por los daños que le causaron las tropas francesas.

En la guerra de sucesión de España, en la que estallaron las rivalidades de Austria y de Francia, de los Estados más poderosos a la sazón, la herencia de Cárlos II, que sólo tenía interés por la causa de Austria y no por los Estados alemanes, estos se mostraron poco favorables al emperador. La creación del nuevo electorado de Hannover suscitó descontentos, sobre todo en los arzobispos de Treves, de Colonia y el conde Palatino, y un grande número de príncipes formaron

la liga denominada *Union de Ratisbona*, y después *Alianza de Nuremberg*, y estos príncipes cometieron la falta de concertarse con la Francia y la Suecia, a los que debieron mirar como enemigos, para obrar con rigor respecto a la ejecución del tratado de Westfalia; solo el elector de Brandeburgo, tuvo la sabiduría de no entrar en la liga, que no alcanzó un éxito feliz por la incertidumbre de dos tendencias, la lentitud de las medidas, y la molición de la acción y otra tentativa exterior para constituir entre Francia y Austria un partido neutro, fué también desgraciada.

El elector de Brandeburgo, Federico Guillermo, cuyos Estados no habían cesado de engrandecerse, fué declarado jefe de la Alemania protestante, adversario de la Alemania católica.

En la guerra de sucesión continuó la deplorable tendencia de los príncipes alemanes a separar sus intereses de la Alemania. Los de Baviera, de Brunswich, Wolfenbiestel, recibieron subsidios de la Francia.

El emperador tenía necesidad de aliados; el elector Federico III, sucesor de Federico Guillermo, puso por condición de su alianza y de su apoyo, la de ser reconocido rey de Prusia por el imperio; prometió dar diez mil hombres para la guerra de España é hizo algunas otras concesiones.

Así fué como el elector de Brandeburgo, ya reconocido como rey de Prusia por los suecos en virtud del tratado de Labian en 1656, por los polacos en virtud del tratado de Welan en 1657, y el 16 de Noviembre de 1700 se firmó en Viena el tratado de la corona, por el que Leopoldo reconoció a Federico III como rey de Prusia, sin atender los consejos del príncipe Eugenio, que preveía en la Prusia el más terrible rival de Austria. Las demás potencias imitaron este ejemplo, con excepción de la Francia y de la España. El Papa Clemente XI deploró este reconocimiento que elevaba al trono a un príncipe protestante. Federico III, apenas fué reconocido, se hizo coronar en Koenigsberg en 1708.

Las potencias exteriores consumaron el desmembramiento de la Alemania, celosas de su unidad política y de su prosperidad, adoptando el principio inmoral de dividir para reinar, que inspiró el tratado de Westfalia. Luis XIV siguió esta política preparando el engrandecimiento de la Prusia, que fué hostil a aquel monarca por la revocación del edicto de Nantes y de su intolerancia contra los reformados, provocando las represalias de la Prusia contra los católicos.

Federico Guillermo, defendiendo los intereses protestantes acreció su influencia sobre la Alemania, protector de los numerosos franceses expulsados de Francia, les dió subvenciones para establecer sus manufacturas, pagó a su clero y les ayudó a fundar escuelas y templos.

El establecimiento de los refugiados franceses contribuyó mucho a que sus obras maestras literarias fueran tomadas por modelos en Alemania. Los protestantes de aquella nación tenían sobre sus huéspedes una grande superioridad en el orden intelectual, en el génio industrial y comercial.

La Prusia tuvo la fortuna de que sobre su rey Federico III, que tomó al subir al trono el nombre de Federico I, ejerciera grande ascendiente su joven esposa, Sofía Carlota, distinguida por el raro mérito de haber podido conservar en medio de las grandezas y de las adulaciones, la sencillez y el brillo de su razón privilegiada.

Sofía Carlota había viajado por Italia, y conducida por sus parientes a Versalles, su belleza impresionó tanto a Luis XIV, que la consideró digna de ornar sus sienes con una corona, y la destinaba para ser esposa del duque de Borgoña; mas consideraciones políticas impidieron desgraciadamente para la Francia, que se realizara este enlace.

Esta princesa, al reinar en Prusia, introdujo en la corte la elegante cortesía de que Versalles le había ofrecido tan brillantes modelos, y lejos de complacerse en la pompa régia, prefería el amor de las ciencias, de las letras y de las artes. Rodeada de sabios, alimentada de meditaciones profundas sobre los grandes problemas de la vida, amaba sobre todo la conversacion filosófica con Leibnitz, deseosa de remontarse a las causas primeras, y un día, el gran filósofo la dijo: «No hay medio de satisfaceros; vos queréis saber el por qué del por qué.»

A instancias de esta princesa, Federico I fundó en 1694 la célebre universidad de Hall, y más tarde la Sociedad Real de Ciencias, presidida por Leibnitz. En 1695 se creó una Academia de pintura, é hizo venir de Italia las mejores estatuas. Decoró Berlín de muchos edificios notables, y de una estatua ecuestre del gran elector.

Bajo su reinado florecieron los eminentes sabios Leibnitz, Wolf, Otto de Guericke, Tomassio; Canitz conquistó un nombre glorioso en la poesía, y Puffendorf en el derecho público.

En 1705 ella murió en Hannover en el seno de su familia. «No me compadezcas, dijo a una de sus damas que lloraba, porque ya voy a satisfacer ahora mi curiosidad sobre los principios de las cosas que Leibnitz no ha podido explicarme, sobre el espacio, sobre el infinito, sobre el sér, y yo preparo al rey, mi esposo, el espectáculo de una pompa fúnebre, en la que él tendrá una nueva ocasión de desplegar su magnificencia.»

Las últimas palabras que pronunció fueron para recomendar al elector, su hermano, los sabios que ella había protegido, y las artes, de que ella había hecho siempre sus delicias.

Con la monarquía comenzó una nueva era para

la Prusia, emancipada del yugo de la Austria Federico I, a la muerte de Guillermo III, heredero de la sucesión de Nassau-Orange, tomó posesión del condado de Lingen, del principado de Meus y de algunos otros dominios.

Durante la guerra de 1707, el nuevo rey compró el condado de Teckleburgo, en Westfalia, y otros Estados, y los de Neuchatel y de Valaquia; después de la muerte de la duquesa de Nemours, le prefirieron, sobre sus competidores, como heredero de la casa de Orange.

La paz de Utrecht garantizó a Federico esta adquisición, reconocida por el rey de Francia. La Prusia conjuró inminentes peligros en la guerra que desgarró el Norte, amenazada a la vez por el impetuoso Carlos XII de Suecia, Dinamarca, Polonia y el czar de Rusia. Pero logró marchar entre estos escollos, por la entrevista que celebraron Federico y Pedro el Grande en Marianwerder.

Aquel era indulgente por carácter, pero herido su amor propio era irascible y cruel habiendo sido engañado por un alquimista, que se hacía llamar el conde de Cayetano, le hizo colgar con traje de papel dorado en un cadalso igualmente cubierto de papel dorado. Celoso calvinista, odiaba a los católicos, pero sin oprimirlos.

Un año antes de morir, vió nacer aquel nieto que debía conquistar tanta gloria. En su alegre vanidad le eligió por padrinos y por madrinas al emperador Carlos VI, al czar Pedro I, la República de Holanda, y el canton de Berna. Este nieto fué aquel que decía de su abuelo que él era «grande en las cosas pequeñas, y pequeño en las grandes.»

Federico I, viudo de Sofía Carlota que fué dotada de un espíritu tan filosófico, se unió a la princesa Luisa de Meckleburgo, cuya devoción sombriaba y exagerada alteró sus facultades intelectuales. El rey no llegó a conocer en toda su extensión el mal que afligía a la reina, por la solicitud oficiosa que se le había ocultado.

Un día en que Federico fatigado por sus ocupaciones reales se había adormecido en un sillón, la reina burlando la vigilancia de sus damas, se precipitó en la cámara del rey, haciendo pedazos un espejo, cuyo ruido espantoso despertó al monarca de su sueño, y al distinguir a una mujer con los cabellos exparcidos sobre su rostro, medio cubierta de vestidos blancos, y con las manos ensangrentadas, permaneció petrificado de estupor. «Yo he visto la mujer blanca, exclamó: ya no veré nada más.»

Acometido por la fiebre murió el 25 de Febrero de 1713, a los 56 años de edad.

Segun una tradición mitológica, que ha dejado en Alemania numerosos vestigios, veía una mujer blanca el que estaba próximo a morir.

Esta tradición se fundaba en pretendidos sucesos históricos; y se decía que Joaquin I violentó a una anciana a que vendiera su casa, y trasportada de furor, ésta le declaró que ella sería, para él y para sus descendientes, una mensajera de muerte.

Fuó una creencia difundida en la casa de Brandeburgo, que cuando un príncipe de esta familia iba a morir, veía la mujer blanca. Federico, ménos filósofo que su esposa, Sofía Carlota, creía en esta fábula originaria de Asia.

Los príncipes, por ser príncipes no están libres de rendir tributo a las preocupaciones más vulgares.

EUSEBIO ASQUERINO.

LOS SERVIDORES DE LA DEMOCRACIA

EUGENIO SUÉ

I

París hace magníficos funerales a los hombres que han servido a Francia; pero es preciso también que se acuerde de los que han muerto en el destierro, después de haber luchado y sufrido por la democracia. Entre estos combatientes figura con honra, un popular novelista, Eugenio Sué.

Durante largos años escribió en el periódico parisien *El Siglo*. Este diario, que siempre ha prestado hospitalidad a los proscritos, si bien conservando su independencia política, se la ha prestado con doble motivo a los que aparecían ante él con el doble prestigio del talento y la desgracia.

II

Eugenio Sué era un parisien de pura sangre. Nacido en 1804 pertenecía al mundo bonapartista, era hijo de un célebre médico favorito de Napoleón I, y tuvo por padrino a uno de los miembros de la familia imperial.

Después de haber terminado los estudios clásicos, Eugenio Sué, poseedor de una gran fortuna que debiera a su padre, duda mucho antes de decidirse a elegir una profesión. Vacilaba entre dedicarse a la carrera marítima ó al estudio de la pintura. Se decidió por las bellas artes, pero con el fin de no olvidarse por completo del Océano que tanto llamaba su atención, comenzó el estudio de la pintura en casa de Teodoro Gudin, pintor de marina. Este, que tenía la franqueza por norte, le aconsejó en vista de sus escasas dotes para el arte que pretendía cultivar, abandonase los pinceles y se hiciese marino. Eugenio Sué renunció a las tempestades del lienzo y se convirtió al poco tiempo en médico de la Armada; pero los instru-

mentos de la cirugía no produjeron en sus manos mejores resultados que el pincel. Felizmente estudiando las enfermedades y los sufrimientos humanos, Sué se sintió escritor. Sus viajes por diversos países y las enseñanzas adquiridas en las largas travesías, no fueron inútiles, pues les ayudaron a ser un notable novelista marítimo. Se ha dicho que Eugenio Sué había descubierto el Océano en literatura, y esto no es exacto. Lo que es indudable y reconoce todo el mundo es que ha descrito con tal originalidad y brillantez la vida marítima, que se ha colocado a la altura del americano Fenimore Cooper.

La *Salamandra*, para no citar otra obra, es de gran nervio y movimiento. Los marineros de Sué no son marinos de agua dulce ni de ópera cómica, sino personajes reales, que ha conocido en sus viajes y ha reproducido fielmente. *Pick y Plock*, *Atar-Gull*, *La cucuracha* y *El vijia de Koatven* obtuvieron un éxito análogo al de la mencionada obra.

De pronto el novelista abandonó el camino que había comenzado a recorrer, y se convirtió en pintor de las elegancias de París. Entonces publica *Matilde*, obra de un delicado análisis, que tenía algunos capítulos excelentes. *Cecilio*, *Arturo*, *El marqués de Letoriere*, *Juan Cavalier* y *Teresa Dunoyer* eran también novelas muy leídas, pero que, literariamente hablando, no valen tanto como *Matilde*, que ha quedado como su obra maestra.

Entre los dos caracteres de novelista que hemos indicado, escribió dos obras concienzudas, la *Historia de la marina francesa* durante el reinado de Luis XIV y la *Historia de la marina militar de todos los pueblos*. Leyendo recientemente ambos trabajos, nos ha parecido que se resienten de la gran facilidad del autor, que es mucho más pintor de costumbres que historiador.

Un cuarto cambio hubo en la vida literaria de Sué. Abandonó las descripciones del mundo elegante, como antes había abandonado las rudas marinerías de la *Salamandra*, y se dedicó a narrar las miserias sociales. Entonces escribió los libros *El judío errante*, *Los misterios de París*, *Los siete pecados capitales*, *Martin el expósito* y *Los misterios del pueblo*, que llevaron su nombre a todas las regiones del planeta y le conquistaron universal renombre.

III

De las cuatro fases que hemos señalado en la vida del publicista Eugenio Sué, la que más nos agrada es la última, a pesar de que muchos han dicho que es más propia de un socialista de cátedra que de un artista. ¡Singular apreciación, en verdad! ¿Es, por ventura, que las tristezas y miserias no forman parte del arte? ¿Es acaso que algunos cuadros de Rembrandt y Murillo no son dignos de figurar en el Museo del Louvre por reflejar las miserias sociales? En nuestra opinión lo que un pintor puede representar, puede describirlo un escritor; con una sola condición: la de que tanto uno como otro lo hagan guiados por un pensamiento generoso y no impulsados por la idea de especular. Este pensamiento generoso resalta en lo que podría llamarse la obra social de Eugenio Sué. *Los misterios de París* rebosan ternura para el pueblo y *El judío errante* está impregnado de santa cólera contra las hipocresías religiosas. En estas dos obras Sué ha demostrado sus grandes dotes de artista, creando tipos que vivirán eternamente. Rodin es inolvidable, Dagoberto y Flor de María son personajes reales. El pueblo no se ha engañado y les ha convertido en tipos que ama ó maldice, hablando de Rodin como lo hace de Tartuffe.

IV

Estudiando las miserias de los obreros se hizo demócrata. Su elegancia de otros tiempos se trocó en amor al pueblo, y éste que sabe amar a los que se interesan por él, le eligió en París su representante en 1850 y le facilitó un lugar en la Asamblea nacional.

Eugenio Sué, que no era orador, desempeñó un modesto y casi insignificante papel en los meses que duró su misión legislativa, testificando únicamente por sus votos que pertenecía a la extrema izquierda de la Cámara, condenándose a voluntario destierro cuando se dió el golpe de Estado del 2 de Diciembre.

Refugiado en Saboya pasó los tristes años del destierro componiendo novelas populares dedicadas a sus compañeros de expatriación, entre los que se hallaban Daniel Manin, ex-presidente de la última república de Venecia, Enrique Martin, Eugenio Pelletan y Legouvé.

La atención del célebre escritor se fijó también en las cuestiones filosóficas y religiosas. Preocupado con los progresos del ultramontanismo en Francia y en Europa, se dedicó a estudiar los medios de amenguar su influencia, opinando con Edgard Quinet que no se destruye una religión sino reemplazándola con otra. Propuso entonces una solución ante la que habían retrocedido Enrique IV y Bonaparte: la conversión de Francia al protestantismo. Es de advertir, no obstante tal indicación, que el protestantismo de Sué no se parecía al estrecho calvinismo de Guizot, sino que era la religión unitaria de Channing, y redicada a la sazón en Génova por el distinguido propagador del Evangelio, M. Scherer, que más tarde formara parte de la alta Cámara francesa.

Sué, al componer sus trabajos filosóficos, creía escribir nuevas novelas, pero estas no fueron tan populares como las mencionadas anteriormente. Afortunadamente tuvo el acierto de reformar sus estudios filosóficos y sus proyectados trabajos religiosos, y se dedicó de nuevo a las letras, consagrando sus últimas fuerzas a trazar la *Historia de una familia popular a través de las edades*, hermoso libro que quedó sin terminar porque la muerte le sorprendió en los alrededores de Ancey, a la edad de 54 años.

Su nombre, tan popular entonces, no yace en el olvido, pero su cuerpo permanece aún en tierra extranjera.

¿Cuándo buscará Francia en la extraña tierra y guardará en su seno los restos mortales de este hijo de París, que fué un apóstol de la revolución y la república?

BEAUMARCHAIS.

I

Beaumarchais era hijo de un relojero, y su verdadero apellido era Carou; pero habiendo adquirido un patrimonio que llevaba el nombre de Beaumarchais, le agregó al de su familia. Más de una vez sus amigos le reprochaban esta nobleza de contrabando, y entonces respondía muy ufano, que habiendo comprado a buen precio y sin regatear los pergaminos, se estimaba noble digieran lo que quisieran.

Había aprendido en su juventud demasiado latín, historia y literatura para contentarse con ser simplemente un relojero, y sin embargo en la relojería empezó a trabajar y hasta hizo en ella ingeniosos descubrimientos. Hubiera quizás hecho fortuna en su taller, si de repente no se hubiese aficionado a la música. Se apasionó por el arpa y hizo en poco tiempo un arpista distinguido. Llamado a la corte en calidad de tal, tuvo que defenderse contra la seriedad insultante de los cortesanos. Uno de estos se acercó un día a Beaumarchais y le dijo insolentemente: «Sr. Carou, Vd. ha sido relojero, ¿no es verdad? ¿Quisiera Vd. decirme por qué no anda mi reloj y arreglarlo?» Sonriéndose Beaumarchais, le respondió, que había perdido el hábito del oficio y que tenía mala mano. El otro insistió; Beaumarchais tomó el reloj, lo levantó lentamente a la altura de sus ojos y le dejó caer bruscamente. «Ya le he dicho a V., caballero, que tenía mala mano» Y entonces el gran señor, completamente desconcertado, quedó corrido delante de todos los allí presentes.

A la gran facilidad que tenía para los epigramas, añadía una gran prontitud en salir de las situaciones difíciles, por lo cual Beaumarchais llegó a hacer suerte en el mundo. Entró en negocios financieros, obtuvo la protección de los poderosos y ganó sumas considerables. No todos los negocios le salieron bien, pues teniendo que tratar con muchas personas, algunas no muy delicadas, tuvo que ver algo con la justicia. Entonces hacia lo que todo el mundo procuraba hacer entonces. A fin de hacerse favorable uno de los jueces, le ofreció joyas para su mujer y dinero para él. ¿Ofreció poco en cierta ocasión? ¿Fué más generoso su adversario? Se ignora; pero ello es que perdió el pleito. Reclamó furioso lo que había dado; le volvieron las joyas, pero no el dinero, que eran quince lises. Por esta bagatela Beaumarchais no dudó en entablar un proceso, reclamando contra su juez llamado Goesman. Este negocio, ridículo al principio, tomó, bajo la pluma de Beaumarchais, las proporciones de un acontecimiento europeo. Escribió varias Memorias con brio y fina sátira, atacando la venalidad de los jueces de aquel tiempo. Todo París, la corte la primera, aplaudieron la chispeante vivacidad de estos ataques, y Voltaire llegó a decir que en su vida había leído cosa más divertida que las Memorias de Beaumarchais.

El juez Goesman respondió con contra Memorias, acusando a Beaumarchais de tentativa de corrupción; a estas réplicas opuso otras, y, por fin, fué a parar la cuestión al Parlamento, que condenó por igual a ambas partes. Al día siguiente, cuantas personas ilustradas había en París, fueron a visitar a Beaumarchais.

II

Para distraerse de estos procesos y de sus negocios, compuso Beaumarchais dramas y comedias. Los dramas valen poca cosa; pero las comedias son inmortales. La primera, el «Barbero de Sevilla», fué completada por otra, el «Las bodas de Fígaro», y en ambas, sobre todo en la segunda, se burla soberanamente del antiguo régimen. La justicia tiene por representante a Bridoison, el hombre de la forma; la nobleza se encarna en Al-maviva, caballero tan elegante como ligero; el clero es D Basilio, el gran cura de la calumnia.

A fin de castigar a toda esta sociedad corrompida en que los Querbines tienen a su madrina por querida, inventó Beaumarchais un personaje que le ha sobrevivido y que jamás morirá: Fígaro, el barbero andaluz, mitad criado, mitad literato, que dice a todo el mundo del siglo XVIII sangrientas verdades. ¡Qué magnífica idea el pensamiento de Fígaro, describiendo de este modo el favoritismo político! Para desempeñar este cargo, se necesitaba un matemático, pero se le dá a un bailarín. Y qué sátira tan fina contra los adversarios de la libertad de la prensa: «Son hombres pequeños, que temen los escritos pequeños.»

No llegó Beaumarchais á hacer sin dificultades representar esta comedia de tan atrevido estilo y de palabras tan mordaces. Le fué preciso gastar más ingenio que el que hay en toda la pieza para obtener que se estrenase. Se representó al fin, y con qué éxito! La corte misma, con el conde de Provenza al frente, corrió á aplaudir *Las bodas de Figaro*, y el público, por su parte, no escatimó los aplausos. Sólo que allí donde la nobleza no veía otra cosa más que un entretenimiento, el pueblo parisiense, más perspicaz, descubrió los preludios de la revolución.

III

A pesar de sus triunfos, Beaumarchais, ávido de riquezas, dejó el teatro para volver á sus especulaciones industriales y financieras. Compró armas á los insurrectos de América, y contribuyó, ganando mucho dinero, á la emancipación de los Estados Unidos. Pero esto no bastaba á la actividad de Beaumarchais. Se ocupó en reunir todos los manuscritos de Voltaire y toda su correspondencia, y publicó en 70 volúmenes una excelente edición de las obras del filósofo de Ferney. Tomó parte despues en la creación de la célebre *Compañía de las Aguas de París*, negocio que le comprometió en nuevas polémicas violentas y le puso en frente de Mirabeau, el adversario más formidable que halló en su vida.

Beaumarchais, siempre burlon, criticó los escritos de su adversario, á los que llamó *Mirabelles*. El otro respondió furioso con inventivas oratorias, y Beaumarchais, asustado con los rugidos de su contrincante, cortó de golpe toda polémica. En esta lucha del zorro contra el león, Mirabeau llevó la victoria.

Desde este momento la vida de Beaumarchais, que había sido un largo combate, no presenta interés alguno; se aparta de la revolución, á cuyos preludios contribuyó, y muere oscurecido. Felizmente le sobrevivieron sus comedias.

El genio de Beaumarchais tiene algo de fosforescente. Puede no gustar literariamente, ó discutirse al ménos; pero es imposible negarle su brillo y desconocer su poderío.

Despues de las memorias contra Goesman, la magistratura hereditaria quedó mortalmente herida; despues del *Barbero de Sevilla* y de las *Bodas de Figaro*, la omnipotencia ministerial se desacreditó. Sobre las ruinas del antiguo régimen, Figaro aparecía inteligente, ardiente, pronto á reclamar sus derechos, irrespetuoso con los grandes, azotándoles con su ironía y echándoles en cara estas palabras amargas y verdaderas: «Con las virtudes que se exigen á un lacayo, ¿cuántos grandes señores serían dignos de serlo?»

Cuando en 1789 apareció el tercer estado, Beaumarchais pudo saludar su obra. Los hombres del estado llano eran, por muchos estilos, Figaro en persona. Habían sufrido como él, pero estaban algo ménos envilecidos, y podían emplear en sus reclamaciones no tanto ingenio, pero más fiereza. Desde el día en que la justicia reina y la inteligencia gobierna, al conde de Almaviva no le ha quedado más que hacerse maestro de baile y de ceremonias, D Basilio perdió los mejores medios de subsistencia, y Bridoisou está de sobra.

A reemplazarles ha venido el pueblo del trabajo, es decir, la democracia pacífica, liberal y laboriosa, á la que cordialmente saludamos.

ANATOLIO DE LA FORGE.

VISITA Á LOS MUERTOS.

(CONTINUACION.)

III

—Exiges de los vivos más de lo que exigen los muertos y debemos exigir los casi muertos ó semivivos,—dijo una voz á mi espalda con acompañamiento de una mano fría que se posó en mi hombro despues de tocar con sus dedos helados mi cerebro, cosa que me estremeció de piés á cabeza.

Reconocí la voz al momento. La última vez que la oí, hacia de aquellos dos años, habló á mi corazón en estos términos:

—¡Ocho duros siquiera, para completar la suma!

—¡Quién!—grité con alterado acento; es decir, entonces, cuando estaba en el cementerio, no en la ocasión recordada en que me pedían un préstamo.

—¡Soy yo, Dolmedal

—¡Felipe!—añadí, volviéndome hácia él.

Y era él, en efecto. Más delgado, más alto, más pálido, más melancólico, más interesante y simpático que nunca! Pero no sé definir lo que produjo en todo mi ser aquella visión. «Aquella visión, dice Quevedo hablando con mofa de un caso al mio semejante, me dejó tan fuera de mí, que no me diferenciaba de los muertos.»

—¡Pero no ves que has muerto hace ya dos años, días más ó menos?—fué lo que se me ocurrió añadir, necio de mí, para observar á mi antiguo amigo su violación de las tradiciones ó etiquetas de la muerte en sus relaciones con la vida.

—¡Quién sabe!—me respondió Felipe.

—¡No te haces cargo de lo que digo? Tu sepulcro... es decir, el monumento elevado á tu memoria por algunos de tus compañeros, está ahí, en el patio de San Jorge que sigue á éste de San Cristó-

bal. Pero vamos á ver, ¿no fué verdad tu muerte? ¿No te has suicidado?

—Yo no, ¿y tú?

—¡Ah!... hé ahí que no sé qué responder por mi parte. En cuanto á tí, sabíamos por buen conducto que te habías arrojado al mar, estando en Biarritz; y recibimos algunos de tus amigos tus cartas de despedida. Y más tarde los periódicos hablaron de la aparición de tu cadáver en playas españolas!

—Sí, sí; el cadáver era de mi hermano, cuyo rostro, cuyo cuerpo se parecían á los míos extraordinariamente. ¡No así el alma! ¡No así las almas! ¡Muerto el era mi retrato vivo! Aprovechéme de su fallecimiento para... para seguir las insinuaciones, aunque cómicas, de Breton de los Herreros: *Muérrete y verás*.

—¿Y todo lo que hiciste para hacer creer al mundo, á los jueces, á tus conocidos de Biarritz, lo hicistes así tan sin precauciones como apareces ahora ante mi vista? ¿Te disfrazastes, por supuesto? ¿No?...!

—No adopté ninguna modificación en mi voz, ni en mi aspecto, ni en mi porte. ¿Quién reconoce á un muerto, aunque sea sólo artificial? ¿Quién se atreve á mirarlo de frente?... Verás... Por allí pasa Pedro Mejía, que estudió cánones con nosotros... ¡Adios, Mejía!

—¡Adios, Cipriano!—contestó el aludido sin volver la vista á quien le había llamado en voz alta y afectuosa, desde lejos.

—¿Ves? Me ha tomado por Cipriano de la Cambra, con quien sé que tuvo ayer un lance de honor desagradable. No va pensando más que en él y en la mejor ó peor manera de vengarse del tal. ¡Qué rencoroso es!

—¡Y tú siempre el mismo! Genio y figura, hasta la...

—Hasta más allá de la...

—¿Insistes, querido, en hacerme creer que eres un muerto?... A propósito, Felipe; no me ha traído á este lugar otro fin que el de visitar tu sepulcro. ¿Quieres verle? ¿Quieres venir á hacerme los honores de tu mausoleo? Esperábamos tus amigos que tu supuesto cadáver, que los restos, pues, de tu hermano, pudieran trasladarse, con permiso de la autoridad competente, á este lugar más cercano á nuestras oraciones y sufragos.

—Sí, ya sé que has tenido algo que ver con mi muerte... quiero decir, con mi enterramiento.—Pero dejemos eso ara ocasión más oportuna. Deja que llegue la hora de las almas que de veras quieren visitar á sus muertos. Por ahora permite que siga explicándote lo que empecé á decirte cuando sorprendí tu pensamiento.

—Decías, es verdad, que mis consideraciones exigían demasiado de los vivos.

—Es verdad—prosiguió Felipe con voz cadavérica.—Querías saber si estaba aquí, entre tantas indiferencias marcadas, la madre que de veras siente y llora la pérdida de una hija! Pues no lo dudes, desde que estás aquí han pasado por tu lado quince, veinte y más tipos de madres inconsolables... Pero una madre fiel llora más á su hija en el rincón de su casa, cuando por una necesidad de nuestra naturaleza la considera solo ausente, sin la intervención del esqueleto de la guadaña; en el cielo ya, en el más alto de todos los cielos, por un impulso natural de sus alas angélicas. ¡Siempre fué la adorable criatura tan inquieta y alada, que desde la cuna jugaba al escondite con los pañales! Pero aquí, en donde nada disimula la horrible verdad, en donde todo está diciendo á la madre que su hija ha muerto, sin que ningun consuelo sobrenatural, tomando una voz milagrosa venga á noticiarle á dónde ha ido; aquí en donde la idea de la muerte inexorable, de la cual nadie se exime, es la única que habla con su espantoso silencio, aquí las madres no quieren saber nada, ni siquiera en dónde están. Una de las ancianas que has juzgado mal, no podía llorar aquí á su hija, por otra razón, porque la hija al fin salió ya de la terrible hora de la agonía. ¡La agonía es lo horrendo y temible! ¡Lo que se quiere, y es preciso que se quiera olvidar, olvidar!—Aquí solo preocupa á todos, pero con más fuerza que en otro lugar, esta incesante, invencible adhesión de todo ser á su propia vida. Goethe ha definido admirablemente á la mujer en toda su generosidad, diciendo:—*La mujer no es ella, son los otros en ella y por ella*. Perfecta definición, repito, si el filósofo alemán hubiera añadido, *ménos en el cementerio, ó ante las amenazas de la muerte á la más pura maternidad*.

La idea de que algun día tendrá que separarse ella, la madre, de ese no sé qué inefable, sobre todo lo inefable, tan por extremo suyo que se llama su yo, encierra aquí más agonías para su corazón de madre, que el mismo convencimiento de la separación de su hija. El deseo más intenso, el amor más íntimo de toda criatura terrenal, y señaladamente ante un anuncio de muerte, es *vivir*, la necesidad de *vivir* y seguir siendo idéntica á sí misma. Lastimadas, la soledad, el silencio, los vestigios de una disolución y todo cuanto paraliza nuestros pensamientos de vida y nos acobarda y acelera desordenadamente nuestros latidos, viene siempre como precursor ó acompañado de la fatal idea del *no ser*. En virtud del instinto de la propia vida es que la madre no tiene lágrimas que llorar y prefieren seguir viviendo... Aquí nos percatamos de que los muertos son más felices, porque al fin están ya del otro lado del sepulcro, y por tanto en posesión de la certidumbre; mientras que nosotros gemimos todavía del lado de acá, en donde la incertidumbre

es nuestra eterna agonía. Así se explica que algunos moribundos se tranquilicen como por prodigio, una vez convencidos de que la hora inevitable llegó sin remisión alguna, sin que intervenga en contra ningun poder humano...

—¿Has sido tú... eres tú, Felipe, uno de esos moribundos? ¡Hablas con tan increíble serenidad del último momento!

—Déjame completar mi explicación. Algunos moribundos he conocido que al comprender lo inútil de todo esfuerzo por evitar el tránsito, y que es preciso partir en seguida, se han acomodado mejor en su cama para morir pacíficamente, como se acuesta un viajero cansado y se envuelve bien en su abrigo y se estira sobre cualquier banco de madera, á falta de otro lecho, resuelto á pasar una noche de parada en un largo sueño, entre dos trenes, el que ha dejado y el que espera. Y para que acabes de creermelo, repara la historia del más miserable que hayas conocido en tu vida; recuerda su lucha incesante con imposibles de todas clases; admira aquel batallar á favor de una existencia infelicitísima, compuesta de agonías prolijas y sin piedad; pero repara que todo aquello esconde el encanto indefinible á todos los mortales, la posibilidad de seguir sintiendo la vida! Y si quieres ahora indagar más á fondo por qué el sepulcro más querido es aquí venerado con cierta repulsión contradictoria, invencible, verás que es porque lo primero que la muerte nos descubre á los vivos es la perspectiva de la nada, y lo que más nos impresiona del sepulcro es la verdad de su vacío...

—Creo haberte comprendido.

—Que discurren los sábios cuanto quieran sobre la inmortalidad; que nos prediquen los santos lo más divino que sepan sobre la vida futura, todo eso es poco ante el miedo de abandonar esto malo conocido, porque entonces vive en nosotros con renovada energía el instinto invencible, tenaz, implacable, que desafía los mejores razonamientos sobre la conveniencia de las renovaciones, que desconfía de las promesas más misericordiosas, y para el cual la muerte nunca puede significar otra cosa más que el fin de esta vida, el inadmisiblemente *no ser*.

Pero lo que ha de parecerse más extraño, amigo mio, si te fijas bien en ello, es que semejante instinto rebelde puede coexistir muy bien en los corazones devotos con la fé más firme y las doctrinas cristianas sobre la resurrección de la carne, y de todo nuestro yo en su integridad. Une, pues, las seguridades que da esta fé á cada uno de esos corazones con la repulsión que á la vez les inspira el sepulcro reverenciado y acabarás de explicarte en buen sentido la serenidad ó aparente conformidad de la madre que dices con la ausencia de su inolvidable. La fé le dice una cosa y sus sensaciones otra distinta, pero la negación de éstas y la afirmación de aquella se favorecen dentro de un gran corazón.

—Pues yo, Felipe, á pesar de cuanto dices, quisiera mejores impresiones sobre la majestad de la muerte.

—Imposible, si las buscamos en medio de una concurrencia tan compacta y poco recogida á la verdad.

—Eso creo.

—Espera pues, á que esto se quede solo. Vete ahora y vuelve al amanecer. Ese es el instante de la visita á los muertos con una antorcha cristiana. ¡Cuando el sol, muerto ayer, vuelve á visitar á sus muertos! Siempre que asoma la *aurora consurgens*, amanece una nueva revelación. En mi sepulcro estaré esperándote al rayar el alba. ¿Hasta esta mañana, sí?

Nos despedimos con un abrazo para volver á vernos al amanecer.

Por lo mismo que puse empeño en dormir algunas horas, no conseguí cerrar los ojos en toda la noche,—á pesar de la pocion soporífera que con tal objeto me propiné. Pero aunque no dormí tuve pesadilla, puesto que me pasé las santas horas cavilando en la heteróclita aparición de Felipe Dolmeda haciendo el papel de muerto en vacaciones, sin que sus rarezas características agravadas como las ví aquella tarde, me causaran el menor asombro, que es lo que nos acontece en los sueños más aflictivos, cuando el espíritu contempla el absurdo como cosa natural. Los tormentos que sufrimos dormidos, nos afectan tal vez más que si sucedieran real y efectivamente; pero entre tanto los consideramos como si fueran hechos lógicos, necesarios; tal vez porque, muertos en cierto modo, como estamos entonces, nuestro ser se siente más en armonía con todo lo que contribuye á la muerte total y perfecta.

A las cuatro de la madrugada, cuando me dominó la impaciencia por acudir á la cita, tuve hambre y me sentí desfallecer. Busqué en mi armario alguna friolera con que acallar las exigencias del estómago; pero aquellos días me había olvidado de guardar, según costumbre, provisiones á propósito para engañar el hambre á deshoras. Lo que si hallé en la cómoda fué un plato de buñuelos en que antes no había reparado. Sería regalo de mi patrona; y tanto por ser de ella, como por ser lo que eran, yo no los hubiera tocado, si el hambre no hubiera podido más que mis escrúpulos y repugnancia á aceptar las costumbres ridículas ó inexplicables.

Llegué á mi cementerio, por supuesto mucho antes que el alba, pero cuando ya los vivos habían abandonado por completo el teatro de la muerte.—Hacia demasiado frío. Solo algunos sacristanes y criados de casas acomodadas recogían aquí y allí los cabos de velas, los farolillos, tapices y demás

cosas que habían servido de algo durante la solemnidad fúnebre, para volverse á descansar á sus respectivas casas, ó para ir á sus respectivas tabernas, á hacer pasar el dolor por media docena de buñuelos, como el juglar hace saltar un perro amaestrado por un aro ó un estrecho anillo de hierro que levanta á gran altura con la mano en que no tiene el látigo.

El frío me obligó á pasear de galería en galería, de un patio á otro, y á entrar varias veces en la capilla, en donde había dos muertos de cuerpo presente. En todas partes aparecía el suelo surcado por lágrimas de cera, entre las cuales infinidad de flores deshojadas hacían el papel de corazones deshechos.

¡El alba por fin! Presentóse con semblante pálido y resplandores mortecinos. Parecióme que se deslizaba furtivamente y temblorosa de frío, si no de miedo, por las paredes de la capilla, cuya fachada era esbelta y de buen gusto. La religión era el muerto que contaba allí con mejor lápida.

En la capilla hacía más frío que fuera; el hielo de los cadáveres era más intenso que el de los mármoles sepulcrales. En el reducido recinto, la sombra parecía más fea al amanecer que á media noche; más fea, más vieja, como que las llamas de los bandones parecía que la remendaban ó le servían de zurcidos.

El campanario se empujaba sobre la portada neo-byzantina, dejando ver bajo su cruz de piedra, que parecía centinela, con un para-rayos por fusil, un reloj de muestra oscura con la numeración de metal brillante. Marcaba con regularidad las innumerables ondulaciones del tiempo que se aleja, y va á romperse y formar, Dios sabe qué clase de espuma turbia, inimpia, sobre las márgenes invisibles de la eternidad.

En varios puntos del cementerio, la noche se resistía bastante á salir de los ángulos y de los escondites más en analogía con nichos, hornacinas y panteones. Trasparentándose algo más delante de algunas sepulturas fastuosas de las galerías, deshaciéndose en lágrimas sobre los cristales, como lamentándose de su corto reinado, ó de que la acosaran en su recinto natural.

Los sauces y los cipreses, nunca bien cuidados, que rodeaban varios, pocos, sepulcros subterráneos; y con ellos, coronas de rosas y siempre vivas de una sola noche, recuerdos de una hora escasa, parecían conformarse á disgusto con la consigna impuesta por los que allí los colocaron, hacer creer á los que les importaba poco saberlo, que á los parientes de tales ó cuales difuntos les importaba mucho que estos tales permaneciesen allí tan espléndidamente alojados.

La noche se sentaba en algunas losas, se volvía á recostar, como quien despierta de mala gana, en varios ataúdes viejos, arrinconados en el depósito de los pobres, y en otra dependencia de los hospitales. Una sonrisa del alba mariposeaba sobre las dos perfiladas narices que salían de los ataúdes de la capilla, y besaba las blancas alparagatas de los dos muertos. La noche rastreaba por algunas baldosas, como caracol que se desprende de su concha.

El alba quería raspar el humo que las candilejas de las hileras altas habían pegado á la techumbre de las galerías. La noche merodeaba alrededor de fosas recientemente abiertas, semejando bostezos de la hambrienta muerte.

El alba acabó por decir á la sombra con una risa burlesca:

—No te ensanches, no te ensanches, porque visito tu nidial, en donde incubas la nada, y compañía.

A lo que respondió la sombra, con frases quevedianas, desde una negra cruz de palo ladeada, no sé si decir ridículamente, sobre la tierra que cubría á un pobre innominado:

—«¿Ensancharme tenía, mi bien? Ahora lo verá, que me he fruncido y reunido de manera que puedo voltearme en un cañuto de alfileres, de puro angosta.»

Dijo, y efectivamente se coló en la sepultura del pobrete.

En la sacristía, en el archivo, en el estudio y en la despensa del capellán, se paseaban libremente unas cuantas ratas atrevidas, mientras otras seguían royendo varias cosas, ya los libros que contenían las partidas de defunción de siete generaciones, ya los tapices y colgaduras de los funerales de gala, ya, por último, aquella túnica de batista y encages, bastante mugrienta, por cierto, y sobre todo en el cuello y en las mangas, que los celebrantes revisten, pronunciando esta oración de rúbrica:—*Blanquétame, Señor; limpia mi corazón! ¡Deálba me, Dómine, et cetera!*

Volví por tercera vez al patio de Felipe Dolmeda, y allí estaba mi amigo entonces examinando su sepulcro en compañía de José de Arrimateas.

Lo natural era que me acercase á él diciéndole:—Ya ves que soy puntual, á pesar de lo extraño de la cita.—Pero ni le hablé en este sentido, ni le manifesté en manera alguna deseos de que me explicara más claramente su objeto y determinación al presentarse á tal hora en aquel punto. Yo seguía riendo con la imposibilidad con que se rien las monstruosidades de una pesadilla.

—¡Hola!—me dijo él familiarmente, después de haber censurado la mezquindad y monotonía del epitáfio, por estar éste esculpido todo él en doce renglones rigurosamente iguales y con un solo carácter de letra.

—Pues á mí me parece todo bien dispuesto,—

decía Arrimateas. El muerto, por lo demás, no se quejará de esta limpieza y simetría. ¿Le conoció usted?

—No puedo asegurarlo del todo,—respondió Felipe. Según el *Gnothi Seanton* del sábio griego...

—¿Según el qué?—preguntó José con una mueca de las más disparatadas.

—Nada, que haga usted el favor de retirarse ahora y dejarme un momento á solas con este amigo.

—Entiendo, van ustedes á rezar,—dijo el sepulcrero, y salió á otro patio, no sin dirigirnos por dos veces su saludo de zambullida de ganso.

—¿Quieres tomar asiento en mi estrado?—dijo Felipe señalándome una grada del sepulcro.—Tenemos que hablar.

—Pero hace frío, y yo te prestaría más atención si conversáramos paseando por la galería que rodea este patio.

Así lo hicimos mientras mi amigo me hablaba con voz solemne y adolorida, con un tono lúgubre que yo no había conocido jamás en aquella persona, siempre dada á la alegría, á la burla, á la jactancia, á juicios sobre la vida en extremo despreciativos y grotescos. Si no era un muerto aparecido, pienso que entonces hablaba, andaba y accionaba con la mesura y parsimonia con que deben hacerlo los huéspedes de ultratumba. Mi amigo, en todo caso, había pasado por un mar de dolores más sombríos que la muerte.

—¿Sabes que ya creo alguna cosa?

—Ehorabuena,—respondí sonriendo tristemente, como lo había hecho él.—¿Pero es acaso en el cuadrado de la hipotenusa?

—No, sino en la aparente nulidad de la cruz. Oye. Pienso vivir poco y en esta conversación quiero despedirme de tí, dejándote el resto de religión que me ha hecho vivir algunos meses. A ninguno de los compañeros á quienes debo un monumento de mármol, después de otros favores que en mis buenos años de estudio me prodigaron con el mismo amor tal vez con que yo les prodigué á todos ellos cuantos pude; á ninguno he querido tanto como á tí, aunque contigo, ó por lo mismo que contigo fué singularmente reservado y ménos expresivo que con los demás. ¿Cuánto te ha tocado dar en la ponina para mi última oración?

—Unos catorce duros aproximadamente,—respondí con frialdad y casi sin saber lo que decía, asustado un tanto con la sospecha de que Felipe estaba loco.

—¿Por qué me miras así? Adivino lo que temes. Pero no hay cuidado... Estoy en caja.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás en la caja... en el...?

—No, sino que estoy en mi sér, en posesión de mí mismo, en perfecto acuerdo y salud. Todo esto se da á entender brevemente cuando uno asegura que está en caja. Tú sí que pareces estar en ascuas.

—¡No, diantres!—exclamé afectando serenidad.—¿Pero como en todo lo que haces y dices descubro cosas tan ajenas á las que has dicho y hecho en tu vida pasada! ¿Estás tan heteróclito!

—Y eso, cuándo no?... Gémino y figura... Pero no me distraigas. Vamos á lo que nos interesa. ¿Tú crees en algo?

—Creo que sí... Lo que puedo asegurarte es que quisiera creer mucho más, cada vez más. *Credo ch'io credeba ch'io credesse...* escribió Dante no sé dónde.

Después de un momento de silencio, mi amigo exhaló un suspiro, contempló una cruz sepulcral de hierro dorado y siguió hablándome con insólita gravedad.

IV

—Yo he creído más, considerando que cualquiera que sea la situación en que se encuentre nuestra inteligencia, nuestro humor, nuestro carácter inseguro, nuestro corazón desengañado, nuestra vida demasiado impiamente castigada en las luchas sostenidas contra el destino; el espectáculo de un pueblo prostrado, todavía en nuestro siglo, ante el escándalo mayor de todos los siglos, á saber, un Dios clavado en una cruz nos obliga á meditar con nueva atención en misterios que habíamos llegado á tener por falsos y de los cuales creíamos... habernos enagenado para siempre con nuestras pasadas negaciones. Tránsfugas del primer hogar de nuestras almas desde que empezamos á sentirnos con un alma propia, y arrastrados por conocer misterios ignorados, con los cuales olvidar y volver á ignorar los conocidos desde la infancia, por poco suficientes; al tropezar con solemnidades como la de ayer y hoy, en donde vemos una cruz representando la flor de la esperanza sobre las ruinas de la muerte, surge algo esencial en nosotros que se vuelve, acaso sin la intervención de la voluntad, que se vuelve con el anhelo del creyente al punto fijo, misteriosamente importuno, del cual nos creíamos muy distantes.

Esa cruz que habeis puesto sobre mi sepultura, ese símbolo y condensación de todos nuestros dolores, tanto de los probados ya como de los infinitos presentidos, esa agonía de un Cristo, ese relámpago de la vida á la muerte, pero relámpago fijo en la nada destructiva de un cadalso, esa muerte viva, esa aparición que en todo templo, que en todo lugar como este, convierte por sí sola en sueño inquieto las realidades de la vida; aparece hoy, en esta hora del siglo, para el que se detiene á pensar, como el único documento de triunfo infalible,

y como garantía de verdad de una doctrina salvadora. Sin ese crucificado, la enseñanza del sér más incomprendible por haber sido el más bueno de cuantos han pisado el polvo de nuestra morada, hubiera permanecido estéril, hubiera sido grandiosa como locura, pero no adorable como ideal divino.

—¡Vamos, tu fé repentina se funda en el *credo*, *quia absurdum!* de no sé qué santo.

—No, la base de mi fé está en que los santos que creyeron mucho pasaron antes por las mismas dudas y sorpresas que yo, ó acaso por otras más tormentosas.—Si vencidos hoy nosotros, bajo el peso de la duda, que no por ser razonada deja de ser otra cruz ó sombra de cruz en donde sacrificamos diariamente dentro de nuestra alma hasta los consuelos mismos y los dulces amores, que el instinto de la vida nos suministra; tememos acercarnos al ara única que ha quedado en pie, para no desvirtuar con nuestro frío contacto la ardiente fé de algunas mujeres, ni la emoción de un pueblo prostrado en el templo.—La historia de esa cruz nos llama, nos atrae entonces haciéndonos leer la página en que los primeros adoradores del Crucificado manifestaron también repugnancias al absurdo ideal, miedo á un principio contradictorio, dudas desesperadas.

—Luego por ese medio ¿habrás llegado á la plena fé de los verdaderos santos?

—No, no sé; creo que no.—Ellos dudaron como atletas, y sus dudas por eso duraron ménos. Nosotros dudamos de otra suerte, con espíritu enfermizo, y por eso siempre nos queda, con un rayo de fé, una noche de dudas sin aurora. De nada podemos dudar tanto como de lo que no merecemos. Y nada nos parece con ménos merecimiento que nuestra pequeñez de hoy ante las promesas divinas del Crucificado. La mayor parte de los que hemos nacido al pie de ese muerto, los que componemos las tres ó cuatro generaciones últimas, nunca aceptamos la verdad de ese misterio sino por el lado que responde, un tanto, ó á medias, á nuestras íntimas aspiraciones, respetando todo lo demás, procurando dejar á un lado todo lo heteróclito y acaso importuno, por esta necesidad inherente á nuestro corazón de confiarnos en algo y en alguien, aunque sin llegar á sentir por completo su alcance, su incalculable trascendencia, sin procurar siquiera penetrar nada de esto. Sabemos que nuestra vida de prisas é impaciencias nos lo veda. Y sabemos que solo á fuerza de experiencias en claustros, que ya no existen, ó en géneros de vida excepcional equivalentes, en desiertos que ya no tiene nuestro globo, llegaron algunas almas afortunadas á comprender la revelación del Crucificado en su totalidad. Pero nosotros, al fin, en días como estos de Noviembre, ó entre las ceremonias de un Viernes Santo, ó siquiera en *cuartos de hora de devoción*, tan veleidosos como el de *Alfredo de Mussel*, ó en puestas de sol como las que entristecían á Byron en el Lid de Venecia, lamentamos al ménos no haber pertenecido al número de los privilegiados. A esto se reduce nuestra fé, á echar de ménos lo que de ella perdimos, aunque sin ánimo para reconquistarlo. Pero este lamento a go es y de algo sirve.

En la semana única llamada santa, ¿quién se niega á crucificar á espaldas del muerto adorable, arrastrado por delirioso contagio, ó tal vez porque hasta á los sencillos hemos de envidiar algo, su fé confiada; ¿quién se niega á crucificar entonces lo que más acariciamos, como lo mejor de nosotros mismos, esto que nos ha dado la dolorosa grandeza de las protestas y de las rebeldías, y estas fuerzas intelectuales que nos han llevado al peligro fascinador de una fé subjetiva mera mente conjetural y solitaria en medio de la ilimitada libertad del pensamiento?

—¡Ah! pero en ese caso tu fé, poca ó mucha, no está informada como la de los santos y la de los sencillos, por un principio enseñado, por un atarismo, como los que invocan hoy para salvar á las sociedades pseudo-cristianas, los partidarios de la autoridad absoluta.

—Faltaría á la verdad,—dijo Felipe después de nueva reflexión,—faltaría á tu amistad y á mi conciencia en esta mi hora más claravidente, si te dejara creer lo que no puedo confesar. La cruz no me ha gritado todavía el terrible: *¡Hay que someterse!* «Someterse ante todo, porque la fé no es esencialmente más que sumisión pasiva.» Esto enseñan respetables maestros. Yo no puedo ser su discípulo. Yo, sin negar que esa fé de la cruz, que toda fé viva encierra un elemento real, eficaz, como de obediencia, me resisto á creer que semejante elemento sea lo único que constituya la vida y la fecundidad de una fé racional.

—¿Por qué?

—Porque en este caso la aceptación de lo monstruoso y de lo absurdo por sólo serlo y haberlo recibido de un magisterio externo, sin contradicción interna nuestra, sería la virtud suprema de la humanidad.

—¿Luego un dogma es un absurdo?

—No quiero decir eso. Pero afirmo que el Crucificado del Gólgota, solo es comprensible como doble misterio, misterio de fé, misterio de libertad. Si solo fuera misterio de fé, y si la fé no fuera más que sumisión externa, imposición de un magisterio fanáticamente autoritario, entonces el cristianismo sería una fatalidad. Los excesos de autoridad niegan la cruz tanto ó más que las negaciones demasiado libremente racionalista; la cruz, sí, que es antes que otra cosa, amor á las almas y profundo respeto á

la libertad del hombre. Y si no, sino fuera esto primeramente, ¿qué significaría entonces un Dios que llora, que suplica, que agoniza, que muere mártir en presencia de las almas y de los pueblos cuya fé y cuyo amor anhela conquistar con su martirio? ¿Qué significa la derrota lastimosa de la cruz, sino el desprecio á todo lo que se llamó triunfo hasta ella; desprecio á todo lo que se llama todavía fascinación de la gloria; cuando la cruz no trataba más que de dar la verdad como pan y amor por amor y vida por vida. Cuando solo se trata de someter al hombre, la fuerza basta. El miedo, el terror, la autoridad armada con cualquier linaje de arma ofensiva, bastan á aniquilar nuestras resistencias más tenaces, pero bastan asimismo á suprimir las almas. Y para esto, con solo un infierno entreabierto se hubiera conseguido prosternar á toda la raza humana á los pies de un juez irritado. Para esto Mahoma fué más avisado que Cristo. Pero no se proponía tal cosa el que jamás se acercó á sus discípulos, sin precauciones amables, nunca sin decirles *no temáis, soy yo!*... con la serenidad de un cielo radiando de su frente.

—Los sometía de este modo.

—No, los atraía. Pero en todo caso, amigo mio, ¿someterse es creer? Es lo que debes averiguar.

Al llegar aquí, pasábamos junto á un sepulcro cuyo crucifijo de mármol nos abría los brazos; una yedra colgaba de ellos. Felipe se detuvo un momento delante de aquella cruz y exclamó con acento conmovido:

—¡Oh, maestro de los vivos, de los enfermos y de los muertos! Cuando un corazón ya sin alas ni aliento, sin apoyo alguno en la tierra y en sus recuerdos, desorientado, herido, solo, nadie en la nada, dice al que le habla oficialmente en su nombre: *¡Sí, acepto! ¡Quedo sometido!* ¿podrá con verdad repetirse luego á sí mismo en su santuario interior, *quedo convencido además!*... Si yo, sometido á esa prueba no hallo nada, nada en mí que responda á las condiciones y propiedades del consuelo que así me ofrecen, ¿qué habré ganado con beber tu cáliz acreado á mi sed por agena mano y demasiada agena compasión?

—Pero Cristo es amor, y los que aman suelen imponer absurdos para probar la correspondencia de sus amados.

—¡Eh! deja ese antropomorfismo de penitentes que ofende á Dios, porque se burla del hombre. Cuando el amigo espontáneo, ó que tal debiera ser, cuando el sacerdote de la amistad me habló en nombre de un poder autoritario, y no en el de Cristo misericordioso, cuando sólo trató de infundir en mi conciencia la idea de que toda autoridad acerca de la vida presentada es sagrada, y toda tradición religiosa debe permanecer necesariamente inmutable, mi corazón no ha podido ménos de preguntarse: ¿qué viene á ser en semejante sistema el amor de la verdad? ¿Y es otra la actitud que toman los enemigos de las verdades ultraterrenas ó de la fé en un porvenir celeste? ¿Habla de otro modo el excepticismo? Aceptarlo todo ó rechazarlo todo, vienen á ser en el fondo términos y actos morales completamente idénticos; puesto que en ese todo aceptado ó rechazado, se vislumbra, como no puede ménos de vislumbrarlo la conciencia universal, un no sé qué conmovedor juntamente con otro algo que la desconcierta, un lado que la ilumina y otro lado que la deja en tinieblas. ¿Y qué es de la conciencia del hombre, tanto en las aceptaciones á ciegas como en las negaciones sistemáticas? ¿No queda en uno y otro caso reducida á nulidad?

—Pero tú eres hombre de ciencia, has querido ser filósofo, las ciencias exactas te han enseñado que...

—Sí; que lo inexacto es el carácter de sus relaciones con los anhelos insaciables de mi vida. Por eso he reconocido que la verdad religiosa, si existe, no ha de ser exacta del todo para mi inteligencia, y ha de adaptarse más bien al corazón, al corazón inquieto y descontentadizo para quien ha sido revelada; y debe por consiguiente mostrarse llena como él de sombras, de inconsecuencias, de abismos, de impenetrables arcanos.

Una revelación divina que no sobrepusiera los límites de verdades que conocemos casi con exactitud matemática, no sería la revelación que todos necesitamos, cuando más que lo sabido nos preocupa lo ignorado ó lo insufrible. Una revelación que no me embriague, que no me arrebatase fuera de la ciencia, que no me vuelva loco, para ella, no será, para mí más poderosa ni más sabia, ni más útil que una ciencia. —A la ciencia me opongo, lo mismo que á la autoridad absoluta; porque á la ciencia digo que ni la palabra, ni el pensamiento humano podrán nunca, en ningún progreso, abarcar lo infinito y lo inconmensurable sin empequeñecerlo. Siempre que hablamos de Dios, siempre que intenta definirlo un génio, elevado sobre sí mismo, un Santo Tomás ó un Hegel, un San Agustín ó un Schopenhauer, todos, ellos y los demás, nos vemos forzados por las mismas leyes inexorables de nuestro espíritu, á encerrarle en el espacio, en el tiempo y en nosotros, á contenerle dentro de una geometría, á clavarle también en una cruz, si quiera sea ideal. ¿Y para qué? Para acabar por dolernos de nuestra definición, y reconocer al cabo que el indefinible quedará perpétuamente por cima de la definición, de la ciencia, del tiempo, del espacio y del génio más angusto. ¿No ves esto claro, amigo mio? Las ciencias no pueden decirme nada de religión. Hay que aceptar de antemano, por consiguiente con resolución, que en todo problema

teológico, filosófico, matemático, con el cual tropiece nuestro misterioso mecanismo humano, debe resultar siempre lo que el matemático llama una *incógnita*. Pues bien; esa incógnita precisamente es el objetivo, es la sustancia, es la perenne renovación de la fé.

—Entonces, ¿tú crees que una fé, ó sea una incógnita, es tan necesaria á la humanidad que sabe como á la humanidad que ignora?

—¡Ciertos! ¡Pues qué! ¿No has leído con asombro en una de las filosofías más declaradamente positivistas, en la *Biología de Letourneau y Reinwald*, y en la escuela alemana que ha hecho del positivismo su prolegómeno, la siguiente profesión de fé? —«Las ciencias de observación exigen, antes que otra cosa, de quien pretende cultivarlas con fruto y sin tropiezo, el *acto de fé más decidido*. Sin esto no nos sería dado creer á nuestros sentidos como debemos creer en ellos, testimoniándolos por sinceros y honrados testimonios, los más adecuados á nuestro intelecto, cuando nos revelan la existencia, fuera de nuestro humano sér, de un vastísimo universo material.»

—¡Confesion admirable en verdad! Una fé especial!

—¡Eso! ¡Cómo! ¡Se exige ahora por los últimos sábios que tengamos fé en nuestros sentidos, que sin embargo, están sujetos á errores y decadencias aflictivas, que casi siempre empiezan por engañarnos y cuyo testimonio necesita en todo caso repetidas rectificaciones!

—Entonces, —dije yo interrumpiendo á Felipe y como apoderándome de su pensamiento;— ¿en cuál de las dos exigencias se descubre más extravagancia é irracional presunción?

—Eso digo yo, ¿en cuál? ¿En la que impone condiciones y credos en nombre de la ciencia, ó en la otra que abría veredas de consolaciones en nombre del misterio? —La primera es más tiránica y sobre todo desde que un célebre incrédulo, apelando sólo á lo que se llama buena fé, declara... «que por todas partes nos envuelve un Océano inconmensurable; y para dominar y franquear sus ondas, no tenemos brújula, ni vela, ni barca.» —Ante esa pobreza tan extrema de la ciencia, y de la filosofía, la cruz es más que algo, es una riqueza ella sola...

—Permíteme que te interrumpa. —¿Todo lo que has sentido, es para decidir que la ciencia no ha hecho nada en obsequio del hombre?

—Reconozco que ha hecho mucho. Ha menguado nuestros dolores, pero no los ha destruido. Y no sé yo si en el misterio del dolor, el solo menguar su intensidad que engendraba hasta aquí heroísmo, no es suprimir los heroísmos y las grandezas del espíritu. Reconozco que la ciencia ha puesto en poder del hombre inteligente las fuerzas ciegas de la materia, y que ha podido decir con verdad al sentenciado del génesis, —no que domine la tierra y la trabaje con el sudor de su frente, sino que ya la tiene dominada y rendida á sus pies. A ese grito de triunfo, sin embargo, los que sufrimos opondremos siempre estas dolorosas objeciones: —¡Pero el hombre sufre todavía! ¡Pero hay dolores del alma que tú no sabes ni quieres curar! —Pero el rey que tú has hecho del hombre caído, todavía es criminal, y tus progresos le sirven para serlo más cada día y asesinar mejor. ¡Pero tu hombre semi Dios aun está condenado á morir!... ¿Qué has conseguido, qué has averiguado hasta ahora, después de tantos y tan señalados progresos, sobre el problema de los problemas? ¿Qué rayo de tu luz, qué chispa de tu electricidad, qué vía nueva, qué túnel, qué perforación, qué rotura de continentes, qué consorcio de océano con océano te han llevado á descubrir algo cierto sobre la noche impenetrable del destino humano? ¿Qué sabes de nuevo acerca de la vida y de la muerte del hombre? ¿Qué sabes acerca de una vida de hombre con sus lastimosas dislaceraciones del corazón, con sus humillantes que no sublimen inconsecuencias, con sus pruebas tormentosas, con sus caídas y sus vergüenzas y con el terrible inevitable naufragio final que le precipita en la muerte, en lo desconocido? Estas cuestiones han sido las primeras que han inquietado á la humanidad desde la noche de su nacimiento. El hombre ha contemplado el cielo y la luz antes que la tierra pantanosa por donde está condenado á rastrear. El ha querido desde un principio contar con las cuentas de diamante vivo de los astros el número de sus dolores infinitos.

—Yo pregunto como tú, Felipe, á la ciencia más humana y misericordiosa: ¿Por qué padezco? ¿Por qué aborrezco todavía? ¿Por qué me siento morir? ¿Por qué tengo de morir?

—Esa, esa es, y ha sido desde hace años, mi eterna pregunta, —exclamó Felipe, alegre de que yo pensara como él; —¿por qué morir? ¿Por qué no hallar remedio todavía á nuestros males, sino en el seno de la muerte aborrecible? ¿Por qué muere todo lo que amamos?

—¿Y qué, y qué te ha respondido la ciencia, Felipe?

—Nada. Solo la cruz me ha respondido.

—Dame un eco siquiera de la respuesta anhelada, —dije suplicante y con lágrimas en los ojos.

—Felipe, por el contrario, con luz celeste más bien en sus dilatados ojos, con una sonrisa indefinible en sus labios, me dirigió estas palabras:

—La cruz no me ha respondido ciertamente con una solución, sino con un eco simpático, con un acorde, con el unísono de los ayes, como debe responder un corazón á otro con quien pretende tem-

plar y concertar sus fibras. La cruz, el Crucificado, confunde con mis *por qué, por qué*, mil veces repetidos, un *por qué* tremendo que, lanzando las corrientes de mis dudas en un océano de tinieblas, las suministra también con eso la sublime grandiosidad del mar. El, apenas se vió en la cruz, a la que se elevó sin una queja en los labios, sin rencor en el alma, sin un sollozo, sin sombra de remordimiento, hízome oír su postrimer suspiro como una enseñanza, condensando en él cuanto de amargo y misterioso entrañan los suspiros de todos los hombres, de todas las víctimas!... «¡Padre! ¡Dios! ¡Eloim! ¡Omnipotencia Soberana! ¡Amor Eterno! ¡He cumplido sin desmayo la ley de sacrificio que me habías impuesto para hacer triunfar lo mejor en este mundo! ¡He amado al hombre como si fuera un Dios, y como solamente otro Dios pudiera amarle! ¡He amado por amor á Ti! ¿Por qué, pues, por qué, por qué me has abandonado?»

Felipe cayó de rodillas al pié de la cruz a felpada por la yedra, apoyó su frente en el pedestal igualmente mullido y permaneció mudo en aquella actitud, no sabré decir cuantos minutos. Quise imitarle una vez seguro de que no le rendía un desmayo, pero al hacerlo me contuvo el brusco movimiento con que se levantó y separó de allí, llevando en el rostro una expresión sombría inenarrable, mezcla de dolor profundo y repugnante hastío, bien distinta de la que poco antes le había embellecido con el nimbo de los iluminados.

Sacó luego del pecho un retrato con mano temblorosa; un retrato admirable que puso primero delante de mis ojos, que bajo la mirada triste de los suyos. Era aquella una miniatura como he visto pocas, de colores de vida, realizados por el marco de felpa negra que protegía el mágico marfil. Un repentino rayo de la *aurora consurgens*, venciendo la resistencia de una nube de plomo, cayó sobre la imagen de mujer allí grabada por un pincel enamorado.

Felipe, *tutto tremante*, la contempló con toda el alma en sus ojos y como infundiendo con aquella mirada indefinible un alma ó una resurrección á la pintura. Al mismo tiempo seguía repitiendo mi pobre amigo con voz quejumbrosa que se apagaba por grados:

—¿Por qué, Felicitas, por qué? ¿Por qué causa, razón ó sinrazón ó fatalidad, tú, tú también? ¿Por qué? ¡Dí!

TRISTAN MEDINA.

(Concluirá)

LA NOCHE-BUENA.

I

Evocar los recuerdos de la niñez y la dulce memoria de los días infantiles, es vivir dos veces, es atajar la carrera vertiginosa de los tiempos, convirtiendo el pasado en presente, para saborear en perpétua libación las venturas de aquella edad candorosa en que respirábamos dicha y felicidad sin límites, ajenos por completo á la lucha de las pasiones. Yo vivo como envuelto en las sombras tranquilas de la infancia, y sea que me preocupen gran cosa las turbias nebulosidades del porvenir.

El recuerdo del hogar de mis padres se halla esculpido en mi mente con tintas indelebles: la voz de mis hermanos y de mis compañeros de juegos, resuena en mi oído constantemente como la más grata de las armonías; yo finjo en mi ilusión que los trinos de los pajarillos y el perfume de las flores que esmaltan los campos, y el murmullo de las brisas que agitan mansamente las copas de los árboles, son los trinos, los perfumes y el murmullo de aquellas aves, de aquellas flores y de aquellas brisas que nos deleitaban en las campiñas, que aromatizaban los vergeles, teatro de nuestras correrías, y que refrescaban nuestro rostro en los días calurosos del estío...

¡Afanosos combates de la vida... recelos y desconfianzas de la ambición, goces bastardos de todos los poderes y de todas las autocracias sociales! ¿Qué sois, con vuestro séquito de pequeñeces, de miserias y de ruindades, ante el recuerdo venerado de los días de la niñez?...

II

Cambian los tiempos, prosperan las costumbres y la sociedad se modifica...

Los niños de hoy fuman á los cuatro años; á los seis tienen novia, usan revólver á los ocho, y á los doce ó catorce, ya hastiados de la vida acarian la idea del suicidio.

Nosotros éramos ya más que niños, habíamos pisado los umbrales de la adolescencia; sabíamos algo de los ritos y costumbres del pueblo romano, conocíamos los héroes de la guerra de Troya, nos eran familiares las obras de Salustio y Virgilio, y no nos preocupaba el color de la corbata ni la forma de los pantalones, ni abandonábamos el trompo y la pelota, y al entrar en comparaciones sobre lo que eran tiempos y tiempos, yo creo que nosotros niños grandes éramos con nuestros juegos y nuestra indiferencia por los placeres de la juventud, mil veces más felices que esos Tenorios barbilampiños que se apresuran á secar la leche de sus labios con el humo de los vegueros y los vapores del cognac...

La segunda quincena de Diciembre era para nosotros el más delicioso y largo de los paréntesis escolares: era la panacea contra las fatigosas

penalizaciones del estudio: era el olvido de los libros y la condensación de la felicidad suprema... la de no ver mañana y tarde el gesto avinagrado del maestro...

El día 18, fiesta de Nuestra Señora de la O, previa la indispensable suscripción, entre todos los condiscípulos, decorábamos la clase ostentadamente, colocando un grande aparador, en que campeaban por docenas las cajas de dulces, y las culebras de mazapan, destinadas al aginaldo de nuestro Nebrija. Aquellas golosinas eran el símbolo de las vacaciones que se prolongaban hasta pasada la fiesta de los Santos Reyes; y cuando después de examinarlas con rostro complaciente, dulce sonrisa y agradecido estómago, pronunciaba el sabio pedagogo, conmovido por la emoción, la suspirada palabra *satis*, todos en confuso tropel, nos lanzábamos á la calle como temerosos de que pudiera arrepentirse de habernos dado suelta y de haber roto por diez y nueve días nuestras cadenas estudiantiles. Nosotros ni siquiera sospechábamos entonces que los maestros esperen la hora del asueto, por lo ménos con igual afanosa impaciencia que sus discípulos.

¡Diez y nueve días de huelga completa y en lontananza la Noche-Buena y los aguinaldos! ¡Cuánto hubiéramos dado nosotros por alcanzar la virtud milagrosa de Josué para detener el curso del sol!

III

Pero al fin llegaba el gran día, la noche buena, la fiesta del nacimiento del niño objeto de nuestras ilusiones, de nuestro culto, de nuestra admiración! El cielo aparecía turbio y encapotado; las nubes desprendían abundantes copos de nieve que gradualmente iban tapizando el suelo de blanquísima alfombra, sobreviniendo á intervalos ráfagas de lluvia y viento que preparaban admirablemente la atmósfera para la conservación indefinida de las merluzas y los besugos. Un día de noche-buena con sol puro y radiante, estaría fuera de tono. El invierno con todos sus helados atributos, debe aparecer como soberano de la naturaleza, y los frios, las nieblas y las escarchas preparar convenientemente los campos para que resuciten á la vida de una nueva y lozana vegetación en la florida primavera!...

He dicho antes que evocar los recuerdos de los días venturosos de la niñez, es vivir dos veces; quiero, pues, saborear esos recuerdos, sin olvidar detalle de aquella existencia fugaz, que se hundió en la nada de lo pasado para no volver jamás!

Nosotros ocupábamos las primeras horas de esa noche inolvidable, tocando los rabeles y cantando villancicos delante del *Belem*.

Aquellas montañas de cartón, aquellos pastores y aquellas ovejas de barro, aquellas fuentes hechas de pedazos de cristal, aquel musgo que tapizaba las quiebras y los barrancos del paisaje, aquella estrella de talco ó de hoja de lata, que sostenida por un alambre flotaba brillante sobre la puerta del establo, para enseñar á los reyes magos la cuna humilísima del Hijo de Dios, todo aquel admirable conjunto de simbólicos recuerdos, de grandezas humildes, de virtudes no comprendidas, de las aquellas aureolas resplandecientes, que servían de sencillo dosel al glorioso recién nacido, príncipe de todos los reyes, y que tenía, sin embargo, por cortesanos rústicos pastores vestidos de pieles, y por trono un puñado de paja, eran á nuestros ojos un poético trasunto de la naturaleza, la expresión viva y palpante de la más tierna y milagrosa de las historias!

Nosotros oíamos las voces de los zagales, que saltando las quiebras de aquellos cerros conducían los ganados al aprisco; oíamos también el balido de las ovejas; sentíamos calar nuestros huesos el frío gacial que debía sentirse en tal noche y á tales horas en las agrestes montañas de Judea, y envidiábamos la suerte del afortunado pastor, que ya de rodillas, y bajo la rústica techumbre del establo ofrecía al hermoso niño su corderillo, su pan ó su cántaro de leche.

Por las sendas tortuosas de aquellas laderas coronadas de nopales, veíamos descender en lucida cabalgata á los príncipes de Oriente, cubiertos de mantos de escarlata recamados de oro, en medio de un séquito numeroso de esclavos y camellos cargados con los ricos presentes que iban á ofrecer al Rey de los reyes.

Y allá en el fondo de aquel cuadro admirable, á través de un bosque de copudos olivos, algunos de los cuales viven todavía como fósiles sagrados de la vegetación universal, y á la sombra de los airoso penachos de las palmeras, cuyos troncos altísimos marcaban con sus nudos el curso de los siglos, veíamos también los pardos muros de Jerusalem, y los minaretes de sus alcázares, y la cúpula de su templo, donde antes de mucho aquel niño bendecido había de poner en aprieto, con su precoz sabiduría, á los grandes sacerdotes y á los doctores de la ley.

Nuestra imaginación infantil, abarcaba con intuición pasmosa los místicos detalles de aquel poema de caridad, de mansedumbre y de amor, consagrado por el Eterno Padre á la redención del género humano, á precio de la pasión y muerte del niño inocente, cuyo milagroso natalicio bendecían todas las potestades del cielo.

Y veíamos descender desde las alturas de la gloria, entre nubes de nácar y topacio, tropas innumerables de arcángeles y serafines, que al son

divino de sus arpas de oro entonaban cánticos de maravillosa armonía, festejando el nacimiento del Cordero sin mancha; y velando la cuna de aquel tesoro de esperanzas, la figura dulcísima de la Virgen, coronada de estrellas, y las sombras misteriosas de los profetas, que iluminados por el Divino espíritu, habían anunciado á los siglos la venida del Mesías... Allí también, y sobre las suaves colinas que bordeaban los muros de la ciudad deicida, señalada por la Providencia para sangriento foro del más sublime de los sacrificios, se alzaban como miliarias lúgubres del camino de la vida, los sepulcros de los bienaventurados de las viejas generaciones, guardando en su fondo la mística esencia de las verdades eternas.

De aquellos lugares, santificados con la presencia del Hijo del hombre huía la serpiente tentadora, aplastada la cabeza y lanzando horribles silbidos para precipitarse furiosa en los antros cavernosos del abismo.

Venia después la *colación* hecha en familia al calor del hogar en unión de las personas que nos eran más queridas, y como postre de aquella cena siempre memorable la dulce y regalada sopa de almendra.

A las diez ya comenzaba el toque de maitines, y entonces se discutía la asistencia á la misa del gallo... Solía el tiempo continuar cerrado, y las nubes soltando helados aguaceros ó nuevas capas de nieve, pero ¿qué importaba? Al regresar del templo, un monte de troncos y ramaje ardiendo en la chimenea, debía ser la confortable recompensa de nuestro celo religioso, antes de entregarnos al sueño para saludar gozosos la feliz aurora de los aguinaldos.

IV

Nuestro primer cuidado al abrir los ojos el día de Navidad, era confeccionar una bolsa de *badana* para guardar en ella los regalos de nuestros parientes y amigos; luego poner *relucientes* como el oro las piezas de dos cuartos que íbamos atesorando, y por último, adquirir un partididor de madera flexible, toscamente esculpido con la navaja de un gañán, que era, por lo regular, criado de la casa, para triturar cómodamente y sin esfuerzos, los sabrosos piñones... No soñábamos dichas mayores, ni satisfacciones tan cumplidas... La familia hacia caso omiso de los peligros de una indigestión en tales días, y nuestras horas pasaban asando castañas en torno del hogar y devorando bellotas y pajaritas de mazapan, que eran elaboradas con singular esmero por las industriosas madres de un monasterio vecino.

Pero al fin llegaba la noche, y con ella el término racional de aquellos excesos gastronómicos, valientemente resistidos por nuestros privilegiados estómagos... Era preciso buscar el reposo, y una antigua doméstica, ya jubilada por los años de las faenas de la casa, tomaba á su cargo la tarea de contarnos cuentos, hasta que el sueño, reparador universal de todas las fatigas, venía á cerrar blandamente nuestros ojos, conteniendo por algunas horas los impulsos de nuestra incansable movilidad.

BONIFACIO CARRASCO DE CAMPOS.

LUIS DE MORALES.

SUS TIEMPOS, SUS CUADROS Y SU ESUELA.

Una tarde, una de esas tardes serenas de Mayo, en que los campos estaban embalsamados por el espíritu de las rosas, y en las calles de la ciudad de Badajoz bailaban mil zagales después de vísperas; en una tarde de esas, en que todo parece poesía, los discípulos de Morales rodeaban á su maestro en el lecho del dolor.

Sus cabellos, blancos como la nieve, estaban caídos con dulzura sobre sus hombros; su rostro estaba plácido, y casi un carmin encendido pintaba sus labios y mejillas.

Juan Labrador, el mejor de sus discípulos, le dirige la palabra:

—Maestro, hoy parece que está Vd. un poco mejor.

—Sí, Labrador, me siento más animado; parece que Dios me vuelve á mis años primeros; siento el corazón con los fuegos de mis veinte años, veo bien hoy y me parece que ya no me muero.

—¡Espere Vd., maestro, en Dios!

—Sí, hijo, espero que, cuando ménos, me deje terminar una de mis obras mejores.

—¿Cuál es?

—Esa tabla que está ahí junto á mis piés.

—¿Esta?

—Sí, á ver, trámela... y esa paleta con los pinceles.

El maestro tomó la tabla en una mano, los pinceles en otra, y empezó á dar á diestra y á siniestra pinceladas.

—Parece que hay poca luz, Labrador, ábreme esa ventana.

—Así... maestro... esto es...—dijo el discípulo.

—Buena luz entra; ahora podré ver mejor los detalles del plumaje de estos pájaros.

Morales pintaba á la *Virgen María, adorada por las aves*. Cada pincelada que daba hacia vivificar un pajarillo.

La imagen estaba animada de una alegría singular, y los colores de las aves parecían puestos

por la misma naturaleza. Sus discípulos permanecían mudos como espectros, esperando la palabra del maestro.

—¡Gracias á Dios!—dijo aquél después que hubo pasado más de dos horas;—ya está acabada mi obra.

Al presentar la tabla á sus discípulos, todos lanzaron una exclamación, y quedaron atónitos al contemplar tan grande obra.

Labrador preguntaba:

—Maestro, esto no es obra del hombre, esto es cosa divina?...

Pero Morales ya no oía; estaba dormido.

Sus discípulos, arrodillados, lloraban rodeando la cama del maestro, mientras Juan Labrador besaba su mano con toda veneración.

Un profundo silencio sucedió á los gemidos, y de poco en poco, los discípulos articulaban algunas palabras de rezo.

Media hora después de haber ocurrido los acontecimientos que reseñamos; media hora después en aquella tarde apacible y serena, en aquella tarde 9 de Mayo del año 1586, las campanas de la antigua ciudad de Badajoz agitaban tristemente sus metálicas lenguas de bronce, produciendo aquel sonido una vibración melancólica en todos los hombres del pueblo.

Las gentes corrían con dirección á la ciudad moderna, y toda se apiñaba en una modesta casa de la calle que llamaban del Agua (1), más allá de donde hay un Cristo.

Más de mil voces pedían nuevas de un enfermo por cuya salud todos se interesaban ardientemente.

Don Domingo Gomez de Lamariz, obispo que era de Badajoz salía de la casa acompañado de algunos frailes de distintas comunidades. Al aparecer en el dintel de la puerta el reverendo prelado y ver á tantas gentes como pedían nuevas del enfermo, se quitó el sombrero y dijo con voz temblorosa é insegura, dirigiéndose al pueblo: Pedid por el alma del *Divino Morales*.

Esta es la tradición que cuando niños nos referían los viejos, no lejos de la casa en que trescientos años poco menos, murió Morales, en la capilla de Pajaritos.

El obispo La-Madrid recogió el último cuadro de Morales, *La Virgen adorada por los pájaros*, y lo entregó al ayuntamiento.

Este cuerpo municipal mandó construir un local donde colocó el cuadro de Morales, que es la habitación que está por cima del caño que sale al *Huerto del manco*, y á la que desde entonces se le llamó *Hermita de pajaritos*, como también se llama aquel lienzo de fortificación *Muralla de pajaritos*.

Este cuadro, que según tradición, se veneraba en este pequeño oratorio, era una de las obras más grandes que se han conocido en la pintura; tenía tres varas de alto por dos de ancho, y estaban todas las figuras completas y muy bien conservadas, hasta el año 1811, en que los ingleses se lo llevaron contra el gusto de todo el vecindario de la ciudad de Badajoz, que diariamente acudía á contemplar la obra del *Divino Morales*.

Pero no se conformó aquel Ayuntamiento con levantarle un templo á la última obra de Morales; era preciso mostrarle su gratitud y eternizar su renombre entre sus hijos, y para el caso sustituyó el nombre de la calle en que él murió por el del artista, para que esa memoria fuese transmitiéndose á las generaciones venideras, y nadie olvidara el nombre del mejor de los pintores en asuntos divinos.

Tal es la vida de este ilustre artista, en sus 69 años que contó. Pintó para la catedral de Badajoz, para la parroquia del Arroyo del Puerco, para el convento de Carmelitas descalzas de Avila, para la parroquia de Nuestra Señora de la Concepción de Badajoz, convento de San Pablo del Burgo de Osma, de San Agustín de Badajoz, del monasterio de monjas de Zaira (Zaragoza), en la parroquia de la Higuera de Fregenal (Badajoz), la Cartuja de Miraflores, Palacio real del Pardo, parroquia de la Puebla de la Calzada, catedral de Sevilla, convento de la Orden de Alcántara (Cáceres), Santa María la Blanca (Sevilla), ermita de los mártires (Badajoz), parroquia de San Vicente (Sevilla), convento de San Gabriel (Badajoz), Cartuja Trinitaria (Sevilla), convento de la Trinidad (Badajoz), San Gabriel (Toledo), San Pablo y dominicos (Sevilla), dominicos (Búrgos), parroquia de Fregenal de la Sierra (Badajoz), y para otros muchos templos de que no tenemos noticias. Además pintó para particulares multitud de obras no ménos notables que las públicas que se le atribuyen en los templos.

Señalaremos estas, según las noticias que dá de ellas Ceán Bermúdez, ya porque las había visto ó porque le dieran conocimiento de ellas los cabillos.

En Toledo:

Convento de Santa Fé.—Un Eccehomo y una Virgen en el claustro.

En Madrid:

Palacio de S. M.—La presentación del Niño.—Dios en el templo.

San Gerónimo el Real.—El famoso cuadro del Cristo de la Amargura (en la sacristía mayor).

(1) Desde aquella época se le quitó aquel nombre y se le puso el de Morales, que es por el que en la actualidad se le llama, y la casa á que nos referim os lleva hoy el número 6.

Trinidad Calzada.—La Santa Faz (en el tabernáculo del altar mayor).

San Isidro el Real.—El Señor á la columna y San Pedro llorando su remordimiento (en la sacristía).

Corpus Christi.—Un Eccehomo (en un colateral).

San Felipe el Real.—Un Eccehomo (en la sacristía).

En el Pardo:
Palacio de S. M.—Un Eccehomo y una Dolorosa, (colocados en el oratorio).

En Sevilla:
Catedral.—Un oratorio de puertas con el Eccehomo en el medio, y la Virgen y San Juan á los lados (la sacristía de Nuestra Señora de la Antigua).

Santa María la Blanca.—Un Eccehomo, en el altar del Sagrario, y otro más (en el retablo de Nuestra Señora)

San Agustín.—Un Eccehomo (en la baranda del coro).

San Pablo.—Un Cristo á la columna (en la sacristía).

Santa María de las Cuevas (Cartuja).—Un Eccehomo atado á la columna, con San Pedro (en la sacristía).

En Valladolid:
San Gabriel.—Un Eccehomo (en la puerta del Sagrario).

En Avila:
Carmelitas descalzos.—El Señor difunto en brazos de la Virgen (en la capilla de Santa Teresa).

En Búrgos:
Dominicos.—La Virgen con el Niño.—Dios dormido (en la celda prioral).

En Miraflores:
Cartuja.—Una repetición del anterior (en la celda del prior).

En Granada:
Santa Catalina de Zafra.—La Virgen abrazada con su hijo difunto (en un poste de la iglesia).

En Higuera de Fregenal (Badajoz):
Parroquial.—Seis pinturas de la Pasión con figuras de cuerpo entero (en el altar mayor).

En Arroyo del Perco (Badajoz):
Parroquial.—Diez y seis asuntos bien historiadados, todo de la Pasión y muerte de Jesús (en el retablo del altar mayor).

En la Puebla de la Calzada (Badajoz):
Parroquial.—Otros diez asuntos de la Pasión (en el retablo principal), y los apóstoles y evangelistas (en el zócalo del mismo retablo).

En Alcántara (Cáceres):
Convento de la orden (1).—La venida del Espíritu Santo, la Resurrección del Señor y varios otros asuntos (en un colateral); la Transfiguración, el Padre Eterno y otros asuntos (en el colateral opuesto); diferentes misterios de la vida y Pasión de Cristo, San Benito y San Bernardo (altar de la capilla de Piedra-buena), y una Virgen (en la sacristía).

En Badajoz:
Catedral.—La cabeza de San Pablo, primer ermitaño (junto al presbiterio); un Eccehomo, dos santos y dos santas, en medias figuras, la Anunciación, la Sacra familia, la adoración de los reyes, San Ildefonso, recibiendo la casulla de manos de la Virgen, San Juan y otro santo (en el retablo de Santa Ana); la Virgen con el Señor muerto en los brazos, la impresión de las llagas de San Francisco, la encarnación del Hijo de Dios y la Epifanía (en la sacristía).

Parroquia de la Concepción.—Jesucristo con la cruz á cuestras, San Joaquín y Santa Ana abrazándose (en dos colaterales), son figuras de tamaño natural y de cuerpo entero; y la Virgen sentada con el Niño-Dios, que tiene un pajarillo en la mano (á los pies de la iglesia, altar debajo del coro.)

San Agustín.—Nuestra Señora abrazada con su Santísimo Hijo difunto, y dos santos arrodillados (colateral, junto al evangelio), y el Señor atado á la columna, con la Magdalena y otro santo (en la colateral opuesta.)

Hasta aquí, los cuadros que conoció Cean Bermúdez. Numeraremos otros que conocemos nosotros y se comprenden en la relación anterior, como son los siguientes:

En Sevilla:
Galería de SS. AA. RR. los duques de Montpensier.—Una piedad de gran tamaño, un Eccehomo y una Dolorosa (Palacio de San Telmo.)

Galería del P. Cepero.—Una piedad, un Cristo con la cruz á cuestras y un Eccehomo.

(1) La magnífica iglesia de San Benito de Alcántara, quizás el primer monumento de su clase que existe en Extremadura, está á punto de convertirse en un montón de ruinas, por efecto del abandono en que yace desde que en 1860 se celebró la última vez en aquel templo, con motivo de inaugurarse las obras de reconstrucción del puente de aquella villa.

Despoyado de cuanto encerraba, sirve de albergue á las aves y alimañas. Los tejados medio hundidos dan paso á las aguas. Además, como el templo ocupa en la población un sitio céntrico, amenaza también la seguridad de los vecinos.

Es de esperar que la Academia de San Fernando y la Comisión de monumentos, hagan esfuerzos para evitar la ruina de aquella joya artística hija del genio del inmortal Herrera.

Parroquia del Salvador.—Un Eccehomo (en la puerta del sagrario).

En Badajoz:
Convento de las Descalzas.—San Gerónimo (en la puerta del sagrario).

Parroquia de San Andrés.—Nueve cuadros, en una gran tabla, forma de medio punto. En el centro San Esteban, figura imitada del natural y cuerpo entero; á la izquierda San José y el Niño, y á la derecha un San Pio V vestido de Papa. En el medio punto, ó sea la parte superior, en el centro el Padre eterno, á la derecha Santa Catalina, y á la izquierda Santa Escolástica, todos tres de medio cuerpo. En la parte inferior, en el centro San Blas, á la izquierda San Lorenzo, y á la derecha San Antonio, vestido de fraile, todos también de medio cuerpo (sobre la portada de entrada á la sacristía). Esta tabla perteneció al retablo mayor de la Ermita de los Mártires.

Ayuntamiento.—(Cuadro perdido). San José. Esta tabla la pintó dos años antes á su muerte. Revolviendo poco há legajos y manuscritos en el archivo municipal de Badajoz, nos encontramos con el siguiente documento:

«Rescibido por la mano del Tesorero de esta Alcaldía Mayor noventa ducados de plata por el cuadro de San José que pinté para la ciudad.—Badajoz, 2 de Mayo de 1584 años.—Luis de Morales.»

A la entrada del castillo existía otra tabla donde se daba la Virgen de Belén, firmada en 1574. Este cuadro, como del anterior, nos sabemos su paradero.

Casa del Excmo. Sr. D. Fernando Montero de Espinosa.—En la casa de este señor hemos visto una tabla perfectamente conservada, en que se representa á una Santísima Virgen, con su hijo Jesús moribundo en sus brazos, en medios cuerpos, de tamaño como de seis cuartas de alto por cuatro de ancho; perteneció este cuadro á nuestro amigo el Excmo. Sr. D. Alejandro Barrantes, padre político del actual poseedor, y al que le fué transmitido en testamento y lo conserva como cosa de familia, pues sábase que Morales era pariente suyo: este cuadro es de los mejores conservados que hemos visto, y aunque hay algo perdido, puede decirse que está acabado de salir del pincel de su autor.

Casa de D. Octavio Perez y Dominguez.—Jesús de Herodes á Pilatos, tamaño natural, figuras casi completas, buen colorido, sin restaurar y muy bien conservado. Es, sin disputa, la mejor obra de Morales y por su importancia hemos de dar aquí algunos datos históricos de esta tabla.

Este cuadro original, del divino Morales, en gran tamaño, que representa á Jesús en la prisión, aparece en poder de D. Manuel Tomás y Carbonell, abuelo materno de Doña María Teresa García-Marqués y Tomás, casada con D. Octavio Perez y Dominguez desde el siglo XVIII, en que el ilustrísimo señor don Fray Juan de Moya y Torres, arzobispo de Torsalva, confesor de S. M., concedió ochenta días de indulgencias, á todos los fieles de ambos sexos, que devotamente rezaren un credo ante la Santa Imagen de Nuestro Señor Jesucristo en la prisión, rogando por la exaltación de nuestra Santa Fé Católica, extirpación de las herejías, paz y concordia entre los príncipes católicos y necesidades de la Iglesia, cuya concesión hizo su ilustrísima á petición de D. Manuel Tomás y Carbonell, estando S. I. en el Real Sitio de San Ildefonso á 17 de Julio de 1795.

El Ilmo. Sr. D. Mateo Delgado y Moreno, arzobispo de Sebeste, obispo de Badajoz, concedió por los mismos fines que arriba, ochenta días de indulgencias, por cada credo, acto de contrición, actos de fé, esperanza y caridad; en Junio de 1814.

El Ilmo. Sr. D. Felipe Montoya, obispo de Teruel, concedió cuarenta días de indulgencias, rezando un credo de rodillas, en 1.º de Junio de 1816.

Todo á petición del expresado D. Manuel Tomás y Carbonell, en cuya casa se venera.

El Ilmo. Sr. D. Francisco Javier Obregon, obispo de Badajoz, en 30 de Julio de 1849, concedió diez días de indulgencias á todos los fieles que rezaren ante la referida imagen un credo ó un acto de contrición.

El Ilmo. Sr. D. Fr. Manuel, obispo de Badajoz, en 25 de Junio de 1857, concedió cuarenta días de indulgencias á todos los que debidamente rezaren el credo, ó padre nuestro, ó acto de contrición, ó los actos de fé, esperanza y caridad, y por cada vez que lo hiciesen ante la referida imagen del Señor en la prisión, á petición de la Sra. Doña María Tomás y Sarró, en cuya casa se venera.

El Ilmo. Sr. D. Fernando Ramirez, actual obispo de Badajoz, concedió cuarenta días de indulgencias á todas las personas, por cada vez que rezaren devotamente el credo ó los actos de fé, esperanza y caridad ante la sagrada imagen de nuestro Señor Jesucristo en la prisión, de la propiedad de la Sra. Doña María Teresa García Marquez y Tomás de Perez, en cuya casa se venera, haciendo S. I. esta concesión á petición de dicha señora en Badajoz á 18 de Julio de 1873.

En Jerez de los Caballeros (Badajoz):

Galería del señor marqués de Rianzuela.—En 1866 visitamos esta ciudad y la galería del señor marqués, donde encontramos de Morales: Un Eccehomo, una Dolorosa y un San Jerónimo; éste muy restaurado.

En Alburquerque (Badajoz):

Casa de D. Antonio Pizarro.—Un San Jeróni-

mo, que manifiesta hallarse al interior de una gruta.

En Cáceres:
Casa del Sr. Guevara.—La Virgen de Belén, medias figuras, tamaño como del natural. La Virgen tiene sobre sus faldas al Niño-Dios, que abraza al pequeño San Juan. Será esta tabla la que hubo á la entrada del castillo de Badajoz, y que se supone fué robada de aquel sitio en 1811 por el general inglés que asaltó aquella plaza cuando estaba en poder de los franceses?

En Toledo:
Catedral.—Un Cristo atado á la columna.

En Avila de los Caballeros:
Catedral.—María Dolorosa con su hijo muerto en los brazos. Es muy parecido á la tabla que posee en Badajoz el Sr. Montero de Espinosa.

En Valladolid:
Parroquia antigua.—Un Eccehomo.

Museo provincial.—San Juan Bautista, San Francisco, un Eccehomo, otro San Francisco, otro Eccehomo, una Dolorosa, un Crucifijo en la Cruz, Nuestra Señora de los Dolores y otra Dolorosa, todos nuevos estilo de Morales, mejor dicho, copias sacadas de sus obras.

Y últimamente existen otras dos Dolorosas de Morales, que son para conocerlas; está una de ellas en la Catedral de Búrgos, y en la de Granada la otra, y de las dos se han sacado algunas copias. Muchos pintores extranjeros y nacionales han hecho estudios sobre la escuela del autor, pues indudablemente en este género de composiciones es donde está Morales más elevado y sublime, fuera porque sus ideas religiosas le inspirasen en estas obras místicas del espíritu religioso que tanto predominaba en su siglo.

Fuera de estos cuadros que conocemos en iglesias y casas particulares, existen las tablas que están catalogadas en los Museos de Madrid, y que son las siguientes:

Museo de la Trinidad (1).—El Salvador entre los dos pecadores (núm. 88, en negro), de 0'70 por 0'48, firmado *El divino Morales* (Luis). En el centro el Salvador con túnica gris azulada; á la derecha el impenitente con una cesta con clavos y un martillo en la mano; á la izquierda el contrario, de rodillas, con manto verde. Se adquirió este cuadro de una galería particular, en Diciembre de 1862, en la cantidad de 22 000 reales.

Museo de Madrid.—En el salón de la derecha, donde están los cuadros de las escuelas españolas antiguas, hay uno señalado con el número 45 (2), que representa la *Virgen de los Dolores*, vestida de manto azul, túnica del mismo color y toca blanca; tabla como de 2 pies 7 pulgadas de alto, por 1,9 pulgadas 6 líneas de ancho. Este cuadro de Morales es indudablemente el de más mérito entre todos los suyos del Museo, pues los paños, el rostro y sobre todo la cabeza, llena todas las reglas y bellezas del arte.

Más allá, y como haciendo compañero del anterior, hay otra tabla representando un *Ecce Homo*, y que como los de Morales es de obra inmejorable: tiene el mismo tamaño y su pintura es de igual orden al anterior.

Otro cuadro señalado con el número 110, dando la *Circuncisión del Señor*, que representa al sacerdote anciano, teniendo en sus brazos al divino niño, sobre el ara de la circuncisión y á su lado la Virgen acompañada de hermosas doncellas que llevan con la ofrenda hachas encendidas, y en el fondo se vé San José: es la tabla como de 5 pies, 2 pulgadas 6 líneas de alto, por un pie 8 pulgadas 4 líneas.

Otro, con el número 120 que representa una cabeza de nuestro Señor, pintura notable, y quizás la mejor cabeza que se deba á Morales: tiene un pie 6 pulgadas de alto, por un pie 2 pulgadas 6 líneas de ancho.

Otra tabla que lleva el número 157 representando á la *Virgen y el niño Dios*: éste tiene una mano en el pecho de su madre, y la cabeza sostenida en la mano derecha de ésta. Es un cuadro hermoso y muy bien conservado; tiene 2 pies 4 líneas de alto, por 1 pie 5 pulgadas 3 líneas de ancho.

Y concluyen los cuadros de Morales en el Museo, con otra tabla, que está en las escuelas varias, señalada con el número 537, y que representa un *Ecce-Homo*: tiene 2 pies 3 pulgadas 2 líneas de alto, por 10 pies 2 pulgadas 2 líneas de ancho.

En la Academia de Nobles Artes de San Fernando, existe otra tabla de gran tamaño; es una Dolorosa que la Academia atribuye á *Cristóbal Morales*, sin duda por que fué clasificada en el siglo anterior, cuando aun no se conocía bien el nombre del *divino Morales*.

No conocemos otros cuadros de Morales que los enumerados más arriba, y aun de estos, no todos se le pueden atribuir, porque, á nuestro pobre juicio, las cuatro tablas que están en la sacristía de la Catedral de Badajoz, son muy dudosas, como obra de Morales. Nos sorprende, no obstante, que, tanto Pons como Cean Bermúdez, se las atribuyan á este pintor, cuando son muy distintas en su ejecución y en su colorido á todos los demás cuadros del pintor extremeño. Así como el Pablo que está

(1) Catálogo provisional, historial y razonado, del Museo Nacional de Pinturas, pág. 191 y vuelta. Por D. Gregorio Cruzada Villamil.

(2) Catálogo de 1862.

en el presbiterio es indiscutible de Morales, las cuatro tablas de la sacristía mayor, ó llamada de los canónigos, no creemos que sean del mismo. Sin embargo, están muy restauradas, y por mano inesperta, y esto hará, tal vez, que hayan perdido los principales caracteres que pueden denunciar el origen de su autor. Reseñaremos, no obstante, estos cuatro cuadros, para que se vea cómo hasta el asunto de ellos es extraño á Morales.

Uno representa *La Anunciacion de Nuestra Señora*. En el lado izquierdo está el Arcángel San Gabriel en figura de mancebo que de pié hace la salutación á María, que está á la derecha sentada con un libro en la mano, y suspende, al parecer, sus oraciones, y con la vista baja, recibe la feliz nueva. Este cuadro, restaurado en gran parte, hace poco, ofrece hoy escaso mérito.

A su izquierda, otra tabla, que representa la *Adoracion de los Reyes*. Estos, conducidos por la estrella del Oriente, son guiados hasta el Niño-Jesús. Están postrados en tierra y con acompañamiento de lujosa servidumbre. En su fondo se vé un magnífico interior de exquisita arquitectura. Casi toda perdida esta tabla, fué restaurada cuando la anterior en su mayor parte, y por muy poco se conoce hoy quién pueda ser su autor.

Frente á la anterior está otra tabla, que representa á *María SS con Jesús en sus brazos*, muerto, en medias figuras, de tamaño natural. Su rostro expresa con toda verdad el dolor que sufre como madre del Cordero, siendo su cabeza perfectamente acabada, y el cadáver de su hijo ofrece, en representación al arte, un buen estudio anatómico.

También la cabeza de éste, así como su barba, es de las obras más admirables de su excelente autor, por lo cual parece más que los anteriores de Morales. En el fondo se ven unas ruinas entre las cuales se aparecen dos figuras á cierta distancia que á no dudar deben ser José y Nicodemus. Este cuadro, es mejor que los anteriores.

A la izquierda de este, y frente á la *Asuncion*, de que hemos hecho mérito, en otra tabla tan pesada como las anteriores, se ofrece al espectador un *San Francisco de Asis*, en figura de cuerpo entero, que arrodillado y como en éxtasis, levantadas sus manos, recibe la impresion de las llagas. Inmediato y á cierta distancia, sentado y dormido, se halla un acompañante de la misma orden. En el fondo se divisa una ciudad algo distante; antes de su compañía se dibuja un pozo y dos diablos de figuras extrañas que se entretienen en sacar agua. Este cuadro, como el anterior, han sido restaurados en época anterior: su dibujo claro-oscuro y color es bueno, siendo mejor que los anteriores.

Es lastima que el segundo y tercer cuadro de estos que mencionamos mandase el cabildo restaurarlos á mano tan torpe como la de D. Diego Florindo, pues han perdido todo su mérito.

Y ahora suplicamos á la comision encargada para vigilar los cuadros de esta Catedral, que para otra vez miren antes la clase de pinturas que mandan restaurar, pues sucede comunmente que los extraños al arte suelen apreciar lo que nada vale, y nada ven donde existe el mérito. Lo decimos esto á propósito de haber oido elogiar la medida adoptada por el cabildo, cuando se procedió, bajo la direccion del canónigo D. Juan Caballero, á la restauracion de un gran número de cuadros originales que existen en ese templo, y cuyo mérito lo han perdido desde el momento en que el pincel extraño ha tocado á las figuras.

Como observará el lector el asunto de estas cuatro tablas no era de lo más marcado para Morales; pero á pesar de las dudas que tenemos sobre la paternidad que pueda haberle á este autor, en dichas cuatro obras, las han clasificado ya Pons y Cean Bermudez, y sin atrevernos á decidir sobre esto dejamos la cuestion bajo la responsabilidad de ambos autores, muy doctos ciertamente, no menos eruditos, y por tanto muy respetables para nosotros.

Y con esta última consideracion, creemos haber dicho lo bastante sobre la época, la vida, los cuadros y la escuela de Morales, principales puntos que nos proponíamos esclarecer en este trabajo. No terminaremos sin consignar aquí que, en 1865, acudimos con una razonada exposicion al Ayuntamiento de Badajoz, pidiendo que la Corporacion municipal erigiese un monumento á Morales, como gratitud que la patria debe al hijo ilustre que tanto le honra. Pasaron años sin saberse la suerte que le cupo á nuestro pobre escrito, y cuando el año anterior registrábamos papeles viejos en el archivo municipal, nos encontramos con el libro de actas del año de 1865 y la de su sesion del 13 de Noviembre, que dice lo siguiente:

«Juan de Morales, (primera equivocacion): Se dió cuenta de una solicitud (exposicion) de don Nicolás Diaz y Perez, pidiendo se eleve un monumento á la memoria del pintor D. Juan de Morales, (otra vez Juan, en vez de Luis), natural de esta ciudad, y el Ayuntamiento acordó pasase á la Comision, para que expusiera.»

Hasta ahora nadie ha expuesto una palabra. Conviene, sin embargo, saberse aquí, que los concejales que tomaron tal acuerdo fueron los señores Vaca, García, Patron, Pacheco, Perez, Cuesta, Coronado, Dominguez, Blanco, Cotrina, Pessini y Falcato.

Ni una palabra más.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

LA FUENTE Y EL MAR.

(PENSAMIENTO DE VICTOR HUGO.)

Junto al mar, de un peñasco brotaba
Fuente humilde que en él destilaba
Gota á gota su limpio cristal,
Y le dijo la mar espumosa:
—¿Quién te manda arrojar, lacrimosa,
En mi seno tu pobre caudal?
La borrasca en mis ondas palpita;
La frontera del cielo limita
De mi imperio la vasta extension.
¿Necesito tus aguas acaso?
Si el diluvio fué gota en mi vaso,
Para mí tus cristales, ¿qué son?
—¡Vasto mar!—contéstole la fuente,—
Sin alarde y con mansa corriente,
De mis perlas yo te hago merced;
Porque falta en tus olas bravías
Lo que encierran las lágrimas mías:
Una gota que apague la sed.

UN SONETO DE BOCAJE.

Misero corazon, que tu tormento
Y tus ansias recónditas devoras
Sin que salgan vibrantes y sonoras
De la muda region del pensamiento,
Infeliz corazon, recobra aliento,
Seca la inútil lágrima que lloras,
Te cebas en tu mal, porque demoras
La explosion de un dichoso atrevimiento.
Inflámese tu voz, que el miedo enfria;
Un bien tan suspirado y tan temido,
¿Cómo se ha de alcanzar sin osadía?
En vencedor conviértase el vencido;
¡Fuera el respeto, atrás la cobardía!
¿Mueres callando? Muere de atrevido.

LAMENTO.

(IMITACION DE T. GAUTIER.)

¿Viste la blanca tumba
Donde, oscilando, flota,
Con ritmo quejumbroso,
Del fúnebre ciprés la oscura sombra?
En sus dolientes ramas
La cándida paloma,
Al caer de la tarde,
Arrulla dulcemente, triste y sola.
Tiene su extraño arrullo
Ternura contagiosa;
Grato y punzante á un tiempo
Acaricia y desgarrar, canta y llora.
Es como el eco vago
De enamorada estrofa,
Que, suspirante, un ángel
Canta, del cielo en la region ignota.
Dijérase que el alma,
Despertando en la fosa,
Al unísono gime
Con la tierna cancion de la paloma.
Que, por verse olvidada,
Negro pesar la agobia,
Y en quejumbroso arrullo
Exhala dulcemente sus congojas.
De la cancion aquella
Meciéndose en las ondas,
Lentamente renace
Un recuerdo que aflige y nos trastorna.
Y en los trémulos rayos
De un haz de luz marmórea,
Surge de pronto envuelta
Vision extraña de celeste forma.
Las flores entreabiertas
Esparcen sus aromas,
Y el radioso fantasma
Os dice: «¿Volverás á ver la fosa?»
¡Oh, nunca! cuando caiga
La tarde melancólica,
Visitaré la tumba
Donde el ciprés espere negra sombra.
Para escuchar el canto
Que en sus ramas entona,
Con ritmo quejumbroso,
Dulcemente la cándida paloma.

LUIS ROMERO Y ESPINOSA.

REFORMAS DE LOS FERRO-CARRILES.

SUPERIORIDAD DE LA VIA ESTRECHA Á LA ANCHA.
Los ferro-carriles del porvenir.

VII.

Estas opiniones están, pues, conformes con las de MM. Pihl y general Buell, asignando una diferencia de 23 por 100 en favor de la vía estrecha y sobre el coste de la vía ancha.

Tanto es así, que M. Fox, refiriéndose al ferro-carril citado, añade: «Dado caso de que una vía estrecha de 3 piés 6 pulgadas, costase 15 000 pesos por milla, una vía de 5 piés 6 pulgadas, bastante fuerte para aguantar el material móvil de las líneas principales, costaría 23.000 pesos por milla:» probando la experiencia de este ingeniero y la de otros, relativamente al coste de líneas de an-

chos diversos construidas en Francia, Noruega, India, Australia, América del Norte y del Sur, que es exacto ese presupuesto comparativo del coste; y lo confirman los presupuestos calculados por M. Reid y M. Shanly para un ferro-carril de 5 piés 6 pulgadas de ancho, desde Guelph á Mount-Forest. Esta línea, que he inspeccionado personalmente, es como nuestra línea de la Mancha, desde Aranjuez á Venta la Encina, sin puentes, llana, «de construccion endeble», y ha costado cerca de 16.000 pesos por milla, sin material móvil; añádanse 2.000 pesos para el coste del material móvil para vía estrecha por milla, y del precio de 20.000 pesos, fijado por M. Shanly, no quedan más que 2 500 pesos por milla para cubrir el gasto que ocasionaria la notable diferencia en las obras de tierra y construccion de puentes en la otra vía (la estrecha), y para lograr que fuera la construccion sólida, aunque lijera, en lugar de ser «endeble». Todos esos ingenieros citados y otros muchos, están conformes y convencidos de que si se construyesen los ferro carriles en conformidad con lo que aconsejan la ciencia y la experiencia de hace ya más de quince y veinte años, serian capaces de satisfacer todas las exigencias de los distritos por donde pasan, produciendo al mismo tiempo una economía tal en la construccion combinada con tal bondad en los materiales, como no se hubiera podido conseguir, ni se con seguirá jamás, con la vía más ancha y lujosa.

Estas observaciones se confirman también por los resultados posteriores á las fechas de 1870, en que se hicieron las anteriores; puesto que si se compara el ferro-carril de Toronto, Grey y Bruce, de 3 piés 6 pulgadas, que costó 13.000 pesos por milla, sin material móvil, con un ferro-carril ordinario de 5 piés 6 pulgadas, construido sobre el mismo trayecto y que hubiera costado 21 000 pesos por milla, daría por resultado una economía de más de 30 por 100 en favor de la línea terminada de 3 piés 6 pulgadas, y de un 27 por 100 sobre una línea de 4 piés 8 y media pulgadas, que tuviese un presupuesto de 17 800 pesos, y como el balasto, material fijo, etc., ocasionarian algun gasto más que el de las obras hasta la superficie de la vía, resulta que la economía sería siempre de un 25 por 100, por lo ménos, que es aún mayor que la que afirma el general Buell que pudo conseguir en el ferro-carril del Texas Pacific.

Pruebas más recientes aún, las hay en el ferro-carril de Méjico al Colorado, de 3 piés de ancho y 14.000 pesos por milla completa, exceptuados los distritos montañosos, y en estos ha costado la milla 16.000 con estaciones, rotondas para máquinas, talleres, coches, barracas para la nieve, etc., mientras que el del Kansas Pacific, de ancho de 4 piés 8 1/2 pulgadas, trazado por los mismos ingenieros, y construido por los mismos contratistas sobre idéntico terreno, ha costado 22.000 pesos por milla, lo cual da una economía de más de 33 por 100.

M. Pihl dijo, en un viaje que hizo á América en 1871, «que había adoptado ese ancho de 3 piés 6 pulgadas, con preferencia á otro menor ó mayor, después de convencerse, por medio de cálculos minuciosos, que con él se puede conseguir, y no con otro, en grado superlativo, capacidad, comodidad, eficacia y seguridad con el menor gasto posible de construccion, explotacion y conservacion, y el mayor efecto útil. Si, por otra parte, se reduce el ancho á 3 piés ó ménos, cree el Sr. Pihl que la vía pierde en solidez, comodidad y economía, mientras que con el ancho de 4 piés 8 1/2 pulgadas aumentan los gastos en muchas partidas, sin verificarse ningun aumento de efecto útil correspondiente. El ancho de 3 piés 6 pulgadas, es la base que sirve de norma para determinar las proporciones de las diferentes obras y del material fijo y móvil que se necesita para el tráfico. Por manera, que si se ajusta el tamaño de la locomotora de modo que no haya más que una presión de 3 1/2 toneladas sobre cada rueda motriz, los terraplenes, puentes y carriles podrán ser más ligeros, siendo menor á la vez el gasto de reparacion de estos importantes y costosos elementos de un ferro-carril. No se debe incluir el coste de los talleres, estaciones, plataformas, etc., etc., en los gastos de explotacion, como hacen los contrarios nuestros; pues no teniendo que ver nada con el coste de vía alguna, deben dejarse á un lado; y si se tiene en cuenta ese elemento de estaciones, etc., debe ser solo para hacer ver y constar que, cuanto más estrecha sea la vía, ménos anchura tendrán los edificios, talleres, plataformas, etc., lo cual (siendo idéntica la estructura) dará por resultado una economía más en la construccion de los mismos.

«Que en cuanto á la explotacion, la comparacion del coste entre ambas vías se puede hacer con más facilidad, tomando, por ejemplo, un tren mixto con tres coches de viajeros con asientos para 96 viajeros, pero no habiendo más que 60 personas en ellos y 14 wagoes de mercancías sobre una vía con una pendiente normal de 1 por ciento.

«En Noruega los coches de viajeros de vía estrecha pesan 4,1 toneladas, los wagoes de mercancías 3,3 toneladas, y las locomotoras 16: si el peso de cada viajero es de 140 libras, y el de la carga de mercancías 70, tendremos un total de 148 1/2 toneladas para la vía estrecha. En la ancha de 4 piés 8 1/2 pulgadas, los tres coches de viajeros pesarian 6,4 toneladas cada uno, que hacen 25,6 toneladas, los de mercancías 4,3 tonela-

»das, que hacen 60,2 toneladas, la máquina 20 toneladas, y si añadimos las 140 libras para el peso de cada viajero y las 70 toneladas para la carga de mercancías, tendremos un total de 173 1/4 toneladas ó sea un 18 por 100 de economía en fuerza motriz con la vía estrecha, cuyo resultado puede ser aún más favorable y llegar al 20 y 25 por 100 en el sistema de material móvil americano y otros»

Reasumiendo diré: que se puede afirmar en tesis general, que la vía estrecha se puede construir por una tercera parte menos próximamente que la vía ancha; por haber en la construcción de las obras de fábrica y explanación, una diferencia en favor de aquella de más de un 30 por 100.

La primera y última razón que en apoyo de la preferencia de la vía estrecha damos, «es, que en la construcción del material fijo (pues en lo concerniente al material móvil ya hemos demostrado con prolijidad en los artículos anteriores, que la economía es de un 50 á un 55 por 100 del coste de la vía estrecha, que viene á ser una economía efectiva de más de una tercera parte), habrá una diferencia de un 45 por 100 del coste de la vía estrecha, ó con otras palabras, que la economía efectiva será de un 33 por 100 próximamente, ó sea de una tercera parte.»

De tres elementos consta este grupo, á saber: 1.º, de los rails, 2.º, de las traviesas, 3.º, del balasto

El peso de los rails para una línea de 3 pies, 6 pulgadas, es bastante menor (y en esto estriba precisamente la mayor parte de la economía) que el de los que se necesitan para una línea de vía ancha, de 4 pies 8 y 1/2 pulgadas; pues el peso por rueda motriz que da el peso por rail es menor usando máquinas del sistema Fairlie, como lo hemos demostrado ya en otros artículos, y por eso en lugar de pesar cada carril 64 libras, sólo se usan los de 35 á 45 en la vía estrecha. En las traviesas puede hacerse otra reducción parecida y usar las de 6 pies de largo por 8 pulgadas y por 4 pulgadas en vez de las de 9 pies por 9 pulgadas y 4 y 1/2 pulgadas que se emplean en una vía ordinaria; y á su vez se podrá reducir el balasto á consecuencia de la menor presión que ejerce sobre él el rail por medio de las traviesas, y con 6 pulgadas de espesor. La economía en los materiales de estas obras, será la siguiente: En rails un 30 por 100; en traviesas 48 por 100, á 10 dineros ingleses cada una; en balasto 50 por 100 por ser menores los taludes de los desmontes y terraplenes; de cuyas diferencias se obtiene una diferencia media bastante para confirmar la asercion del general Buell. Por otra parte, el coste de los soportes, eclisas, clavos, tuercas, plataformas, señales, discos, depósitos de agua, gruas, etc., etc., sería el mismo en ambos casos, y este grupo ó partida además es de poca importancia. El coste aproximado de los rails para las vías de 4 pies 8 y 1/2 pulgadas, sería de 9.500 pesos por milla, el de las traviesas de 1.500 pesos, y el del balasto de 3.000 pesos. Con la vía reducida de 3 pies 6 pulgadas, esos guarismos se reducen respectivamente á 6.650 pesos, 870 y 1.680, lo cual equivale á una economía total en su presupuesto de 34 por 100: cada traviesa para vías de 4 pies 8 y 1/2 pulgadas, vale en moneda inglesa 2 chelines y 8 peniques, y las de vía estrecha salen á 10 dineros porque los madereros desperdician menos madera con las de vía estrecha que con las de ancha, y pueden usar maderas de roble de menores dimensiones; en una milla de vía sencilla entran 2.412 traviesas; de modo que á esos precios, la comparación sería la siguiente:

Para la vía de 4 pies 8 y 1/2 pulgadas, 2.412 traviesas á 2 s 8 d, igual á 281 libras, 12 s.

Para la vía de 3 pies 6 pulgadas, 2.412 traviesas á 10 d, igual á 88 libras.

Por manera, que siendo la economía en el material de un 48 por 100, el coste efectivo sería bastante menos de una tercera parte.

Dedúcese de todo esto que la economía que calcula el general G. P. Buell está tan puesta en razón como la que atribuye á las obras de explanación y de fábrica; y es de un 32 á un 33 por 100.

Así tendremos, pues, una vía construida con 14 1/2 pulgadas menos de ancho que la vía ancha, con una superficie más estrecha, declives más pendientes, curvas más rápidas, rails más ligeros, traviesas y balasto más reducidos y reducido, y por tanto se me podrá argüir por algún contrario de menos resistencia y eficacia que una vía ancha, y á esto contestaremos que sí puede ser verdad si se empeñan esos señores en considerar la vía estrecha tan sólo como una vía ancha en menor escala, es decir, como una *vía ancha ligera*, pues en este caso es cierto que su eficacia, capacidad y resistencia, disminuyen en una proporción mucho mayor que la disminución en el ancho, porque si se usan locomotoras de los tipos ordinarios, los rails ligeros y el espacio estrecho que los separa, disminuyen la fuerza motriz, las pendientes influyen aun más en el peso en movimiento, y las curvas rápidas pueden exigir también que sea menor la base de sustentación, y esa línea sería completamente inútil salvo los casos de poquísimo tráfico, largas distancias y poca velocidad como la del valle de Broethal de 2 pies 7 pulgadas ya citada. Lo que se necesita, pues, son vías estrechas bien construidas, y material móvil del sistema Fairlie, y entonces los resultados prácticos serán infalibles y beneficiosos para los accionistas y el público.

Daré aquí los resultados obtenidos en la práctica, citando al mismo tiempo las opiniones de eminentes ingenieros, con respecto á la economía exacta que se consigue con la adopción de una vía estrecha bien construida, en lugar de las ya acreditadas y llamadas «vías anchas ligeras.»

Ya he dicho que en Noruega M. Pihl logró construir ferro carriles de vía estrecha á 6.350 libras esterlinas por milla; que en el Canadá se han hecho á 13.000 por milla, sin material móvil para la misma; 18 y 20.000 pesos para la ancha: siendo 15.000 el de la vía ancha ligera en otras naciones con ancho de 5 pies 6 pulgadas, ó sea un 15 por 100 más que el de la estrecha, y un 32 por 100 en favor de ella si la vía ancha ligera fuese la de 4 pies 8 1/2 pulgadas, bajo las dos bases falsas de un mismo peso del rail (42 libras), que habia de llevar el material móvil de la vía estrecha, comparado con el mismo peso 42 libras del rail para la vía ancha, y de un mismo precio en el material móvil de ambas, las cuales, no siendo ciertas, producirían, si se tuviesen en cuenta, esas dos diferencias, más de un doble por ciento de economía, no olvidando siempre que en materia de construcción, de explotación y aun de conservación y reparación del material fijo y móvil, lleva gran ventaja la vía estrecha á la ancha, por la razón de que el peso en movimiento que tiene que soportar aquella, y aun el peso mismo de todo el material móvil, es tanto menor cuanto mayor es el peso muerto del material móvil de la «vía ancha ligera,» comparado con el de la vía estrecha.

Desean los contrarios nuestros, para convenirse de que es cierta la bondad de la vía estrecha sobre la ancha, pruebas prácticas en dos vías paralelas, cercanas, construídas bajo las mismas condiciones y sobre el mismo terreno; pues dentro de pocos, muy pocos años, las tendrán abundantes, se las daremos nosotros mismos, tal vez puede ser, y aun hoy podríamos hacerlo, si no nos llamaran más la atención trabajos urgentísimos de duración probable; pues el sistema de vía estrecha ha echado hondas raíces, sobre todo en América del Norte, en California, Montana, Utah, Méjico, el Colorado, Rusia, la India, la Australia, Francia, Prusia, y aun en España; y sobre todo, en los primeros países, muchos ingenieros que han hallado capitalistas y dinero para hacer ferro carriles de vía estrecha en todos los Estados y territorios, desde la costa oriental á la occidental, no lo hubieran hallado si hubiesen adoptado un sistema más costoso, que no diera ganancia inmediata posible, dando por resultado esa determinación entre la ciencia y el capital, la construcción inmensa de tan vasta red de comunicaciones, y la población y desarrollo de tan fértiles comarcas, á donde acude sin descanso el desbordado torrente de las emigraciones europeas.

Abreviaré esta ya demasiado larga serie de artículos que publico en la acreditada y bien reputada revista *La América*, porque sé que en España se viaja, se lee, se estudia, se trabaja y se compra poco, pues para ir á la zaga de casi todas las naciones en casi todos los ramos del saber, con pretensiones de potencia de primer orden, porque así le conviene á Von Bismarck, M. Molke y al emperador Guillermo de Alemania, Quijotes de las monarquías débiles contra una poderosa república, no se necesitan libros ni maestros de escuela pagados con 65 pasetas, mientras que hay obispos con 9.000 duros de sueldo y emolumentos, embajadores con 25.000 pesos y otro tanto de viático, y representantes de la justicia tan opíparamente dotados como si fuésemos tan ricos y poderosos como la Francia y la Inglaterra. Doy á continuación una reseña histórica de los ferro carriles de ancha y de estrecha vía, para dejar sentado que la adopción en todos los países del ancho de 4 pies 8 1/2 pulgadas, así como del de 3 pies, 3 ó 6 pulgadas no es el resultado de la casualidad, ó de la falta de estudio ó investigación.

Cuando M. George Stephenson concibió de los primeros, después de Watt y otros, la gran idea de adoptar la fuerza del vapor á los usos del tráfico sobre vías férreas, su pesadilla constante fué principalmente sustituir la fuerza del caballo, ó la fuerza animal, por la del caballo vapor; pues la idea secundaria de construir una vía y wagones, ó material del ancho más útil y económico, estaba ya realizada, puesto que en varios condados de Inglaterra habia vías de 4 pies 8 1/2 pulgadas, que por entonces parecían las mejores y más económicas para el uso de la tracción por medio de caballos; y aquel ingeniero, ni encontró dificultades para hacer adoptar su mecanismo, ni para introducir la nueva fuerza motriz en aquel ancho, y por tanto lo adoptó, lo hizo adoptar, lo propagó, abogó por él, y se inclinó siempre á defender los menores anchos posibles, como hombre de ingenio, amante del progreso, y de erudición en su larga vida, llena de peripecias. Se convirtió, pues, aquel ancho en el ancho normal de Inglaterra, y como las primeras locomotoras que se usaron en los Estados Unidos y aun creo que en Francia fueron construídas en Inglaterra, de allí pasó á ser también el ancho oficial y normal de esos países, y luego el de la Europa del Norte y del Mediodía, el de la India, Australia, etc.

Posteriormente, la cuestión de los anchos, sobre la cual ha habido en varios países batallas reñidas y discusiones acaloradas, fué sometida en Inglaterra al exámen riguroso de una comisión parlamentaria, ante la cual M. Brunel, ingeniero

francés naturalizado inglés, y otros de nombradía, abogaron en favor de anchos hasta de 15 pies, mientras que M. Stephenson y otros se pronunciaron en favor del ancho de 4 pies 8 1/2 pulgadas, el cual fué aprobado por último por la comisión.

En América, en una época posterior aun á aquella, la cuestión de los anchos fué discutida por algunos ingenieros eminentes ante la empresa de ferro carriles de Nueva York y Erie, la que después de oír á todos y prestar minuciosa atención á las discusiones, resolvió adherirse al ancho que tenia de 6 pies. En otras épocas las legislaturas del Ohio y Nueva Jersey, votaron leyes fijando el ancho de los ferro carriles de sus respectivos Estados en 4 pies 10 pulgadas, con objeto de impedir el cambio de su material móvil con el de otros Estados; cuya restricción ha sido eludida por el sistema de la *rueda de compromiso* ó de *llanta ancha* con la cual el mismo wagon puede recorrer la vía de 4 pies 8 1/2 pulgadas, y la de 4 pies 10 pulgadas.

En muchos Estados del Sur, y en el Canadá, se han adoptado en algunos casos el ancho de 5 pies 5 1/2 pulgadas.

Segun el texto original de la concesión otorgada á la empresa del ferro-carril *Union Pacific*, el presidente de la sociedad era el llamado á fijar el ancho de la vía, quien, por recomendación del ministro del Interior, que rogó al Sr. Seymour por estar entonces al servicio del Estado en Washington, le dijese el ancho que debería S. E. indicar al presidente citado, aceptó el de 5 pies, que aquel Congreso cambió luego en el de 4 pies 8 1/2 pulgadas, apoyándose en que todos los ferro-carriles afluentes del Este estaban construídos con aquel ancho y hubiera sido fatal para la empresa el variar de ancho en el rio Missouri.

En Francia, en el centro de Europa, en el Norte y en el Mediodía las discusiones con respecto á los anchos diversos entre los ingenieros oficiales al servicio del Estado, y los que no lo eran ó lo estaban al servicio de empresas han sido también laboriosas, y por último se adoptó el ancho de 4 pies 8 1/2 pulgadas, en casi todos los países del Mundo viejo.

Hoy debemos pedir ya á la altura á que se halla la cuestión, que se adopte para las líneas principales ó de primera clase, un ancho menor que ese de 4 pies 8 1/2 pulgadas, eligiendo entre los tres de 3 pies, 3 pies 3 pulgadas, ó 3 pies 6 pulgadas, por ser cualquiera de ellos mejor que el otro bajo todos los puntos de vista, y en mi sentir se debe adoptar el de 3 pies 3 pulgadas, dejando el de 3 pies para las vías secundarias.

El Sr. Seymour tuvo los siguientes motivos para recomendar el ancho citado de 5 pies en el *Union Pacific*. Este señor ingeniero creía entonces (más no sé yo si seguirá creyendo lo mismo hoy), que el ancho de 4 pies 8 1/2 pulgadas no es excesivo, y sí algo pequeño para que el material móvil de este ancho tenga la base necesaria, á fin de que resulte toda la economía y seguridad indispensables en el movimiento veloz de vías algo desiguales en la construcción y no muy llanas en América, así como la comodidad del viajero y espacio para colocar las mercancías de ese país. Esta desproporción entre el ancho de la vía y el del material móvil, ha nacido sin duda del afán de los administradores poco entendidos y demasiado ambiciosos de las vías de 4 pies 8 1/2 pulgadas, de acercarse en lo posible al ancho de los wagones de viajeros y mercancías que se emplean sobre las vías más anchas de 5 1/2 y 6 pies, á fin de ofrecer (siquiera fuese aproximadamente), la misma comodidad á los viajeros y la misma capacidad en los wagones de mercancías que suelen tener las vías más anchas; y haciendo esto creo que han pasado del límite de la seguridad y economía; y por lo mismo, una vía de 5 pies colocada debajo de dicho material móvil, corregiría en parte aquella falta; y el Sr. Seymour, considerando que la gran línea de exploración desde el rio Missouri hasta el Pacífico, no tendría, al menos en muchos años, competidora alguna, y que por lo tanto, podría fácilmente cubrir los gastos de explotación y conservación de su propio material móvil, creía y cree aun hoy, que no debía vacilar, y no vaciló, en aconsejar que se adoptase el ancho de 5 pies. Suponia además dicho señor, que una vez completada aquella vía, tendría que entrar en competencia directa, para el desempeño del gran tráfico, á través del continente americano, con los ferro-carriles *Central Union*, y *Kansas Pacific*, los cuales hace ya bastantes años que están en explotación, y con sus numerosas ramificaciones al oriente del rio Missouri, forman líneas no interrumpidas entre la costa del Pacífico, y en San Francisco de California y los puertos comerciales del litoral del Atlántico. El ferro-carril *Northern Pacific*, ya construído desde Ponget Sound, sobre el Pacífico, hasta los grandes lagos interiores, desde donde le pone en comunicación con el litoral del Atlántico, un sinnúmero de líneas afluentes, es fuerte competidor hoy para el inmenso tráfico de aquél.

El ferro-carril Canadá Pacific, construído también, forman una línea no interrumpida desde Ponget Sound, hasta el centro de la navegación de vapor trasatlántica, situado sobre el rio San Lorenzo en Quebec; siendo este otro formidable competidor de la línea citada arriba para el tráfico á través del Continente; y todas estas líneas tienen un ancho constante de 4 pies 8 1/2 pulgadas en toda su extensión, que son cientos de millas de océano á océano.

Por lo tanto, el ingeniero Seymour, que consideraba como absolutamente indispensable é incontestable el argumento comercial en favor de un ancho constante de la misma dimension sobre el ferrocarril Texas Pacific, que se extiende desde San Diego, situado en la costa del Pacifico, hasta el rio Missisipi, y de allí por medio de líneas afluentes al Oceano Atlántico, y lo consideraba tal, no porque se puede defender aquel argumento con razones científicas y abstractas, sino por la razon mucho más práctica de que esta teoría de la fusion de los anchos, lo mismo que la de los materiales móviles, llegó á ser en la América del Norte en la época que yo la visité y residí algun tiempo, el sistema popular de aquel país, mirado con benevolencia por los capitalistas que daban el dinero para construir líneas de esa magnitud, sino por los que suministraban el tráfico para explotarlo despues de construídas, aconsejó que se adoptara en la construcción de aquel ferrocarril del *Union-Pacific* un ancho de 5 pies, para que los capitalistas no vacilasen en adelantar los fondos necesarios para su construcción, y no hiciesen lo propio los grandes fabricantes, negociantes é industriales y el público que viajase por él despues de terminado.

P. C. CALVO Y MARTIN.
Ingeniero civil.

(Se continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA.

INDUSTRIAS QUÍMICAS.

En nuestra *Crónica* anterior empezamos á examinar ligeramente el curioso artículo de Mr. Sorel, y apuntamos algunos datos referentes al azufre: hoy terminamos este breve estudio con algunas notas referentes al salitre y á la sal marina: El salitre empleado en la industria proviene, ya de fenómenos en actividad permanente (salitre de la India, criaderos naturales ó artificiales), ya, y sobre todo, de yacimientos debidos á causas desaparecidas.

Tal es el salitre de Chile ó nitrato de sódio, que se encuentra con abundancia en el Perú, provincia de Tarapaca, entre los 19° y los 20° de latitud Sud. En esta provincia hay una meseta desierta (*pampa negra*) limitada al N. por los Andes, al O. por una cadena litoral que por término medio no tiene más de 1,700 metros sobre el nivel del mar. Esta cadena está únicamente formada por granitos y pórfiros. En su vertiente occidental están situadas las calicheras, inmensos yacimientos que se extienden hasta la region de las altas mesetas y cubren más de 16 000 hectáreas.

Se exploró el desierto de Atacama, en Bolivia, y las investigaciones trajeron en 1873 el descubrimiento de las calicheras de Toco, en la orilla izquierda del rio Loa, y de las Salinas, bajo el trópico de Capricornio. En estos desiertos se crearon algunos centros industriales.

Parece que los yacimientos de salinas han debido ser lavados en parte por grandes lluvias ó por las aguas que descienden de la Cordillera, como lo indican las innumerables brechas en forma de embudo, practicadas en la capa que recubre el calicho y el lecho, fácil de reconocer, y una vía de agua que debió correr antiguamente desde las Pampas de Salinas (120 metros de la costa) hasta una cubeta formada por la vertiente oriental de las colinas, á 24 kilómetros de Antofogasta. Aquí las aguas salitrosas se evaporan poco á poco, y forman el yacimiento del Carmen, que descansa directamente sobre el pórfiro y está recubierto por una capa de arena de algunos centímetros de espesor, que debió ser llevada allí por los vientos S. E.

En Chile, nuevos yacimientos descubiertos en 1876 hicieron concebir grandes esperanzas; pero su estudio demostró que su valor era muy poco. Las calicheras son muy extensas; pero su potencia es generalmente mínima, ó bien cuando su espesor aumenta, la cantidad de calicho disminuye.

La investigación de los yacimientos de nitrato no necesita sondeos, porque se distinguen inmediatamente por la ausencia de phonolitos que cubren en otras partes el resto de las pampas, y por la presencia de piedrecitas casi yusta-puestas.

Una vez descubierto un yacimiento hay que preocuparse ante todo del agua, condicion indispensable á la explotación. La falta de agua impide explotar yacimientos muy ricos á veces. En cuanto al combustible se lleva de Inglaterra ó de las minas de Chile.

En las diversas calicheras la capa salitrosa tiene una potencia que varia de 0,20m. á 5m., pero que, por término medio, es de 1m. Generalmente está cubierta por una capa arenosa muy delgada, luego de una banda bastante dura, cimentada por la arcilla que se hace salifera en la inmediacion de la capa salitrosa.

A veces se hallan dos capas de calicho superpuestas; en este caso la primera es sobre todo rica en salitre, la segunda en sal marina; en algunos puntos falta el salitre por completo. El calicho reposa habitualmente sobre una capa de sal ordinaria, y rara vez sobre la tierra de arcilla.

El calicho y la banda salifera que la cubre tienen una dureza considerable.

Varias hipótesis explican la formación de estos vastos yacimientos en la América del Sur: por la acción, sobre las rocas, ricas en silicato de sódio, del ácido nítrico formado por la oxidación di-

recta del *áero* atmosférico bajo la influencia de las descargas eléctricas, tan frecuentes en la region de los trópicos; por la combustion lenta de grandes yacimientos de guano, porque se hallan en el calicho lechos delgados de guano que huelen fuertemente á amoniaco por la descomposición de los gases.

Esta última teoría se debe á M. G. Longhein, que vé en el pretendido guano calichos de guano en descomposición, abrigado por alguna causa contra la acción atmosférica. Tiene por base los fenómenos de levantamientos de que es teatro la América del Sur.

Parece que la meseta ocupada por los yacimientos de salitre, debió precisamente formar el fondo de un mar. Levantándose poco á poco la tierra, y retirándose las aguas del mar, las algas que cubrían las colinas submarinas y sus vertientes quedaron en seco, ó en estanques de agua salada, que no hallando desembocadura, se evaporaron en las cañadas de la alta meseta. La materia azoada de las algas, en su lenta combustion bajo la influencia del oxígeno del aire, se oxidó dando ácido nítrico, y éste se combinó con las materias contenidas en el agua salada. Más tarde, las aguas que venian de la cordillera pueden haber transportado las sales á las mesetas inferiores, donde otra vez se evaporaron. La sal en bruto llevada á las mesetas bajas por la acción del agua es tierna y porosa; la de los yacimientos elevados, densa y dura, tiene mayor parte de nitrato y en ella se hallan más combinaciones ioduradas de la potasa. Y ya se sabe que las algas son siempre ricas en potasa y iodo.

El agua del mar es, como se sabe, la fuente inagotable de la sal. No solo se deja explotar hoy por la evaporación, sino que tambien en el pasado ha formado esos considerables hacinamientos de sal gemma que se saca de todos los terrenos terciarios y aun de otros más antiguos, algunas veces absolutamente puros, con mas frecuencia mezclados á la arcilla, el sulfato de cal y sales alcalinas alcalino-terrosas.

Casi todas las regiones del mundo poseen yacimientos de sal gemma. Generalmente se explota por medio de pozos y galerías como los demás minerales. Se sacan los blocs de las minas lo más á menudo, dividiendo la masa por la acción de chorros de agua proyectados bajo una gran presión. La sal en la roca es cristalina, de un grano más ó ménos fino, y á veces filamentosa.

La de gemma es trasparente cuando está formada de cloruro de sodium casi puro; pero la mayor parte de ella es opaca, gris, verde ó roja, y á veces azul-azul, coloracion que se debe á la presencia, en la roca, del sulfato de sal y materias bituminosas. Esta sal encierra generalmente en su masa cavidades que contienen, ya agua salada, ya hidrocarburos volátiles ó gaseosos que parecen encerrados bajo una gran presión. Esto es lo que explica la decrepitation que se observa en algunas muestras, calentándolas en la mano ó disolviéndolas.

La sosa y las sales de sosa son las mejor estudiadas en el libro de M. Sorel. La sosa del comercio es, sobre todo, artificial; pero la sosa natural existe en las mezclas salinas, cuyo elemento dominante es el carbonato de sosa, producidas por eflorescencias del suelo, comunes en Egipto más que en otro punto del globo.

Al O. del Nilo, en el bajo Egipto, en las cercanías de Memfis y Hermópolis, hay un valle arenoso, á un nivel más bajo que el del rio, y cuyo fondo está cubierto de lagos poco profundos. Debajo de la arena hay una capa arcillosa de un espesor de cerca de 6 m., que contiene carbonato de cal y sales de sosa. Los desbordamientos del Nilo alimentan, por filtración, estas depresiones, y el agua llega allí cargada de las sales que ha disuelto en el camino, y que son, en proporciones variables, el carbonato y el sulfato de sosa y el cloruro de sodium. Durante los calores del verano, estos lagos pierden por evaporación más agua que reciben. Los más pequeños se secan completamente, los otros parcialmente hacia las orillas, donde forman capas cristalinas de 40 á 50 centímetros. Estas capas, arrancadas de allí por medio de grandes pinzas, y puestas á secar más tarde y transportadas en camellos hasta el Nilo, son embarcadas aquí, y de este punto se desparraman por todo el Oriente, que no consume más sosa que la que tiene esta procedencia.

LA COMISION FRANCESA DEL CÓLERA.—Como es sabido, á propuesta del sábio Mr. Pasteur el Gobierno francés nombró una comision que fuera á Egipto para estudiar las causas del cólera. Hoy podemos trasladar la comunicacion siguiente, presentada hace pocos dias á la facultad de Medicina de Paris por Mr. Strauss, en su nombre y en el de los Sres. Roux, Thillier y Nocard, individuos de la comision francesa.

«Cuando desembarcamos en Egipto el 15 de Agosto, los extragos del cólera llegaban á su máximo, pues ocurrían de 40 á 50 defunciones diarias en Alejandría. El doctor Ardouin, médico del hospital europeo, puso el personal á nuestra entera disposición, y debimos á su generosa hospitalidad cuanto hemos podido hacer. Tambien hemos encontrado un ilustrado auxilio en el doctor Sierra, encargado de un servicio del mismo hospital.

Llegan á 24 las autopsias que hemos practicado, y en este número entran 7 hombres y 17 mujeres, 5 de las cuales estaban en cinta ó eran recién-pari-

das. La persona más joven tenia 5 años, la más vieja 54 y la mayor parte de las autopsias se han hecho en individuos de 20 á 35 años de edad. Quince casos han sido de cólera fulminante, habiendo ocurrido la muerte en los términos de diez horas á tres dias: 9 casos fueron de cuatro á quince dias de duracion, con ó sin reaccion tifoidea. Pertenecian esas personas á distintas nacionalidades: italianos, malteses, griegos, austríacos y sirios; y no hemos podido practicar autopsia en individuos indígenas.

Una condicion preciosa para estos estudios, y que no hubiésemos podido realizar en Europa, ha sido la apertura de los cuerpos sin aguardar plazo alguno. En varios casos hemos podido practicar la autopsia inmediatamente despues de la muerte, y la autopsia más tardía no ha pasado de catorce horas. Se comprende cuantas ventajas hemos tenido con esto, ya para la investigación de los microorganismos patógenos, ya desde el punto de vista anatómico-patológico. Así estábamos á cubierto de las complicaciones de la putrefaccion, y las lesiones que descubríamos debían considerarse únicamente como dependientes de la enfermedad.

No insistiremos en las comprobaciones de anatomía microscópica, bien conocidas, tales como sequedad de los músculos, intestinos fluctuantes, sin gases, estado viscoso del peritoneo y de otras serosas, distension de los grandes troncos venosos, etc., etc., y solamente mencionaremos la abundancia de líquido céfalo raquídeo, contrastando con la sequedad general del cuerpo.

Los síntomas y las lesiones anatómicas del cólera son tales, que en el intestino es donde hay que buscar el microbio, que se supone ser causa de la enfermedad. El exámen microscópico de las sillas características de los coléricos, ó del contenido del intestino, revela la existencia de gran número de organismos. Pertenecen á diferentes variedades: bacterias de distintas dimensiones, unas inmóviles, móviles las otras; *micrococcus* aislados, pareados en zoogléa ó agrupados en cadenilla. Claro es que en presencia de tal variedad de organismos, es imposible distinguir y designar cuál debe ser con preferencia á otro la causa del cólera. El exámen de las materias vomitadas y del contenido estomacal acusa igual diversidad de microbios.

En su mayor parte, los copos riziformes contenidos en las sillas, están constituidos por cel lillas epiteliales, unas todavía aglutinadas, otras aisladas y en vías de desagregacion granulosa. El núcleo de la mayor parte de estas celdillas ha perdido la propiedad de colorearse por el carmin y por los colores de anilina.

Hemos practicado cortes en diversas porciones del tubo digestivo, habiéndolas examinado para descubrir los microorganismos en el espesor de las tunicas intestinales. Desde luego hemos comprobado la desaparicion casi completa del revestimiento epitelial, en parte, debido al alcohol empleado. El rebestimiento epitelial del cuerpo y de las glándulas de Lieberkiihn se ha conservado.

Los conductos de las glándulas tubuladas, la armazon conectiva de las vellosidades, el tejido conjuntivo intertubular y la submucosa en ciertos sitios, contienen microorganismos diversos, en cantidad variable, segun la porcion del intestino examinado, y segun la duracion de la enfermedad. Los organismos más numerosos son bacilas de aspecto y dimension variables; los hay largos y delgados y otros cortos y de gran diámetro.

Una forma muy frecuente consiste en una bacila de dos milésimas de milímetro de longitud, muy parecida por su aspecto á la bacila de la tuberculosis. En ciertos puntos, esta variedad de bacilas, predomina de un modo manifesto formando nidos ó hileras que invaden hasta la sub-mucosa sin llegar á penetrar en los vasos sanguíneos ni en la túnica muscular. Sin duda esta bacila es la que describe monsieur Koch en su relacion publicada el 13 de Octubre último en la Gaceta de la Alemania del Norte y que se inclina á considerar como el organismo característ. del cólera.

Existen además otras formas bacilares de dimensiones todavía más pequeñas; y por fin en varios sitios infiltrados en la mucosa, diversos micrococcus. Esta enteromicosis se acusa principalmente en la última porcion del intestino delgado, y en ciertos casos existe en el yeyuno.

La variedad de microbios comprobados en las preparaciones hace sospechar una invasion secundaria del intestino. Si existiese realmente entre alguno de estos microbios y el cólera una relacion de causa ó efecto, debería encontrarse en todas las autopsias de los coléricos.

Hemos observado la presencia de esos microorganismos en los casos de cólera que se han prolongado, acompañados de hemorragia en el intestino. En tres casos de cólera fulminante, en los cuales los cadáveres resultaron con el intestino más bien pálido que congestionado, nos ha sido imposible comprobar su presencia; y precisamente en estos casos fulminantes es donde debería revelarse la existencia del microbio en la mucosa intestinal, si fuese tal microbio realmente primitivo y característico.

Los ganglios mesentéricos, el hígado, el bazo, los riñones, sólo han dado resultados negativos desde el punto de vista de la existencia de microorganismos.

La sangre de los coléricos es negra y presenta los caracteres de una sangre infecta. Recogida en una pipeta, caen los glóbulos rápidamente al fondo y quedan cubiertos por una capa clara de suero que puede permanecer largo tiempo sin coagularse.

Otras veces, al cabo de cierto tiempo, forma la sangre un cuajaron. Al exámen microscópico, los glóbulos rojos se extienden bajo la lanceta y parecen pálidos, y del aspecto de la pez, sin ser aglutinantes. Aumentan en número los glóbulos blancos y se llenan de granulaciones brillantes.

P. RUIZ ALBISTUR.

FOLK-LORE.

LA PAVERA.

Cuento popular. (1)

Un rey de Castilla tenía tres hijas de quien era muy amado, y cierto día, estando con ellas á la mesa, díjolas:

—Ya que tanto me queréis, ¿por dónde me queréis tú? —preguntó á la mayor.

—Yo por el corazón.

—¿Y tú? —dijo á la segunda.

—Yo por el alma.

—¿Y tú? —dijo también á la tercera.

—Yo por el sabor de todos los manjares.

Quedóse el rey pensativo al oír esta última respuesta, y no alcanzando su significado, ó comprendiendo en sentido desfavorable la contestación de su hija más hermosa y á quien más amaba, empezó á atormentarla desde entonces, tanto, que resolvió matarla.

Vióse, al efecto, con el servidor ó paje de más confianza y hablóle así:

—Tengo una comisión que darte y espero desempeñes cual yo te diga.

—Siempre servidor leal fui de vuestra majestad.

—Y quiero que lo seas también ahora. Preparad un coche de paseo, y con mi hija más joven la infanta doña Ildara te vas á un sitio bastante retirado de la corte y allí la matas.

—Señor...

—Allí la matas, recoges su corazón y me lo traes, juntamente con el dedo pequeño de su mano derecha, en esta cajita que ahí tienes.

Pero al darle la cajita, y encargarle el mayor sigilo, contestó el servidor:

—¿Y es vuestra majestad quien me ordena asesinar á la infanta doña Ildara, á su hija más hermosa y más querida? Terrible comisión, señor, y causa grave debe haber que la motive.

—De su puntual desempeño tu cabeza me responde. Obedece y calla.

—Permitid os desobedezca.

—¿Eso dices?

—Pero no, señor, os obedezco, —añadió luego ante la feliz idea de que, si semejante comisión no aceptara y la encomendase el rey á otro, este mataría seguramente á la infanta, mientras él escogitaría medios para salvarla.

Obedeció, pues, y retiráronse cabizbajo, sin olvidar la idea cruzada por su mente de salvar la vida de la infanta, prepara el coche, y cuando el rey dispuso, salió doña Ildara elegantísima de su cámara, subió al carruaje con una perrita que siempre la acompañaba, y despues, el servidor ó paje.

Nada decía éste, callada iba también la infanta, mas observando, como á media hora, que el coche dejaba la carretera y por extraviados sitios se dirigía á una gran montaña:

—¿A dónde me llevas? —preguntó al paje.

El paje no respondió, y entonces, volviendo á hablar la infanta, dijo:

—¿Qué tienes que vas tan mudo y triste?

—¡Triste un paje en coche al lado de vuestra alteza!

—Algo me ocultas que yo no comprendo. El misterio de este paseo, la ocurrencia de hacerme el rey mi padre salir contigo sola, cosa es que me preocupa y no sé á qué atribuir.

Entonces el fiel servidor no pudo contenerse, y rompiendo á llorar, preguntó á su vez á la infanta:

—¿Qué hizo, señora, vuestra alteza para merecer el enojo del rey su padre?

—¿Yo? Nada.

—¿Nada? Algo grave debió hacerle cuando esta mañana me dió la horrible comisión de sacar á vuestra alteza de paseo, matarla donde mejor me pareciese, arrancarle el corazón y llevárselo, juntamente con el dedo pequeño de vuestra mano derecha dentro de una cajita que me entregó.

—Obedece, pues.

—Jamás, señora; jamás mataré á la hija de mi rey, y si esta comisión he aceptado, es con la idea de salvar á vuestra alteza y evitar la desempeñase otro á gusto de vuestro padre.

—Y, ¿cómo lo conseguirás, sin exponerte á que por causa mía ruede tu cabeza?

—Déjeme vuestra alteza á mí. Mataré la perrita que ahí duerme, sacarle el corazón, guardarlo en la caja que el rey me dió y... ¡oh casualidad! ¿No oye vuestra alteza doblar á muerto unas campanas?

—Sí; creo que en esa vecina parroquia.

—¿Quiere vuestra alteza quedarse aquí un rato sola mientras corro á esa parroquia?

—Y, ¿qué vas á hacer?

—De vuelta lo diré á vuestra alteza.

Marchó el paje y, enterado por el que tocaba de que el muerto era una joven, cuyo cadáver yacía depositado en la iglesia, llamó al campanero, dióle buena propina, entró junto al cadáver, cortóle el dedo pequeño de la mano derecha y, volviendo al lado de la infanta, mató la perrita, sacóle el corazón, guardólo en la caja, donde había guardado también el dedo, y dijo:

—Tengo ya, señora, cuanto deseaba, á fin de satisfacer al rey, sin matar á vuestra alteza; pues el dedo me lo ha pro-

porcionado el cadáver de una joven depositada en la iglesia de esa parroquia, cuyas campanas doblaban y siguen aún doblando á muerto. Empero, una cosa me atormenta.

—¿Cuál?

—Dejar á vuestra alteza abandonada en estos eriales, expuesta á cuanto malo pueda imaginarse y hasta á que, descubierta, acaso, mande nuevamente el rey matar á vuestra alteza y á mí por traidor.

—En cuanto á eso, véte sin pena, amigo mío. Inocente estoy y la Providencia que por tu medio quiere salvarme ahora la vida, querrá también salvármela en lo adelante. Pero, antes de partir, acepta este recuerdo mío.

Y le alargó una magnífica sortija que, enternecido besó y guardó el paje, separándose luego de la infanta, cuya voz, al despedirse, ahogaban lágrimas y sollozos.

Ido el paje con el coche y sola, enteramente sola, la infanta doña Ildara, buscó sitio donde pasar la noche y hallólo en el hueco tronco de un árbol viejo. Al amanecer, oró á Dios fervientemente y suplicó la facilitase modo de adquirir vestido humilde y ganar sustento, sin que persona alguna la conociese, que pudiera comprometer su vida.

A poco de haber orado, una pastora, vestida de pieles, que conducía un rebaño, descubrió en el desierto á la hermosísima doña Ildara, lujosamente ataviada y, tomándola por una aparición del cielo, se arrojó. Entonces la infanta, dijo:

—¿Qué haces, hija mía? ¿Por qué y ante quién te arrodillas?

—Ante vos, señora. ¿No venís del cielo?

—No, hija mía. Pertenezco á la tierra y soy más infeliz que tú.

—¿Más infeliz, tan bien vestida y hermosísima?

—Sí, y ya que el cielo te me presenta aquí, voy á pedirte un favor.

—Hablad, señora, que si en algo puedo servirlos, mi voluntad está pronta.

—¿Quiéres cambiar tu traje por el mío?

—Eso no, que el mío nada vale y mucho, sí, el vuestro.

—¿Quiéres vendérmelo?

—Tampoco; pero tengo cerca de aquí mi casa, en ella otro vestido de pieles mejor que éste y os lo regalaré.

—Admito el regalo: tráeme ese vestido y Dios te lo premie, pastora.

Trájola, pues, el vestido, y doña Ildara, alargando á la zagala un brazalete, dijo:

—Toma, en recompensa, este brazalete de oro y á nadie hables de mí.

—Gracias, señora, y quien quiera que seais, estad segura de que no faltaré á vuestro encargo.

Separáronse una y otra, despojóse la infanta de su rico traje, púsose el regalado por la pastora, y desfigurando, ensuciando su lindo rostro, fuese, cual mendiga, de pueblo en pueblo hasta Nájera, en cuya ciudad penetró, dirigiéndose allí al palacio del rey de Navarra, y preguntando á los dependientes si, como pastora, querían darla colocación.

Los dependientes, ante el aspecto súcio y mísero de aquella infeliz mujer, se echaron á reír; más, compadecidos luego y recordando que estaba vacante la plaza de pavera, llamaron á uno de los mayordomos: éste la hizo entrar en un espacio cláustro, al que daban algunas ventanas de palacio, llevándola al departamento de los pavos y, bajo recuento, se los confió, previniéndola que los tratase bien y ninguno se cayese en el estanque del cláustro.

La improvisada pavera, triste, muy triste siempre, iba y venía con los pavos, alejándolos del estanque y cuidando de que nadie la conociera, tanto que, si en tiempo de mucho frío subía á calentarse en la cocina, para más acreditar miseria y supuesta piojería, sacaba arenitas de sal, guardadas en el seno, y las arrojaba en la lumbrera, cosa que altamente repugnaba y daba asco á los cocineros. Algunas veces, sin embargo, acercándose al estanque, lavábase allí la cara, peinábase con esmero, vestíase el rico traje de infanta y, reflejando su cuerpo en el agua, creyéndose enteramente á solas, decía: «Pavitos, pavitos míos. —Venid corriendo hacia aquí. —Si el hijo del rey me viera, —se enamorara de mí.» Dicho esto, caía un pavito en el estanque y se ahogaba, tornaba ella á ceñirse el vestido de pieles, ensuciaba de nuevo el rostro y, desgreñada, subía á manifestar que un pavito se había ahogado en el estanque. El mayordomo, la primera vez que esto supo, díjola tuviese más cuidado; pero al ver que otras y otras acaecía igual desgracia, reprendiéndola ásperamente, diciendo que nunca á la anterior pavera había sucedido tal, y si volvía á sucederla, dejaba el cargo.

Un día preguntó el rey por la encargada de los pavos, y habiéndole expuesto el mayordomo que era en extremo súcia y torpe, que ya más de un pavo se la ahogara y convenía despedirla, dijo el rey:

—Todavía no: algo hemos de disimular, y así encargarla solo que tenga mucho cuidado.

Deseaban el rey de Navarra y su real familia informarse por sí mismos, y sin que la pavera lo advirtiese, de cómo aquellos ahogamientos ocurrían. En su virtud, mandó el rey que en las ventanas que daban al cláustro se colocaran celosías; y una deliciosa mañana del mes de Mayo, hora en que mil pajarillos cantaban en la enramada, grato aroma exhalaban las flores en los jardines, la naturaleza toda parecía que respiraba amor, á tiempo, en fin, que la pavera salía al campo con los pavos, asomáronse á las celosías, y siguiendo con los ojos á la pastora, observan que se lava y peina, deja su asqueroso vestido de pieles, cíñese otro elegantísimo, contempla la hermosura de su rostro en las aguas del estanque, y diciendo: «Pavitos, pavitos míos, —venid corriendo hacia aquí. —Si el hijo del rey me viera, —se enamorara de mí,» cae un pavito en el estanque y se ahoga.

El hijo del rey, que tal oyó en boca de aquella deslumbradora joven, siente emoción fuertísima y se desmaya. Acuden la reina, el rey y varios servidores en auxilio del infante, y lo conducen á su cámara, donde ocupa el lecho, y no tarda en delirar con la pavera, negándose á todo alimento. Pero al cabo de dos ó tres días, comprendiendo el médico y servidores que el enfermo se debilitaba, empenáronse en que alguna cosa había de tomar, siquiera no fuese más que un simple caldo.

—Sea, —dijo entonces el infante, —y que me lo sirva la pavera.

Admiróse semejante extravagancia, y contestó un mag-

nate: —¿Servir el caldo á vuestra alteza una mujer desgreñada y llena de cochambre! Eso, señor, daría lugar á mil habillitas en la corte, y deshonraría á vuestra alteza.

—Ella sola, y haced que venga pronto.

En fuerza de esta insistencia, y persuadidos de que el infante estaba loco, obedecieron, diciendo á la pavera se presentase inmediatamente para servir un caldo á su alteza el hijo del rey. Ella contestó en tono brusco que no se presentaba, que para desprecios bastaban los que en la cocina recibía de los cocineros, y además que su obligación en palacio era únicamente cuidar los pavos, á lo que repuso el mayordomo, alargándole un plato de oro con la tacilla del caldo:

—Cállese la miserable. El hijo del rey lo quiere; no hay más remedio que ejecutar sus órdenes.

Y al desgairre, y refunfuando, cogió el plato, entró en la cámara del infante, y con ademán fingidamente áspero le ofreció el caldo. El hijo del rey mandó lo pusiese encima de una consola, á los demás servidores que se retirasen; retiráronse, y solo ya con la pavera, dijo á ésta:

—Pasa á ese salón de enfrente y arréglate como al pie del estanque te arreglaste cuando el último pavo se ahogó.

—Señor... —respondió con ya meliflua voz.

—Lo exijo.

Obedeció la mujer, y saliendo á pocos instantes elegantísima y deslumbradora cual nunca, cogió con fina gracia el plato que estaba encima de la consola y presentó el caldo al infante. Hízola éste sentar á la cabecera de su lecho y también narrar su historia, que con interés oyó; propúsole luego si quería ser su esposa, á lo que sin melindres accedió ella; tocó seguidamente una campanilla, y acercándose á los servidores, dijo:

—Saludad á mi esposa, doña Ildara, infanta de Castilla.

Los servidores quedaron estupefactos sin saber á qué atribuir lo que en la cámara del infante había ocurrido; pues bajo ningún concepto podían imaginarse fuera mísera pavera la hermosísima dama que admiraban. Eralo, sin embargo, y como á infanta la saludaron.

Celebrada la boda con grandes fiestas, determinó el rey de Navarra hacer una visita al de Castilla; visita que doña Ildara no aprobó al pronto, recelosa de que su padre, conociéndola, la matara, y no sólo á ella, sino también al paje que salvado había su existencia; pero la tranquilizó el infante su esposo diciendo lo dejase á su cuidado y nada temiese de su padre.

Hízose, pues, la visita, llevando los de Navarra su cocinero mayor, al que encargaron preparase sin sal alguna de cada manjar un plato que sólo se serviría al rey de Castilla, en cuyo palacio se alojaron.

Todos en aquel palacio, apenas vieron el rostro de la novia, todos, incluso el paje salvador, creían ver á la desgraciada doña Ildara: el paje desde luego no abrigó duda de que ella era, y hasta las hermanas de doña Ildara y su padre, desconsolado y lleno de remordimiento por lo que había hecho con la hija más amada, á quien uno y otras suponían realmente muerta, aseguraban, si no fuese esto, que dicho rostro era el mismísimo de la infanta.

Llegada la hora de comer, y sentadas á la mesa sus magestades y reales familias departían entre sí alegres y comían con regular apetito, excepto el rey de Castilla, el cual, además de hablar muy poco, de cada manjar que le presentaban, no hacía más que probarlo y dejarlo con desvío.

Observó esto el infante de Navarra, y dijo al rey de Castilla:

—Magestad, ¿os sentís hoy sin apetito, ó está la comida mal sazónada? pues veo que no haceis sino probarla y dejarla.

—Creo que los cocineros se han olvidado hoy de ponerla sal.

—¡Ah! ¡El sabor de todos los manjares!

El rey de Castilla, al oír estas últimas palabras, se echó á llorar, recordando, ya la contestación de doña Ildara, ya el crimen con ella cometido. Sus hijas también lloraban.

Y entonces preguntó el de Navarra:

—¿Qué pasa aquí, majestad? ¿Qué os aflige, para llorar en día tan notable?

A lo que su majestad castellana contestó:

—El sabor de todos los manjares, díjiste. Esas palabras, infante, roban mi corazón y ellas fueron causa de que yo ordenase la muerte de doña Ildara, mi hija más querida.

—Y ¿qué daríais, rey, si os presentasen á esa hija?

—Imposible; ella ha muerto.

—¿Y si quiso Dios que no muriese?

—Imposible, repito. Hé aquí en esta caja, que siempre traigo conmigo y beso todos los días con ojos humedecidos, hé aquí su corazón y el dedo pequeño de su mano derecha.

—Veo todo eso; pero como para Dios no hay imposibles, si alguien os presentase aquí á esa hija, ¿qué le daríais?

—Mi corona de rey yo le daría.

—Entonces esa corona es para mí, porque esposa mía es la hija á quien llorais.

Y dirigiéndose á doña Ildara, profundamente conmovida, añadió:

—Señora, levantáos; abrazad y perdonad á vuestro padre.

Levantóse doña Ildara, estrechó contra su corazón al rey su padre, y lágrimas de amor y de ternura corrieron por las mejillas de entrambos y de cuantos á la mesa estaban. Llamóse luego al paje salvador; vino, y explicado que hubo los medios de que se valiera para no matar á la hija de su soberano, tendióle éste los brazos, tendiéndoselos también los novios y dijole despues el rey:

—Ahora pídemelo lo que quieras.

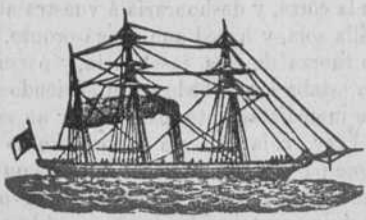
—Nada, señor, pido á vuestra majestad, sino que en su gracia me conserve; pues, como recompensa, bástame el regocijo que el desempeño de mi comisión proporciona hoy á vuestra majestad y reales familias de Castilla y de Navarra.

Por la copia,

A. MACHADO Y ALVAREZ.

(1) Este cuento fué oído hace muchos años en Pontevedra á un carabenero de aquella comandancia y natural de Aragón.

ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLÁNTICA.
(ANTES DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO, HABANA Y
VERACRUZ. SERVICIO PARA VENEZUELA, COLOMBIA
Y PACIFICO.

Salidas: de Barcelona los días 5 y 25 de cada mes; de Málaga 7 y 27;
de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

Los vapores que salen los días 5 de Barcelona y 10 de Cádiz admiten
carga y pasaje para LAS PALMAS (Gran Canaria) y VERACRUZ.

Los que salen los días 25 de Barcelona y 30 de Cádiz, enlazando con
servicios antillanos de la misma Compañía Trasatlántica, en combinacion
con el ferrocarril de Panamá y línea de vapores del Pacifico, toman pa-
saje y carga á flete corrido para los siguientes puntos:

LITORAL DE PUERTO-RICO.—San Juan de Puerto-Rico, Maya-
güez y Ponce.

LITORAL DE CUBA.—Santiago de Cuba, Gibara y Nuevitas.

AMERICA CENTRAL.—La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Car-
tagena, Colon y todos los principales puertos del Pacifico, como Punta
Arenas, San Juan del Sur, San José de Guatemala, Champerico y Salina
Cruz.

NORTE DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Pa-
namá á California, como Acapulco, Manzanillo, Mazatlan y San Francisco
de California.

SUR DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Pana-
má á Valparaiso, como Buenaventura, Guayaquil, Payta, Callao, Arica,
Iquique, Caldera, Coquimbo y Valparaiso.

Rebajas á familias.—Precios convencionales por aposentos de lujo.—
Rebajas por pasaje de ida y vuelta.—Billetes de tercera clase para Ha-
bana, Puerto-Rico y sus litorales, 35 duros.—De tercera preferente con
más comodidades á pesos 50 para Puerto-Rico y 60 pesos á la Habana.

SEGUROS.—La Compañía, por medio de sus agentes, facilita á los
cargadores el asegurar las mercancías hasta su entrega en el punto de
destino.

Darán detalles los Sres. Consignatarios de la Compañía.

En Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.

En Barcelona, los Sres. Ripoll.

En Santander, Sres. Angel B. Perez y Compañía,

En Cádiz, Delegacion Trasatlántica, Isabel la Católica, 3.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

DE
JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.^a

MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES.

3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia
biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50
pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victo-
riano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

EL BANDOLERISMO

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO
Y EX-GOBERNADOR DE CÓRDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro,
núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORIGENES.

Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola
un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE
SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores,
en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso
en oro.

BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA.

Préstamos al 6 por 100 en metálico.

El Banco Hipotecario hace actual-
mente, y hasta nuevo aviso, sus prés-
tamos al 6 por 100 de interés en efec-
tivo.

Estos préstamos se hacen de 5 á
50 años con primera hipoteca sobre
finca rústicas y urbanas DANDO HAS-

TA EL 50 POR 100 de su valor, excep-
tuando los olivares, viñas y arbola-
dos, sobre los que solo presta la ter-
cera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anual-
dades, ó las que se hayan pactado,
queda la finca libre para el propieta-
rio sin necesidad de ningún gasto, ni
tener entonces que reembolsar parte
alguna del capital.

Lo que se pone por este anuncio
en conocimiento del público.

Hierro Leras

Desde los trabajos comunicados, á la Academia de Ciencias en 1849 y á la Academia
de Medicina en 1858, el **Hierro Leras** ha obtenido del cuerpo medical un éxito
rápido y brillante que crece cada año, mientras que se ven caer en el olvido nume-
rosas preparaciones ferruginosas nuevas. Este continuado triunfo estriba en que
este medicamento encierra: 1º El **Hierro** uno de los elementos de nuestros huesos; 3º Es sopor-
tado por los enfermos que no pueden tolerar ninguna preparacion ferruginosa;
2º Los **Fosfatos** que entran en la composicion de nuestros huesos; 3º Es sopor-
tado por los enfermos que no pueden tolerar ninguna preparacion ferruginosa;
4º No tiene accion alguna sobre la dentadura; 5º No provoca estreñimiento; 6º Es
claro y limpio como un agua mineral natural; 7º Se asimila con más rapidez que
las grajeas, píldoras y polvos. Se recomienda en el **empobrecimiento de la
sangre**, la **anémia**, el **linfatismo**, la **debilidad**, los **calambres de estó-
mago**, **excita el apetito**, **facilita el desarrollo de las jóvenes pálidas**,
produce y regulariza el **trabajo mensual**, detiene las **pérdidas blancas**, y
dá á la **sangre la coloracion encarnada** que ha perdido con la enfermedad.

Existe bajo forma de *Solucion* y de *Jarabe*.

Deposito General en Paris, 8, Rue Vivienne, y en las principales Farmacias y Droguerías.

BANCO DE ESPAÑA.

Situacion del mismo en 30 de Noviembre de 1883.

ACTIVO.

		Pesetas.	Céntimos.
Efectivo metálico.....	20.571.426'85		
Pastas de oro.....	5.798.454'06		
Pastas de plata.....	3.454.524'89	47.209.475'33	
Caja. Casa de Moneda, pastas de plata.....	11.103.096'53		
Efectos á cobrar hoy.....	6.281.973		
Efectivo en las sucursales.....	30.975.349'82		
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero.....	31.816.715'10	63.800.914'92	
Idem en poder de conductores.....	1.008.850		
		111.010.390'25	
Cartera de Madrid.....	627.139.203'81		
Idem de las sucursales.....	116.240.551'95		
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	7.304.946'64		
Deuda amortizable al 4 por 100, para cumplir el convenio de 10 de Diciembre 1881.....	12.594.800		
Tesoro público: por pago de intereses de la Deuda per- pétua al 4 por 100 desde 1.º de Octubre á 31 de Diciembre de 1883.....	4.676.809'08		
		878.966.701'73	

PASIVO.

Capital.....	150.000.000
Fondo de reserva.....	15.000.000
Billetes emitidos en Madrid.....	56.513.675
Idem id. en circulacion general.....	203.549.650
Idem id. en sucursales.....	82.338.925
Depósitos en efectivo en Madrid.....	19.762.144'66
Idem en id. en las sucursales.....	15.755.182'96
Cuentas corrientes en Madrid.....	88.664.038'57
Idem id. en las sucursales.....	49.150.734'62
Créditos concedidos sobre efectos públicos.....	14.824.256'29
Dividendos.....	2.386.272'06
Ganancias y Realizadas.....	8.685.167'26
pérdidas. No realizadas.....	1.207.758'51
Reservas de contribuciones.....	53.871.266'99
Intereses y amortizacion de obligaciones Banco y Te- soro, séries interior y exterior, sobre la renta de Aduanas, bonos del Tesoro y billetes hipotecarios..	1.324.724'90
Amortizacion é intereses de la Deuda amortizable al 4 por 100.....	3.087.415
Facturas de intereses de la renta perpétua al 4 por 100	485.454'10
Tesoro público: su cuenta por resultados de la conversion	62.544.325'40
Valores convertibles en Deuda amortizable al 4 por 100	13.688.055
Contrato de crédito en el extranjero de 28 de Mayo de 1883.....	35.000.000
Diversos.....	1.127.655'41
	878.966.701'73

Madrid 30 de Noviembre de 1883.—El Interventor general, Benito
Farina.—V.º B.—El Gobernador, Juan Francisco Camacho.

BANCO HISPANO COLONIAL.

Celebrado en este dia con asisten-
cia del notario D. Luis G. Soler y
Plá, el sorteo de amortizacion de
6.000 billetes hipotecarios del Teso-
ro de la isla de Cuba, segun lo dis-
puesto en el art. 7.º del real decreto
de 12 de Junio de 1880, han resul-
tado favorecidas las bolas números
37, 97, 118, 218, 330, 799, 841,
961.

En su consecuencia, quedan amori-
zados en el primer millar los núme-
ros 37, 97, 118, 218, 330, 799, 841,
961, y en el segundo millar los nú-
meros 1.037, 1.097, 1.118, 1.218,
1.330, 1.799, 1.841, 1.961 y así cor-
relativamente en los restantes milla-
res de los 750 de la emision.

Lo que en cumplimiento de lo dis-
puesto en el referido real decreto, se
hace público para conocimiento de

los interesados, que podrán presen-
tarse desde el dia 2 de Enero próxi-
mo á percibir las 500 pesetas, im-
porte del valor nominal de cada uno
de los billetes amortizados, más el
cupon que vence en dicho dia, pre-
sentando los valores y suscribiendo
las facturas, que se facilitarán en las
oficinas del Banco en Barcelona; en
Madrid, en el Banco Hipotecario de
España; en las provincias, en casa de
los corresponsales ya designados en
cada plaza; en París, en el Banco de
París y de los Países Bajos, y en
Londres, en casa de los Sres. Uthoff
y compañía.

Barcelona, 1.º de Diciembre de
1883.—El Gerente, P. de Sotolongo.

Venciendo en 1.º de Enero próxi-
mo el cupon núm. 14 de los billetes
hipotecarios del Tesoro de la isla de
Cuba, se procederá á su pago desde

el expresado dia, de nueve á once y
media de la mañana.

El pago se efectuará presentando
los interesados los cupones acompa-
ñados de doble factura talonaria,
que se facilitará gratis en las ofici-
nas de esta Sociedad, Rambla de
Estudios, núm. 1, Barcelona; en el
Banco Hipotecario de España en
Madrid; en casa de los correspon-
sables designados ya en provincias, en
París, en el Banco de París y de los
Países Bajos, y en Londres, en casa
de los señores Uthoff y compañía.

Los billetes que han resultado
amortizados en el sorteo de este dia,
podrán presentarse asimismo al co-
bro de las 500 pesetas que cada uno
de ellos representa, por medio de do-
ble factura que se facilitará en los
puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de
los billetes amortizados que deseen
cobrarlos en provincias donde haya
designada representacion de esta So-
ciedad, deberán presentarlos á los
comisionados de la misma desde el
10 al 20 de este mes.

En Madrid y Barcelona, en que
existen los talonarios de comproba-
cion, se efectuará el pago siempre
sin necesidad de la anticipada pre-
sentacion que se requiere para pro-
vincias.

Se señalan para el pago en Bar-
celona los dias desde el 1.º al 29 de
Enero; y trascurrido este plazo, se
admirarán los cupones y billetes
amortizados los lunes y martes de
cada semana, á las horas expresa-
das.

Barcelona 1.º de Diciembre de
1883.—El director gerente, P. de
Sotolongo.

BANCO DE ESPAÑA.

RECTIFICACION.

Por err r de copia se emitieron las
últimas palabras en el anuncio publi-
cado en la Gaceta de ayer, por lo cual
se reproduce rectificado.

«El Consejo de Gobierno ha acor-
dado que desde esta fecha se admita
en las Cajas del Banco, lo mismo en
Madrid que en las Sucursales, los
cupones de Deuda perpétua exterior
al 4 por 100, del vencimiento de
1.º de Enero de 1884, debidamente
facturados, con la intervencion de
Agente de Bolsa en esta corte, y de
Corredor donde lo haya, supliéndose
su falta con el aval de persona abo-
nada. El Banco recibirá estos cupo-
nes con la bonificacion de uno por
ciento.»

Asimismo ha acordado el Conse-
jo que se admitan los cupones de la
Deuda perpétua interior y los del 4
por 100 amortizable y títulos amori-
zados, del mismo vencimiento, tan-
to en Madrid como en las Sucursales,
al tipo de medio por ciento de des-
cuento los primeros y al respecto de
5 por 100 anual los segundos.»

Madrid 3 de Diciembre de 1883.

Por acuerdo del Consejo de gobier-
no.—El secretario general Juan de
Morales y Serrano.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE LOS SEÑORES M. P. MONTOVA Y C.^{ta}
Cádiz